

BIBLIOTECA CIENTIFICO-FILOSÓFICA

LEYES PSICOLÓGICAS

DE

LA EVOLUCIÓN DE LOS PUEBLOS

POR

GUSTAVO LE BON

TRADUCIDO

POR

CARLOS CERRILLO ESCOBAR



ES PROPIEDAD

LEYES PSICOLÓGICAS DE LA EVOLUCION DE LOS PUEBLOS

INTRODUCCION

LAS IDEAS IGUALITARIAS MODERNAS Y LAS BASES PSICOLÓGICAS DE LA HISTORIA

Nacimiento y desenvolvimiento de la idea igualitaria.—Consecuencias que ha producido.—Lo que ha costado su aplicación.—Su actual influencia sobre las multitudes.—Problemas que se abordan en esta obra.—Factores principales de la evolución general de los pueblos.—¿Se deriva esta evolución de las instituciones?—Elementos de cada civilización: instituciones, artes, creencias, etc., ¿no tienen ciertos fundamentos psicológicos en cada pueblo?—Los accidentes de la historia y las leyes permanentes.

La civilización de un pueblo se apoya en un pequeño número de ideas fundamentales. De estas ideas se derivan sus instituciones, su literatura y sus artes. Muy lentas en su formación, lo son también extraordinariamente para desaparecer. Convertidas, después de largo tiempo, en errores evidentes para los espíritus instruídos, permanecen para las multitudes como verdades indiscutibles y continúan influyendo en las masas populares de las naciones. Si es muy difícil imponer una

idea nueva, no lo es menos destruir una antigua. La humanidad se aferra siempre desesperadamente á las ideas muertas, así como á los dioses muertos.

Hace siglo y medio que los filósofos, ignorando, además de la historia primitiva del hombre, las variaciones de su constitución y las leyes de la herencia, lanzaron al mundo la idea de la igualdad de los individuos y de las razas.

Muy seductora para las multitudes, tal idea no tardó en fijarse sólidamente en su espíritu y en producir bien pronto sus frutos en la conducta de aquéllas. Ha conmovido las bases de las viejas sociedades, engendrado la más formidable de las revoluciones y arrojado al mundo occidental en una serie de convulsiones violentas, cuyo término es imposible prever.

Sin duda ciertas desigualdades que separan entre sí á los individuos y las razas, son de la bastante poderosa y visible consistencia para que no se las pueda impugnar con éxito; pero asimismo se cree por lo común que solamente son la consecuencia de diferencias de educación, que todos los hombres nacen igualmente inteligentes y bondadosos y que sólo las instituciones les han pervertido. El remedio es muy sencillo: reformar las instituciones y dar á todos los hombres una instrucción idéntica. Así es como las instituciones y la instrucción han venido á ser tenidas como las grandes

panaceas por las democracias modernas, como el medio de remediar las desigualdades que tanto pugnan con aquellos inmortales principios, que son las últimas divinidades de nuestro tiempo.

Es verdad que un estado más progresivo de la ciencia ha probado la vanidad de las teorías igualitarias y ha demostrado que el abismo mental creado por el pasado entre los individuos y las razas no podrá llenarse sino por acumulaciones hereditarias muy lentas. La fisiología moderna, á costa de duras lecciones de la experiencia, ha demostrado que aquellas instituciones y aquella educación que pueden ser convenientes á ciertos individuos y á ciertos pueblos, son nocivas para otros. Pero no es dado á los filósofos contener en su marcha las ideas que han lanzado al mundo, aunque así lo quisieran, al reconocer que son falsas. Como el río que desbordado rebosa sobre todo dique, la idea sigue su marcha devastadora, sin que nada la pueda contener.

La noción quimérica de la igualdad de los hombres, que ha subvertido el mundo, suscitó en Europa una revolución gigantesca, lanzó la América á la sangrienta guerra de secesión y condujo á las colonias francesas á un estado de lamentable decadencia, es tenida por errónea de todo punto por todo viajero instruído, por todo psicólogo y por todo hombre de Estado y, sin embargo, son muy pocos los que se deciden á com-

batirla. Lejos aún de haber entrado en una fase de decadencia, la idea igualitaria continúa predominando en las conciencias. En su nombre, el socialismo, que parece próximo á avasallar la mayor parte de los pueblos de Occidente, pretende asegurarles su felicidad; la mujer moderna, olvidando las diferencias mentales profundas que la separan del hombre, reclama los mismos derechos y la misma instrucción que él y acabará, si triunfa, por hacer del europeo un nómada sin hogar y sin familia.

De los trastornos políticos y sociales que los principios igualitarios han provocado, ni de otros, acaso más graves, que tienden aún á provocar, no se preocupan los pueblos; y la vida política de los hombres de Estado es harto corta para que se interesen gran cosa respecto al porvenir. Además, la opinión pública se impone cada vez con mayor soberanía y será imposible no subordinarse á ella.

La importancia social de una idea no tiene otra medida que la magnitud del poder que ejerza sobre las almas. El grado de verdad ó falsedad que contenga, no tendrá interés más que desde el punto de vista filosófico. Cuando una idea, verdadera ó falsa, toma entre las multitudes carácter de sentimiento, las consecuencias que de la misma se deriven habrán de ser sucesivamente acatadas.

Es, pues, así cómo por medio de la instrucción

y de las instituciones, el afán igualitario moderno tiende á realizarse y cómo, gracias á él, reformando las injustas leyes de la Naturaleza, los hombres nos proponemos vaciar en idéntico molde los cerebros de los negros de la Martinica, Guadalupe, Senegal y los del árabe de Argelia y el asiático. Esto es, indudablemente, una quimera irrealizable de todo punto; pero solamente á la experiencia le es dado mostrar los peligros de las quimeras. La razón no puede transformar las convicciones de los hombres.

*
* *

Esta obra tiene por objeto describir los caracteres psicológicos que constituyen el alma de las razas y mostrar cómo la historia de los pueblos y su respectiva civilización se derivan de tales caracteres. Dejando aparte los detalles, á los cuales no acudiremos sino cuando sean imprescindibles para demostrar algún principio de los que hayamos expuesto, examinaremos la formación y la constitución mental de las razas históricas, mejor dicho, de las razas artificiales formadas durante los tiempos históricos, por los accidentes de las conquistas, de las inmigraciones, de los cambios políticos, y procuraremos demostrar que de dicha constitución mental proviene la historia de las razas. Comprobaremos los grados de fijeza y variabilidad de los caracteres propios de cada una.

Intentaremos descubrir si efectivamente los individuos y los pueblos marchan hacia la igualdad ó si por el contrario tienden á diferenciarse más y más. Consideraremos en seguida si los elementos de que se compone una civilización (á saber: artes instituciones, creencias), son las manifestaciones directas del alma de cada raza y no pueden, por lo mismo, pasar de un pueblo á otro. Terminaremos, en fin, tratando de señalar bajo la influencia de qué necesidades las civilizaciones decaen ó se extinguen. De tales problemas nos hemos ocupado con gran extensión en diversas obras relativas á las civilizaciones del Oriente, y este volumen debe ser considerado como una síntesis de las mismas.

Lo que en mi espíritu permanece con mayor viveza entre las huellas que han impreso en él mis ya lejanos viajes por los pueblos más diversos, es que cada uno de éstos posee una peculiar constitución mental de tanta fijeza como sus caracteres anatómicos y de la cual se derivan sus sentimientos, sus pensamientos, sus instituciones, sus creencias y sus artes. Tocqueville y otros ilustres pensadores han creído encontrar en las instituciones de los pueblos la causa de su evolución. Yo estoy persuadido de lo contrario y espero poder probar, tomando ejemplos precisamente de los pueblos estudiados por aquel autor, que las instituciones tienen sobre la evolución de las civiliza-

ciones una influencia harto escasa, y son las más veces efectos, y causas, muy pocas.

Es indudable que la historia de los pueblos se halla determinada por factores harto diferentes y está llena de casos particulares, de accidentes que han sido y que hubieran podido no ser. Pero al lado de estas circunstancias accidentales hay grandes leyes permanentes que rigen la marcha general de las civilizaciones. De dichas leyes, las más universales é irreductibles, provienen de la constitución mental de las razas. La vida de un pueblo, sus instituciones, sus creencias y sus artes no son más que la trama visible de su invisible espíritu. Para que un pueblo transforme sus instituciones, sus creencias y sus artes, es necesario que previamente se transforme su alma. Esto no es, sin duda, lo que á primera vista nos viene á decir la historia; pero nosotros demostraremos que al dejar sentadas las aserciones contrarias á nuestro principio se ha dejado llevar por vanas apariencias.

Los reformadores que se han sucedido durante los últimos cien años han intentado cambiarlo todo: los dioses, el suelo y los hombres; pero sobre los caracteres seculares del alma de las razas no han podido hacer cosa alguna todavía.

El reconocimiento de los caracteres irreductibles que separan entre sí á los seres constituye una afirmación contraria de todo punto á las ideas de los socialistas modernos; pero ni las enseñan-

zas de la ciencia podrán hacer que renuncien á sus quimeras los apóstoles del nuevo dogma. Sus tentativas representan un nuevo aspecto de la eterna aspiración de la humanidad á la conquista de su dicha, de la especie de Hespérides que desde la aurora de la historia los pueblos han perseguido siempre. Los delirios igualitarios no querrán acaso menos que las viejas ilusiones que nos dominan desde los primitivos tiempos, si no han de chocar pronto con la roca inquebrantable de las desigualdades naturales, y que, con la vejez y la muerte, forman parte muy señalada de las iniquidades aparentes de que se halla plagada la Naturaleza y tienen los hombres que sufrir.

LIBRO PRIMERO

Los caracteres psicológicos de las razas.

CAPÍTULO PRIMERO

EL ALMA DE LAS RAZAS

Cómo clasifican los naturalistas las especies.—Aplicaciones de sus métodos al hombre.—Aspecto defectuoso de las clasificaciones actuales de las razas humanas.—Fundamento de una clasificación psicológica.—Los tipos medios de las razas.—Cómo mediante la observación se les puede reconstituir.—Factores psicológicos que determinan los tipos medios de las razas.—La influencia de los antepasados y las de los inmediatos parientes.—Fondo psicológico común que poseen todos los individuos de una raza.—Inmensa influencia ejercida por las generaciones pasadas sobre las presentes.—Razón matemática de tal influencia.—Cómo el alma colectiva se ha extendido de la familia á la villa, de ésta á la ciudad y de la ciudad á la provincia.—Ventajas é inconvenientes de la concepción de la ciudad.—Circunstancias en las cuales la formación del alma colectiva es imposible.—Ejemplo de Italia.—Cómo las razas naturales han dado lugar á las históricas.

Los naturalistas fundan sus clasificaciones de las especies en la comprobación de ciertos caracteres anatómicos que se reproducen por la heren-

cia con regularidad y constancia. Sabemos hoy que estos caracteres se transforman por la acumulación de modificaciones hereditarias imperceptibles; pero si no se les considera más que durante el transcurso de los tiempos históricos, entonces bien se puede afirmar que las especies son invariables.

Aplicados al hombre los métodos de clasificación de los naturalistas, permiten establecer cierto número de tipos perfectamente determinados. Basándose en caracteres anatómicos muy perceptibles, tales como el color de la piel, la forma y la capacidad del cráneo, ha sido posible asegurar que el género humano comprende muchas especies bien distintas y de orígenes diferentes. Para los sabios respetuosos con las tradiciones religiosas, estas especies son simplemente razas. Pero, como se ha dicho con razón, «si el negro y el caucasiano fueran caracoles, todos los zoólogos dirían con unanimidad que constituyen especies diferentes que no han podido nunca provenir de un mismo tronco, del cual se hayan separado gradualmente».

Aquellos caracteres anatómicos, poco importantes, que mediante el análisis se pueden señalar, no permiten sino clasificaciones muy superficiales. Las diferencias bien marcadas no aparecen sino entre especies humanas bastante distintas, como, por ejemplo, los blancos, los negros y los amarillos. Pero pueblos muy semejantes por su aspecto físico pueden diferenciarse mucho unos de otros

por su manera de sentir y proceder y, por lo mismo, por su civilización. ¿Es posible, pues, clasificar en un mismo grupo á un español, un inglés y un árabe? Las diferencias mentales que hay entre ellos ¿no se muestran á todas las miradas ni se observan en todas las páginas de sus sendas historias?

Á falta de caracteres anatómicos, se ha pretendido apoyar las clasificaciones de ciertos pueblos, sobre diversos elementos, tales como los idiomas, las creencias y las agrupaciones políticas; pero semejantes clasificaciones no resisten apenas al más ligero examen.

Los elementos de clasificación que la anatomía, las lenguas, el medio, las agrupaciones políticas no suministren, nos los da la psicología. Esta enseña que en el fondo de las instituciones, las creencias, las artes y los trastornos políticos de cada pueblo, se encuentran ciertos caracteres morales é intelectuales, de los que se deriva su evolución. Estos son los caracteres cuyo conjunto forma lo que se puede llamar el alma de una raza.

Cada raza posee una constitución mental tan permanente como su constitución anatómica. Que la primera estriba en una cierta estructura particular del cerebro, no es dudoso; pero la ciencia no está todavía lo bastante adelantada para mostrarnos esta estructura; nos hallamos en la imposibilidad de tomarla por base. Su conocimiento no hará que se mo-

difique lo más mínimo la descripción de la constitución mental derivada de ella y que nos es revelada por la observación.

Los caracteres morales é intelectuales de cuya asociación se forma el alma de un pueblo, representan la síntesis de todo su pasado, la herencia de todos sus antecesores y los móviles de su conducta. Parecen muy variables entre los individuos de una misma raza; pero la observación prueba que la mayoría de esta misma raza posee siempre cierto número de caracteres psicológicos comunes tan estadizos como los caracteres anatómicos que permiten clasificar sobre una base fija las especies. Como estos últimos, los caracteres psicológicos se reproducen por la herencia, con una constante regularidad.

Este conjunto de elementos psicológicos observables entre todos los individuos de una raza, forman lo que se llama con razón carácter nacional. La suma de tales elementos constituye el tipo medio que permite definir á un pueblo. Mil franceses, ó mil ingleses, ó mil chinos, tomados al acaso, diferéncianse notablemente entre sí; pero poseen, sin embargo, caracteres comunes que permiten construir un tipo ideal de franceses, de ingleses y de chinos, análogo al tipo ideal que presentan los naturalistas cuando describen genéricamente ya el perro, ya el caballo. Para ser aplicables á las diversas variedades de animales de uno ú otro género,

respectivamente las descripciones de los tipos genéricos aludidos, no pueden comprender sino los caracteres comunes á todas aquéllas y no los que sólo servirían para distinguir sus numerosos ejemplares.

Á poco que una raza sea suficientemente antigua y por consiguiente homogénea, su tipo medio es lo bastante saliente para impresionar en seguida la mente del observador.

Cuando visitamos un pueblo extranjero, los caracteres que únicamente nos impresionan de un modo profundo, porque se repiten constantemente ante nosotros, son los caracteres comunes á todos los habitantes del país visitado. Las diferencias individuales son poco repetidas y fácilmente se borran de nuestra conciencia; y bien pronto, no sólo distinguimos con rapidez un francés, un inglés y un español, sino que les atribuimos, respectivamente, ciertos caracteres morales é intelectuales que son precisamente aquellos fundamentales de que antes hemos hablado. Un inglés, un gascón, un normando, un flamenco pertenecen á tipos bien definidos en nuestro espíritu y que podemos describir con exactitud. Aplicada la descripción á un solo individuo podrá ser insuficiente y hasta inexacta; pero aplicada á la mayoría de los individuos de alguna de estas razas, los comprenderá bien á todos. El trabajo casi inconsciente que da nuestro intelecto para determinar el tipo físico y mental de un pueblo es idéntico, en esencia, al mé-

todo que emplea el naturalista para clasificar las especies.

Esta estrecha semejanza en la constitución mental de la mayor parte de los individuos de una raza tiene razones fisiológicas muy simples. Cada individuo, en efecto, no es solamente el producto de sus padres, sino el de su estirpe también, es decir, el de toda la serie de sus ascendientes. Un sabio economista, M. Cheysson, ha calculado que, en Francia, suponiendo el paso de tres generaciones por cada siglo, cada uno de los hombres del día tendrá en las venas sangre lo menos de 20 millones de contemporáneos del año 1000. «Todos los habitantes de una misma localidad ó de una misma provincia tienen, pues, necesariamente, antepasados comunes, son pasta de una misma tierra, llevan el mismo sello, están modelados según el tipo medio que predomina en la larga cadena de las generaciones, de la cual ellos no son sino los últimos anillos. Somos á la par los hijos de nuestros padres y de nuestra raza. No es solamente el sentimiento, sino que también la fisiología y la herencia, los agentes que hacen para nosotros de la patria una segunda madre.»

Si se quiere traducir á lenguaje mecánico las influencias á que se halla sometido el individuo y que dirigen su conducta, se puede afirmar que son de tres clases. La primera, que es la más importante, la influencia de los antepasados; la segunda,

la influencia de los parientes inmediatos; la tercera, que de ordinario es tenida como la más poderosa y que, sin embargo, es la más débil, consiste en la influencia del medio. Esta comprende las diversas influencias morales y físicas á que durante su vida se halla el hombre sometido y más especialmente durante su educación, y que no producen por cierto en él sino modificaciones de poca importancia; que la influencia del medio no es realmente eficaz sino cuando obra en el mismo sentido á que se inclinan las aptitudes acumuladas en el hombre por la herencia.

Se puede, pues, asegurar que el hombre es, ante todo, el representante de su propia raza. El conjunto de ideas y sentimientos que todos los individuos de un mismo país aportan, desde que nacen forman el alma de la raza. Sér invisible en su esencia y harto visible en sus efectos, pues que, en realidad, rige toda la evolución del pueblo á que corresponde.

Se puede comparar una raza al conjunto de las células que constituyen un sér viviente. Estos millones de células tienen corta duración y, en cambio, el sér formado por ellas tiene larga vida; las células, pues, se manifiestan bajo una existencia individual, *de cada una de ellas*, y otra existencia colectiva: la del sér cuya substancia forman. Cada individuo de una raza tiene también una vida individual breve y otra colectiva muy larga. Esta úl-

tima es la de la raza de que ha nacido, que contribuye á perpetuar y de la cual depende siempre.

La raza debe considerarse como un sér permanente, por encima del tiempo. Este sér no sólo está compuesto de los individuos que le constituyen, sino que también de la extensa serie de difuntos que fueron los antepasados de ellos. Para comprender la verdadera significación de la raza es necesario considerarla prolongándose á la vez en el pasado y en el porvenir como dos proyecciones simultáneas lanzadas desde el presente. Así como son los muertos infinitamente más numerosos que los vivos, son también infinitamente más poderosos. Ellos imperan en los inmensos dominios de lo inconsciente, de estos inmensos dominios, que comprenden en sí todas las manifestaciones de la inteligencia y del carácter. Es, pues, todo pueblo, mucho más que por sus vivos, conducido por sus muertos. Las generaciones extinguidas no sólo nos imponen su constitución física: nos imponen asimismo sus ideas. Los muertos son los solos dueños indiscutibles de los vivos. Sufrimos la expiación de sus faltas y recibimos las recompensas de sus virtudes.

La formación de la constitución mental de un pueblo no necesita, como la de las especies animales, de esas edades geológicas cuya inmensa duración escapa á todos nuestros cálculos. Exige, no obstante, un tiempo largo. Para crear en un pueblo como el francés, y esto en un grado muy

débil, la comunidad de pensamientos y sentimientos que forman su alma, se han necesitado más de diez siglos (1). La obra más importante acaso de nuestra Revolución ha sido activar esta formación, acabando casi por quebrantar las pequeñas nacionalidades: picardos, flamencos, borgoñones, bretones, provenzales, etc., entre las cuales hallábase de antiguo dividida Francia. Es necesario que la unificación sea completa y, sobre todo,

(1) Este tiempo, muy largo para nuestros anales, no representa, en realidad, gran cosa para la historia de la humanidad, pues sólo comprende treinta generaciones. Si un tiempo así relativamente restringido basta para fijar ciertos caracteres, no hay duda que desde que una causa comienza á obrar en determinado sentido sobre el hombre produce rápidamente grandes efectos. Las matemáticas muestran que cuando una causa persiste en producir un determinado efecto, las causas crecen en progresión aritmética (1, 2, 3, 4, etc.) y los efectos en progresión geométrica (2, 4, 8, 16, 32, etc.) *Las causas son los logaritmos de los efectos.* En el famoso problema de los granos de trigo sobre las casillas del tablero de damas, el número de orden de éstas es el logaritmo de los granos de trigo. También para una suma colocada á interés compuesto, la ley del crecimiento es tal que el número de años es el logaritmo del capital acumulado. Por razones de este orden, la mayor parte de los fenómenos sociales pueden representarse por curvas geométricas bastante semejantes. En otro trabajo llegué á demostrar que estas curvas pueden expresarse por la ecuación de la parábola ó de la hipérbole. Mi sabio amigo M. Cheysson piensa que se pueden traducir mejor con más frecuencia, por una ecuación exponencial.

porque está nuestra nación compuesta de muy diferentes razas, y por consecuencia de su diferencia de ideas y sentimientos, es por lo que somos víctimas de multitud de disentimientos interiores, lo cual no sucede entre pueblos homogéneos, como el pueblo inglés, por ejemplo.

En este último, los sajones, los normandos, los antiguos bretones, han concluido por formar, fusionándose, un tipo muy homogéneo y, por consiguiente, también es homogénea su conducta. Gracias á esta fusión han concluido por reunir las tres bases fundamentales del alma de un pueblo: sentimientos comunes, intereses comunes y creencias comunes. Cuando las naciones llegan á este punto hay acuerdo instintivo entre todos sus miembros, sobre todas las grandes cuestiones y en su seno jamás brotan disentimientos transcendentales.

Esta comunidad de sentimientos, de ideas, de creencias, de intereses, creada por acumulaciones hereditarias, dan á la constitución mental de un pueblo una gran identidad y una gran fijeza. Ella les asegura también á los pueblos un gran poder. Ella dió á Roma su grandeza, en la antigüedad, y á Inglaterra, en nuestros días. Cuando se separan de ella los pueblos, se disgregan. El papel de Roma en el mundo, concluyó cuando perdió aquella comunidad. Ha existido siempre entre todos los pueblos y en todas las edades ese complejo de ideas, de tradiciones y de creencias hereditarias que for-

ma el alma de una colectividad de hombres; pero su extensión progresiva se ha realizado de una manera muy lenta. Restringida primeramente en la familia y gradualmente propagada á la aldea, á la ciudad, á la provincia, el alma colectiva no se extiende á todos los habitantes de un país hasta una época muy moderna. Sólo entonces ha nacido la idea de patria tal como nosotros la conocemos hoy, la cual no es posible sino cuando se ha formado el alma nacional. Los griegos no llegaron á elevarse por encima de la noción de *ciudad*, y sus diferentes ciudades estuvieron de continuo guerreando unas con otras, porque permanecían extrañas entre sí. La India, tras dos mil años, no ha conocido otra unidad colectiva política más amplia que *la villa*, y es porque durante esos dos mil años los indios han permanecido bajo el imperio de dueños extranjeros, de los cuales los efímeros señoríos se han deshecho con la misma facilidad que se han formado.

Muy débil desde el punto de vista del poder militar el concepto de *la ciudad* como patria exclusiva, por el contrario es muy fuerte desde el del desarrollo de la civilización. Menos grande que el alma de la patria, la de la ciudad fué en cambio más fecunda. Florencia y Venecia, en la Edad media, nos mostraron hasta dónde puede llegar la civilización en tan reducidas aglomeraciones de individuos.

Cuando las ciudades ó las provincias han gozado

durante largo tiempo de una vida independiente, acaban por poseer un alma colectiva tan peculiar y permanente que su fusión con otras ciudades ó provincias vecinas para formar un alma nacional se hace casi imposible.

Para que una fusión así se pueda producir, es decir, para que los elementos concurrentes no se repugnen y contrapesen, ha de transcurrir mucho tiempo: es ésta labor de siglos. Hace falta un Richelieu ó un Bismark para concluirlo; pero no la llevarían á término si ya no estuviera de antemano elaborada durante largo tiempo. Un país puede llegar bruscamente, como Italia, por consecuencia de circunstancias excepcionales, á formar un solo Estado; pero será un error creer que á la vez adquiere un alma nacional. Vemos en Italia piamonteses, sicilianos, venecianos y romanos, pero no vemos italianos aún.

Cualquiera raza que se considere hoy, sea ó no sea homogénea, por el hecho de ser civilizada y ocupar desde tiempo ha un lugar en la historia, es necesario considerarla como una raza artificial y no como una raza natural. Razas naturales no se hallan hoy sino entre los pueblos salvajes. Sólo entre éstos se pueden hallar pueblos exentos de toda mezcla. La mayor parte de las razas civilizadas no son sino *razas históricas*.

Nosotros no tenemos por qué preocuparnos ahora de los orígenes de las razas. Que hayan ó no

hayan sido formadas por la Naturaleza poco importa. Lo que nos interesa es conocer sus caracteres tales como un largo pasado les ha constituido. Mantenidos durante siglos por unas mismas condiciones de existencia y acumulados por la herencia, estos caracteres han concluido por adquirir una gran fijeza y por determinar el tipo de cada pueblo.

CAPÍTULO II

LÍMITE DE VARIABILIDAD DEL CARÁCTER DE LAS RAZAS

La variabilidad del carácter de las razas y no su estabilidad, constituye su apariencia.—Razón de esta apariencia.—Invariabilidad de los caracteres fundamentales y variabilidad de los secundarios.—Asimilación de los caracteres psicológicos á los irreductibles y á los modificables de ciertas especies animales.—El medio, las circunstancias y la educación influyen solamente sobre los caracteres psicológicos accesorios.—Las posibilidades del carácter.—Ejemplos suministrados por diversas épocas de la historia.—Los hombres de *el Terror*.—Lo que hubieran sido en otras épocas.—Cómo á pesar de la Revolución persisten los caracteres nacionales.—Ejemplos diversos.—Conclusión.

No es sino estudiando atentamente la evolución de las civilizaciones como se comprueba la tenacidad de la constitución de las razas. A primera vista es la variabilidad y no la estabilidad lo que parece ser la regla general. La historia de los pueblos puede en efecto hacer suponer que el alma de los mismos experimenta transformaciones muy rápidas y profundas. ¿No parece, por ejemplo, que hay gran diferencia entre los respectivos caracteres de un inglés del tiempo de Cronwel y uno de ahora? El italiano actual, circunspecto y sutil ¿no pa-

rece muy diferente del italiano impulsivo y feroz que nos describe en sus memorias Benvenuto Cellini? Sin ir tan lejos y limitándonos á Francia, ¡qué de cambios aparentes en el carácter en un corto número de siglos y hasta solamente de años! ¿Cuál es el historiador que no ha notado diferencias en el carácter nacional operadas en el siglo XVII y el XVIII? ¿Y no parece que media un mundo entre el carácter de nuestros feroces convencionales y el de los esclavos de Napoleón I? Son los mismos hombres y sin embargo parece que han cambiado notablemente en el espacio de algunos años.

Para explicar las causas de estos cambios, nosotros diremos ante todo que la especie psicológica está, como la especie anatómica, formada de un pequeñísimo número de caracteres fundamentales irreductibles, alrededor de los cuales se agrupan los caracteres accesorios modificables y cambiantes. El domador que transforma la estructura aparente de un animal, y el jardinero que modifica el aspecto de una planta hasta el punto de que, á no ser un ojo muy experimentado no se la reconoce, no han cambiado en lo más mínimo los caracteres fundamentales de la especie, no han influido más que sobre sus caracteres accesorios. No obstante todos los artificios, los caracteres fundamentales tienden siempre á reaparecer á cada nueva generación.

La constitución mental también tiene caracteres fundamentales inmutables como los caracteres ana-

tómicos de las especies; pero posee asimismo caracteres accesorios modificables. Estos son los únicos que el medio, las circunstancias, la educación y otros agentes pueden modificar y cambiar.

Es necesario también notar, y este punto es esencialísimo, que en nuestra constitución mental poseemos todos ciertas posibilidades de carácter á las que las circunstancias no dan siempre ocasión de manifestarse. Cuando ellas aparecen una personalidad nueva surge *ipso facto* también, más ó menos efímera. Por esto, en las épocas de grandes crisis religiosas y políticas, se observa que se realizan cambios momentáneos de carácter, tales que parece que las costumbres, las ideas, la conducta, todo, en fin, ha cambiado... Todo ha cambiado, en efecto, como la superficie del tranquilo lago agitado por el temporal; pero es raro que sea esto duradero.

Es por razón de estas posibilidades de carácter puestas en acción por ciertos excepcionales acontecimientos, por lo que los actores de las grandes crisis religiosas y políticas se nos aparecen como seres excepcionales, de una esencia superior á la nuestra, colosos de los cuales los demás hombres son como hijos degenerados. Son, sin embargo, hombres como nosotros, en los cuales las circunstancias han puesto simplemente en juego ciertas posibilidades de carácter, que poseemos todos. Tomemos, por ejemplo, los genios de *la Convención*, que pusieron á toda Europa en armas y enviaban

á sus adversarios á la guillotina, por una simple contradicción. Eran en el fondo pacíficos y honrados burgueses, como nosotros, que en tiempos ordinarios hubiesen probablemente permanecido en el fondo de su estudio, de su gabinete, de su oficina, llevando la existencia más tranquila y más sencilla. Acontecimientos extraordinarios hicieron vibrar ciertas células de su cerebro, inutilizadas en su estado ordinario, y formaron de ellos esas figuras colosales que la posteridad ni alcanza á comprender siquiera. Cien años más tarde que aquellos de la gran Revolución, Robespierre hubiera sido sin duda sólo un honrado juez de paz, muy amigo de sus deberes; Fouquier-Tinville, un juez de instrucción, que poseería un poco más acaso que sus colegas el aspecto y las maneras de las gentes de tal profesión, pero muy estimado por su celo en perseguir á los delincuentes; Saint-Just hubiera sido un excelente maestro de escuela, estimado de sus superiores y muy digno de las palmas académicas, que seguramente hubiese concluído por obtener. Bastará para que no se dude de la legitimidad de esta apreciación considerar lo que hizo Napoleón de los feroces terroristas que no habían tenido aún tiempo de cortarse unos á otros la cabeza. La mayor parte hubiesen sido preceptores, magistrados, prefectos ó jefes de negociado.

Aunque en las épocas de gran agitación social se producen los cambios más inesperados de per-

sonalidad, se hallan también bajo las formas nuevas los caracteres fundamentales de las razas. ¿El régimen centralizador, autoritario y despótico de nuestros rígidos jacobinos fué en realidad diferente del régimen centralizador autoritario y despótico que quince siglos de monarquía habían hecho arraigar en las almas? Detrás de todas las revoluciones de los pueblos latinos se ve siempre este obstinado régimen, este incurable deseo de gobernar, porque es una forma sintética de los instintos de la raza. No fué solamente por la aureola de sus victorias por lo que Bonaparte llegó á ser primer magistrado. Cuando él transforma la República en dictadura, los instintos hereditarios de la raza se manifiestan con suma frecuencia y cada vez con más intensidad, y á falta de un oficial de genio, un aventurero cualquiera es admitido. Cincuenta años más tarde, el heredero de su nombre no tuvo más que presentarse para obtener los sufragios de todo un pueblo, fatigado de libertad y ávido de servidumbre. No fué, pues, Brumario quien hizo á Napoleón, sino el alma de su raza que había él encorbado bajo su talón de hierro (1).

(1) «A su primer gesto —escribe Taine— los franceses se prosternan ante él obedientes, persistiendo como en su condición natural los pequeños, así paisanos como soldados, con una fidelidad animal y los grandes, tanto dignatarios como funcionarios, con una cortesanía bizantina.—Del lado de los republicanos nadie resistió; al contrario, fué

Si la influencia del medio sobre el hombre parece también importante, es porque obra sobre los elementos accesorios y transitorios, y aun sobre las posibilidades de carácter de que ya hemos hablado. En realidad, los cambios no son muy profundos. El hombre más pacífico, exaltado por el hambre llega hasta un grado de ferocidad que le hace capaz de los mayores crímenes y aun á devorar á sus semejantes ¿Y se dirá por ésto que su carácter ha cambiado definitivamente?

Las condiciones de la civilización conducen á algunos á la extrema riqueza y á todos los vicios que inevitablemente la acompañan; ellas crean entre los demás hombres grandes necesidades, sin darles los medios de satisfacerlas, resultando de ello un descontento y un malestar general que influirán sobre la conducta y provocarán trastornos de todo género; pero en este descontento y en estos trastornos se manifestarán siempre los caracteres fundamentales de la raza. Los ingleses de los Es-

entre ellos donde halló sus mejores instrumentos para reinar: senadores, diputados, consejeros de Estado, jueces, administradores de todo género. Constantemente bajo sus alardes de libertad é igualdad él ha mostrado sus instintos autoritarios, sus deseos de mandar y de oprimir y aun se cree por mucha gente que apetitos codiciosos. Entre el delegado del Comité de Salud pública y el ministro, el prefecto y aun el subprefecto del imperio, la diferencia fué poca: era el mismo hombre bajo dos vestiduras, primero á la *carmañola* y luego con casaca bordada.

tados Unidos han llevado á través de su guerra civil la misma perseverancia, la misma energía indomable que han puesto en fundar sus poblaciones, sus universidades y sus fábricas. El carácter no se había modificado; solamente los fines á que se le aplica son los que han cambiado.

Examinando sucesivamente los diversos factores susceptibles de influir sobre la constitución mental de los pueblos, nos convenceremos de que sólo actúan sobre lo que de accesorio y transitorio tiene tal carácter, pero no alteran sus elementos fundamentales, no afectándoles sino por consecuencia de acumulaciones hereditarias muy lentas.

No deduciremos de lo que precede que sean invariables los caracteres psicológicos de los pueblos, sino que, como los caracteres anatómicos, poseen una gran estabilidad. Es por causa de ésta por lo que el alma de las razas cambia tan lentamente durante el curso de las edades.

CAPITULO III

GERARQUÍA PSICOLÓGICA DE LAS RAZAS

La clasificación psicológica descansa, lo mismo que la anatómica, en un reducido número de caracteres irreductibles y fundamentales.—Clasificación psicológica de las razas humanas.—Las razas primitivas.—Las razas inferiores.—Las razas medias.—Las razas superiores.—Elementos psicológicos de los cuales el conjunto permite hacer esta clasificación de las razas.—Elementos que tienen mayor importancia.—El carácter.—La moralidad. Las cualidades intelectuales son modificables por la educación.—Las cualidades del carácter son irreductibles y constituyen el elemento invariable de cada pueblo. Su papel en la historia.—Por qué las razas diferentes no pueden comprenderse entre sí ni influirse.—Razón de la imposibilidad que existe para que un pueblo acepte la civilización de otro pueblo superior á él.

Cuando en un libro de historia natural se examina las bases de la clasificación de las especies, pronto se ve que los caracteres irreductibles y, por tanto, fundamentales en que las clasificaciones se basan, son harto reducidos en número, pudiendo ser expuestos en poquísimas líneas.

En efecto, los naturalistas no se ocupan sino de los caracteres invariables y no tienen para nada en cuenta los transitorios y modificables. Estos caracteres invariables ó fundamentales entrañan fatalmente una serie de otros subordinados á ellos.

Lo mismo sucede respecto á los caracteres psicológicos. Si se les observa en detalle se hallan de uno á otro individuo y de uno á otro pueblo divergencias innumerables y sutiles; pero si sólo se atiende á los caracteres fundamentales, se habrá de reconocer que los de cada pueblo son poco numerosos. No es mediante ejemplos como se puede mostrar claramente la influencia del pequeño número de caracteres fundamentales en la vida de los pueblos.

Las bases de una clasificación psicológica de las razas no pueden ser expuestas más que estudiando en sus detalles la psicología de diversos pueblos, cosa que daría materia para llenar varios volúmenes; nosotros nos vamos á limitar á trazarla en líneas generales.

No considerando más que sus caracteres psicológicos genéricos, las razas humanas se pueden dividir en cuatro grupos: 1.º, las razas primitivas; 2.º, las razas inferiores; 3.º, las razas medias, y 4.º, las razas superiores.

Las razas primitivas son aquellas entre las cuales no se hallan trazos de cultura y se hallan estancadas en el período vecino á la animalidad, por el que atravesaron nuestros antepasados allá en la edad de la piedra tallada; tales son hoy los fuigianos y los australianos.

Por encima de estas razas primitivas hállanse las inferiores, representadas, sobre todo, por los ne-

gros. Son capaces de rudimentos de civilización, pero sólo de rudimentos. No han podido traspasar nunca las formas de una civilización bárbara de todo punto no obstante que por azar hayan heredado, como en Santo Domingo, una civilización superior.

En las razas medias clasificaremos á los chinos, los japoneses, los mogoles y los pueblos semíticos. Con los asirios han creado los mogoles, chinos y árabes, tipos de civilización que solamente los europeos han sobrepujado.

Entre las razas superiores no se puede hacer figurar más que á los indoeuropeos. Sólo éstos han sido capaces de grandes invenciones en las artes, las ciencias y las industrias, lo mismo en la antigüedad, en las épocas de Grecia y Roma, que en los tiempos modernos. Es á ellos á quienes se debe el elevado nivel que hoy alcanza la civilización. El uso del vapor que hace la mecánica y el de la electricidad es obra de ellos. Los menos desarrollados de estas razas superiores, los indios, han alcanzado un nivel tan alto en letras, artes y filosofía que los mogoles, los chinos y los semitas no han podido alcanzar.

No es posible confusión alguna entre las cuatro grandes divisiones que acabamos de hacer: las separa un evidente abismo mental. Pero cuando se intenta subdividir estos grupos comienzan las dificultades á presentarse. Un inglés, un español, un

ruso forman parte de la división de los pueblos superiores y, sin embargo, sabemos que las diferencias que les separan entre sí son muy notables.

Para precisar tales diferencias es necesario tomar á cada pueblo separadamente de los demás y describir su carácter, lo cual haremos nosotros en seguida de dos de ellos, á fin de dar aplicación á nuestro método y mostrar sus consecuencias.

Por el momento no haremos sino indicar muy de pasada la naturaleza de los principios elementales psicológicos que permiten diferenciar las razas.

Entre las razas primitivas é inferiores—y no es necesario acudir á las puramente salvajes, puesto que las últimas capas de las sociedades europeas son del tipo de tales razas—se hallará siempre una incapacidad más ó menos grande para razonar; es decir, para asociar en el cerebro, comparar y percibir sus analogías y diferencias, las ideas producidas por las sensaciones pasadas ó las palabras, que son sus signos, con las producidas por las sensaciones presentes. De esta incapacidad para razonar resulta una gran credulidad y una ausencia completa de espíritu crítico. Por el contrario, entre las razas superiores, la capacidad de asociar las ideas y de deducir conclusiones es muy grande, el espíritu crítico y la precisión en los juicios están muy desarrollados.

Entre los seres inferiores se ve que la atención

y la reflexión son harto escasas y que tienen un gran espíritu de imitación, una tendencia muy marcada á deducir de casos particulares consecuencias generales inexactas, una débil aptitud para observar y deducir resultados útiles de las observaciones, una extrema movilidad de carácter y una gran imprevisión. Sólo el instinto del momento les guía. Como Esau—ejemplar de hombre primitivo—venderá su derecho de mayorazgo, para lo futuro, por un plato de lentejas presente. Cuando al interés inmediato el hombre antepone un mayor interés futuro, se propone un fin y le sigue con perseverancia, ha realizado un gran progreso.

Esta incapacidad de prever las consecuencias lejanas de las acciones y esta tendencia á no tener más guía que el instinto del momento, condenan al individuo, lo mismo que á la raza, á permanecer en un estado bastante inferior. Sólo á medida que han podido ir dominando sus instintos, es decir, que han adquirido voluntad y, por consiguiente, el imperio de sí mismo, los pueblos han ido comprendiendo la importancia de la disciplina, la necesidad de consagrarse hasta el sacrificio á un ideal y de elevarse á la mayor civilización posible. Si hubiéramos de evaluar con una medida única el nivel social de los pueblos en la historia, yo tomaría con gusto como tal medida el grado de su aptitud para dominar sus impulsos primarios. Los romanos, en la antigüedad, y los angloamericanos, son los pue-

blos que han mostrado tener esta cualidad más desarrollada.

Es por sus agrupaciones en general y por los respectivos desenvolvimientos de éstas por lo que, los elementos psicológicos precedentemente enumerados, forman las constituciones mentales conforme á las que se clasifican los individuos y las razas.

De los elementos psicológicos, se refieren los unos al carácter y los otros á la inteligencia.

Las razas superiores se diferencian de las inferiores, así por el carácter como por la inteligencia; pero es, sobre todo, por el carácter por lo que se diferencian los pueblos superiores. Tiene este punto gran importancia social y conviene determinarle bien. El carácter está formado por la combinación, en variadas proporciones, de los diversos elementos que los psicólogos designan comúnmente con el nombre de sentimientos. Entre los que de éstos hacen un papel más importante, conviene hacer notar, sobre todo, la perseverancia, la energía y la aptitud para dominarse, facultades más ó menos derivadas de la voluntad. Mencionaremos también entre los elementos fundamentales del carácter, aunque sólo es en realidad una síntesis de sentimientos asaz complejos, la moralidad. Este último término le tomamos en el sentido de *respeto hereditario* á las reglas sobre las cuales reposa la organización de una sociedad.

Tener moralidad, para un pueblo dado, es tener ciertas reglas fijas y no abandonarlas en la conducta. Estas reglas varían con el tiempo y de país á país. La moral parece, por esta misma razón, y en efecto lo es, muy variable; mas para un pueblo dado, y en cualquiera de los momentos que se considere de su historia, debe de ser invariable, tenaz. Hija del carácter y no de la inteligencia, no es sólidamente constituida, sino cuando se ha convertido en hereditaria y, por consiguiente, es inconsciente. En general, es de su moralidad de lo que depende la grandeza de un pueblo.

Las cualidades intelectuales son susceptibles de ser modificadas por la educación ligeramente; pero las del carácter escapan casi por completo á su influjo. Sólo ejerce alguna acción sobre ellas cuando se dirige á personas de naturaleza química neutra ó indiferente é inclinables con facilidad hacia donde se les empuja. Estas naturalezas neutras se hallan entre las individualidades, pero muy raramente en todo un pueblo y esto sólo en horas de extrema decadencia.

Los descubrimientos de la inteligencia se transmiten fácilmente de un pueblo á otro; las cualidades del carácter no se pueden transmitir. Tales son los elementos fundamentales irreductibles que permiten diferenciar la constitución mental de los pueblos. Los descubrimientos debidos á la inteligencia son el patrimonio común de la humanidad; las ex-

celencias y los defectos del carácter constituyen el patrimonio exclusivamente de cada pueblo. Es la sólida roca donde las olas han de batir día tras día durante siglos antes de llegar siquiera á modificar el contorno; es equivalente al elemento irreductible de las especies como el pico en las aves y los dientes en los carnívoros. El carácter de un pueblo y no su inteligencia determina su evolución en la historia y regula sus destinos. Se le halla siempre tras las fantasías aparentes del acaso impotente, la ficción providencia y el *destino* real que según las diferentes creencias, guían las acciones de los hombres.

La influencia del carácter es soberana en la vida de los pueblos, así como la de la inteligencia es muy débil.

Los romanos de la decadencia tenían una inteligencia mucho más refinada que la de sus rudos antecesores; pero habían perdido las grandes cualidades del antiguo carácter del *pueblo rey*, á saber: la perseverancia, la energía, la invencible tenacidad, la aptitud para sacrificarse por un ideal, el inviolable respeto á las leyes que habían producido y mantenido la grandeza de sus mayores. Es por el carácter por lo que 60.000 ingleses mantienen bajo su yugo 250 millones de indios, de los que muchos son superiores á sus dominadores por la inteligencia, y de los cuales algunos les sobrepujan considerablemente por su gusto artístico y la pro-

fundidad de sus ideas filosóficas. Es por el carácter, también, por lo que se hallan los ingleses á la cabeza del imperio colonial mayor que ha existido. El carácter es el que hace á los pueblos sentir y les mueve á ejecutar. Ellos deben bastante poco á la afición á pensar y razonar (1).

De la constitución mental de las razas es de lo que se deriva su concepción del mundo y de la

(1) La extrema debilidad de las obras de los psicólogos de profesión y su escaso interés práctico se debe sobre todo á que se han limitado al estudio de la inteligencia y han hecho, casi por completo, caso omiso del estudio del carácter. Casi ninguno de éstos, fuera de M. Paulhan, en *Ensayo sobre los caracteres* y M. Ribot, en algunas páginas, desgraciadamente pocas, han remarcado la importancia del carácter y hecho notar que forma la verdadera base de la constitución mental. «La inteligencia—escribe, con razón, el sabio profesor del Colegio de Francia—sólo es una forma accesoria de la evolución mental. El tipo fundamental es el carácter. La inteligencia más bien produce el efecto de destruir cuando está muy desarrollada.

Habrá que limitarse al estudio del carácter, como haré por demostrar, cuando se quiera describir la psicología comparada de los pueblos. Que una ciencia tan importante, que ha brotado de la historia y la psicología, no ha sido antes de ahora objeto de estudio, lo cual no se explicará bien sino teniendo en cuenta que no se puede adquirir ni en los laboratorios ni en los libros, sino solamente por medio de largos viajes. Nada nos hace aún prever que ella sea en adelante acometida por los psicólogos de profesión.

vida y por consiguiente su conducta. Nosotros presentaremos pronto importantes ejemplos. El individuo, impresionado en cierta forma por las cosas exteriores siente, piensa y obra de un modo bien distinto á como pensarán, sentirán y obrarán otros que posean una constitución mental diferente. Resultando que las constituciones mentales constituídas sobre tipos muy diversos no llegarán á compenetrarse. Las luchas seculares de las razas no tienen, sobre todo, por origen, la incompatibilidad de su respectivo carácter. Es imposible comprender bien la historia si no se tiene de continuo presente en el espíritu, que las razas diferentes no podrán sentir, ni pensar, ni proceder de una misma forma ni, por tanto, comprenderse recíprocamente. Sin duda pueblos diferentes tienen en su idioma respectivo palabras comunes que ellos creen sinónimas; pero tales palabras son reveladoras de ideas, sentimientos y sensaciones muy desemejantes, según el pueblo á quienes se refiera. Es necesario haber vivido con los pueblos cuya constitución mental difiere de la de uno, para comprender el gran abismo que separa entre sí á pueblos divergentes. Se puede, sin hacer largos viajes y duraderas estancias en país extranjero, tener alguna idea de aquellas hondas separaciones, teniendo en cuenta la gran distancia mental que hay entre el hombre civilizado y la mujer, aunque sea ésta muy instruída. Se pueden tener intereses y

sentimientos comunes, pero jamás encadenamientos de ideas semejantes. Se hablarán los hombres de razas diversas, durante siglos, sin entenderse, porque están formados sobre tipos diferentes por todo extremo, para que puedan ser impresionados por las cosas exteriores de un mismo modo. La diferencia de su lógica respectiva es bastante á establecer entre ellos una insuperable barrera.

Esta separación entre la constitución mental de las razas nos explica por qué los pueblos superiores no han podido jamás hacer que los inferiores acepten su civilización. La idea, tan extendida todavía, de que la instrucción puede lograr este efecto, es una de las más funestas ilusiones que los teorizantes de la razón pura han engendrado. Sin duda la instrucción permite, gracias á la memoria, que aun los seres más inferiores poseen—que no es solamente privilegio del hombre—, dar á algún individuo colocado en lo más bajo de la escala humana el conjunto de emociones que posee un europeo. Así se puede hacer un bachiller ó un abogado de un negro ó de un japonés; pero no se le da más que un simple barniz, harto somero y sin acción sobre su constitución mental. Pero la instrucción no puede darle, porque sólo la herencia las produce, ni las formas del pensar, ni la lógica y, sobre todo, el carácter de los occidentales. El negro y el japonés acumularán todos los diplomas posibles, pero no llegarán

al nivel de un europeo ordinario. En diez años se les dará la instrucción de un inglés bien educado; mas para hacer de un japonés un verdadero inglés, es decir, un hombre que se produzca como un inglés en las diversas circunstancias de la vida, se necesitarían mil años, por lo menos. Sólo es en apariencia como un pueblo transforma su lengua, su constitución, sus creencias ó sus artes. Para operar, en realidad, tales cambios, es necesario transformar el alma de los pueblos.

CAPITULO IV

DIFERENCIACIÓN PROGRESIVA DE LOS INDIVIDUOS Y DE LAS RAZAS

La desigualdad entre los individuos de una misma raza es tanto mayor cuanto más elevada sea la raza.—Igualdad mental de todos los individuos de las razas inferiores. No son las capas medias de los pueblos, sino las superiores las que hay que comparar á fin de apreciar las diferencias que separan á las razas unas de otras.—Los progresos de la civilización propenden á ahondar las diferencias entre los individuos y las razas.—Consecuencias de esta diferenciación.—Razón psicológica que la impide de llegar á ser demasiado considerable.—Los diversos individuos de las razas superiores son muy diferentes desde el punto de vista de la inteligencia y muy poco respecto del carácter.—De cómo la herencia tiende á retraer la superioridad al tipo medio de la raza.—Observaciones anatómicas que confirman las diferenciaciones psicológicas progresivas de las razas, los individuos y los sexos.

Las razas superiores no se distinguen de las inferiores únicamente por sus caracteres psicológicos y anatómicos. Se distinguen también por la diversidad de elementos que entran en su seno. Entre las razas inferiores, todos los individuos, aun los que son de sexo diferente, poseen, poco más ó menos, el mismo nivel mental. Estas semejanzas presentan la imagen perfecta de la igualdad preco-

nizada por los modernos socialistas. En las razas superiores, por el contrario, la desigualdad intelectual de los individuos y los sexos es lo que constituye la regla.

Tampoco es comparando entre ellas el promedio de los pueblos, sino sus clases superiores, como se puede medir la extensión de sus diferencias. Indios, chinos y europeos se diferencian intelectualmente muy poco por sus promedios respectivos; pero se diferencian extraordinariamente por sus capas más elevadas.

Una de las principales consecuencias de la civilización es, de una parte, diferenciar á las razas por el trabajo intelectual, cada vez más considerable, que impone á los pueblos que han llegado á un alto grado de cultura y, de otra, diferenciar más y más las diversas capas de que cada pueblo civilizado se compone.

Las condiciones de la evolución industrial moderna condenan á las clases inferiores de los pueblos civilizados á una labor muy especializada, que lejos de desarrollar la inteligencia tiende á amenazarla. Un obrero, cien años ha. era un verdadero artista capaz para ejecutar todos los detalles de un mecanismo cualquiera, un reloj, por ejemplo. Hoy, no es más que una especie de manubrio que hace siempre una sola y misma cosa, pasa su vida puliendo piezas siempre iguales y de una sola forma y moviendo la misma herramienta. Resultando así

que su inteligencia se atrofia pronto y por completo. En cambio, bajo la presión de la concurrencia, cada vez más refinada por nuevos descubrimientos de producción, el industrial ó el ingeniero que dirige al obrero se ve en la necesidad de acumular infinitamente más conocimientos y espíritu de iniciativa que necesitaría el mismo industrial ó el mismo ingeniero un siglo antes. Constantemente ejercitado su cerebro, bajo la ley que en tales casos rige á los órganos corpóreos, se desarrolla más y más.

Tocqueville había indicado ya esta diferenciación progresiva de las capas sociales en una época en que la industria se hallaba muy lejos del grado de desarrollo que hoy tiene. «A medida que el principio de la división del trabajo alcanza una aplicación más completa, el obrero se torna más débil, más limitado y menos independiente. El arte progresa; pero el artesano retrograda. El patrón y el obrero se diferencian más cada día uno de otro.»

Hoy, un pueblo superior puede, desde el punto de vista intelectual, ser considerado como constituyendo una especie de pirámide en gradería de la cual la parte mayor está formada por las masas profundas de la población, y las gradas superiores por las capas inteligentes (1); el vértice de la pi-

(1) Digo inteligentes y no instruídas. Es un error del pueblo latino creer que hay paralelismo entre inteligencia

rámide por una pequeña élite de sabios, de inventores, de artistas, de escritores agrupados y, á gran distancia, frente á frente del resto de la población, pero que por sí sola da el nivel del país en la escala intelectual de la civilización, y si desapareciera, arrastraría consigo todo lo que constituye la gloria de la nación. «Si Francia—como dice con justicia Saint-Simón—perdiese súbitamente sus cincuenta primeros sabios, sus cincuenta primeros artistas, sus cincuenta primeros fabricantes, sus cincuenta primeros agricultores, la nación se convertiría en una especie de cuerpo sin alma: quedaría decapitada. Pero si, por el contrario, perdiese todo su personal oficial, este acontecimiento afligiría á todos los franceses; pero no resultaría para el país más que una leve perturbación.»

é instrucción; la instrucción significa solamente la posesión de cierta cantidad de memoria; pero no necesita para ser adquirida ninguna cualidad de juicio, reflexión, iniciativa y espíritu de invención. Con frecuencia se hallan individuos con muchos diplomas académicos que son harto limitados, y, en cambio, se hallan otros muchos que son poco instruidos y tienen una gran inteligencia. Las gradas superiores de nuestra pirámide estará formada, pues, por elementos facilitados por todas las clases sociales. En todas las profesiones sólo hay un pequeño número de profesionales distinguidos. Parece que las clases llamadas superiores encierran, sin embargo, por ley de herencia, el mayor número de espíritus elevados, y acaso en tal hecho esté la razón de la superioridad de aquellas clases.

Con los progresos de la civilización, la diferenciación entre las clases extremas de una población se acrecienta rápidamente; ella, asimismo, en ciertos casos, se multiplica siguiendo en su desarrollo lo que los matemáticos llaman una progresión geométrica. Basta, pues, si ciertos efectos de la herencia no lo impiden, dejar pasar el tiempo para ver las capas superiores de la población, separadas intelectualmente de las inferiores por una distancia tan grande como la que separa el blanco del negro.

Pero multitud de razones se oponen á que esta diferenciación intelectual de las capas sociales se cumplan con tanta rapidez que se la pueda admitir teóricamente. En efecto, en primer lugar, la diferenciación no se opera casi nada más que sobre la inteligencia y no sobre el carácter; y sabemos que es el carácter y no la inteligencia, el que desempeña el papel fundamental en la vida de los pueblos. En segundo lugar, las masas tienden hoy, por su organización y disciplina, á tornarse todopoderosas. Su aversión á las superioridades intelectuales es evidente. Es probable que toda aristocracia intelectual esté destinada á ser violentamente destruída por revoluciones periódicas, á medida que las masas populares se organizan, como fué hace un siglo destruída la antigua nobleza. Cuando el socialismo se adueñe de Europa, su sola manera de existir durante algún tiempo será hacer perecer á todos los individuos que posean una superioridad capaz

para elevarles, por muy poco que sea, por encima de un humilde promedio.

Además de las dos causas que acabo de enunciar, y que son de un orden artificial, pues que resultando de las condiciones de la civilización pueden variar, hay una mucho más importante—porque es una ley natural ineludible—y que impedirá siempre á la élite de toda nación no diferenciarse intelectualmente de las capas inferiores, sino diferenciarse con rapidez. En frente de las condiciones actuales de la civilización que tienden cada vez más á diferenciar á los hombres de una misma raza se encuentran, en efecto, las pesadas leyes de la herencia que tienden á hacer que desaparezan ó se adapten al tipo medio los individuos que las traspasan.

Antiguas y repetidas observaciones mencionadas por los autores que han tratado de la ley de herencia comprueban que, en efecto, los descendientes de familias eminentes por su inteligencia concluyen tarde ó temprano—más lo primero que lo segundo—por degeneraciones que tienden al agotamiento de la estirpe.

La gran superioridad intelectual no parece lograrse, sino á condición de no dejar tras de sí más que degenerados. En efecto, no es sino contribuyendo á aumentar los elementos que bajo sí tiene, como puede subsistir la punta de la pirámide social de que se ha hecho mención. Si se reuniese en un paraje aislado del resto del mundo aquella élite

daría lugar, con su reproducción, á una raza llena de degeneraciones varias y condenada, por consiguiente, á extinguirse pronto. Las grandes superioridades intelectuales pueden ser comparadas á las monstruosidades botánicas creadas por el jardinero. Abandonadas á sí mismas vuelven al tipo medio de la especie, que es tan poderoso porque representa la larga serie de los antepasados.

El estudio atento de diversos pueblos muestra que, si los individuos de una misma raza se diferencian inmediatamente por la inteligencia, también se diferencian mucho por el carácter. Para estudiar una raza debemos considerarla desde dos puntos de vista muy diferentes. Desde el intelectual la raza no es más que la élite á la cual son debidos los progresos científicos, literarios é industriales de una civilización. Desde el punto de vista del carácter, es el promedio social lo que importa conocer para formar exacto concepto de la raza. Del nivel de este promedio es de lo que depende el poder de los pueblos. En rigor se puede sobrepasar la intelectualidad de una élite intelectual; pero no se pasa de un determinado nivel de carácter, como demostraremos pronto.

Los individuos de una raza se diferencian de más en más á través de los siglos intelectualmente; pero tienden siempre á oscilar en torno al tipo medio de la raza en lo que atañe al carácter.

Es á este tipo medio que se eleva lentamente

en la escala de la civilización al que pertenece la inmensa mayoría de los miembros de toda nación. El núcleo fundamental está revestido—al menos entre los pueblos superiores—de una mínima cantidad de espíritus eminentes, capital desde el punto de vista de la civilización, pero sin importancia por lo que á la raza se refiere. Destruída sin cesar es también sin cesar renovada, á expensas de la capa social media, que no varía sino muy lentamente, porque las menores variaciones para ser durables exigen ser acumuladas en un mismo sentido por la herencia, durante muchos siglos.

Hace muchos años que yo expuse, apoyándome en razones anatómicas, puramente las ideas que preceden sobre la diferenciación de los individuos y las razas, y en cuya justificación ahora no he invocado sino razones de carácter psicológico. Los dos órdenes de observación conducen al mismo resultado; y voy á permitirme reproducir aquí algunas conclusiones de las que aparecen en mi antiguo trabajo aludido. Se apoyan en medidas tomadas en muchos cráneos antiguos y modernos procedentes de hombres de diversas razas. He aquí los puntos más esenciales:

El volumen del cráneo está en estrecha relación con la inteligencia, según se ve si, dejando aparte los casos individuales, operamos sobre series. Se observará entonces que lo que distingue á las razas inferiores de las superiores no son débiles varia-

ciones en la capacidad media de sus cráneos, sino el hecho esencial de que las razas superiores contienen, dentro de la serie observada, cierto número de individuos con el cerebro altamente desarrollado, lo cual no sucede á las inferiores. No es, pues, por las multitudes, sino por el número de aquellos que se distinguen, por lo que las razas difieren. De un pueblo á otro la diferencia media del cráneo no es muy importante, á no ser que consideremos alguna raza de todo punto inferior.

Comparando los cráneos de diversas razas humanas del presente y el pasado, se ve que las que muestran, en ellos, una mayor variación de individuo á individuo son las más elevadas en civilización; que á medida que una raza se civiliza los cráneos de sus individuos se diferencian más y más, lo cual conduce al resultado de que no es hacia la igualdad intelectual adonde conduce la civilización, sino á la desigualdad más profunda. La igualdad anatómica y psicológica no existe sino entre los individuos de las razas extremadamente inferiores. Entre los miembros de una tribu salvaje, dados todos á unas mismas ocupaciones, la diferencia es muy escasa. Entre los campesinos, que sólo tienen trescientas palabras en su vocabulario, y el sabio, que tiene cien mil, con las ideas correspondientes, la diferencia es gigantesca.

Debo añadir á lo que precede, que la diferenciación entre individuos producida por el desenvolvi-

miento de la civilización se manifiesta también entre los de sexo diferente. Entre los pueblos inferiores ó entre las capas más bajas de los superiores, el hombre y la mujer son intelectualmente muy semejantes. Por el contrario, á medida que la civilización se propaga en un pueblo tienden los sexos á diferenciarse más y más.

El volumen del cráneo del hombre y de la mujer cuando se compara únicamente sujetos de igual edad, igual estatura é igual peso presentan diferencias que crecen rápidamente con la civilización. Muy débiles estas diferencias en las razas inferiores se tornan inmensas en las superiores. En las razas superiores los cráneos femeninos son generalmente, casi de igual desarrollo que los de mujeres de raza inferior. No obstante ser la inmensa mayoría de los cráneos masculinos parisienses, de los más gruesos conocidos, los de las mujeres de París se pueden clasificar entre los más pequeños observados, casi al nivel de los de las mujeres chinas y muy poco por encima de los cráneos de las naturales de Nueva Caledonia (1).

(1) Dr. Gustavo Le Bon. *Observaciones matemáticas y anatómicas sobre las variaciones del volumen del cerebro y sobre sus relaciones con la inteligencia*. En 8.º, 1879. Memoria premiada por la Academia de Ciencias y la Sociedad de antropología.

CAPITULO V

FORMACIÓN DE LAS RAZAS HISTÓRICAS

Cómo se forman las razas históricas.—Condiciones bajo las cuales, razas diversas se fusionan para formar una raza sola.—Influencia del número de los individuos concurrentes, de la desigualdad de sus caracteres, de los medios, etc.—Resultados de los cruzamientos.—Razón de la gran inferioridad de los mestizos.—Movilidad de los caracteres psicológicos nuevos creados por los cruzamientos.—Cómo llegan estos caracteres á ser permanentes.—Los períodos críticos de la historia.—Los cruzamientos constituyen un factor esencial de formación de razas nuevas y á la par un factor poderoso de disolución de civilizaciones.—Importancia del régimen de castas.—Influencia de los medios.—No pueden influir más que sobre las razas nuevas en vía de formación, en las cuales los cruzamientos han desasociado los caracteres hereditarios.—Los medios no influyen nada en las razas antiguas.—Varios ejemplares.—La mayor parte de las razas históricas actuales de Europa se hallan en vías de formación.—Consecuencias políticas y sociales.—Por qué el período de formación de las razas históricas habrá pasado pronto.

Hemos hecho observar que no se pueden hallar entre los pueblos civilizados verdaderas razas, en el sentido científico de la palabra, sino solamente razas históricas; es decir, razas creadas por los azares de la conquista, de las inmigraciones, de la política, etc., y formadas por la mezcla de individuos de orígenes diferentes.

¿Cómo estas razas heterogéneas llegan á fundirse y formar una raza histórica que posea caracteres psicológicos comunes? Esto es lo que vamos á mostrar ahora.

Diremos ante todo que los elementos puestos en presencia unos de otros por la casualidad no se funden nunca. Las poblaciones alemana, húngara, slava, etc., que viven bajo la dominación austriaca, forman razas completamente distintas y que no tienden á fusionarse. La población de Irlanda, que vive bajo la dominación de los ingleses, no propende á mezclarse con ellos. En cuanto á los pueblos de mayor inferioridad como australianos, pielesrojas, etc., no solamente no se unen á los pueblos superiores, sino que desaparecen rápidamente á su contacto. La experiencia enseña que todo pueblo inferior puesto en contacto con un pueblo superior se halla fatalmente y pronto condenado á desaparecer.

Tres condiciones son necesarias para que las razas lleguen á fusionarse y á formar una raza nueva más ó menos homogénea.

La primera de estas condiciones es que las razas sometidas al cruzamiento no sean muy desiguales en número; la segunda, que no difieran mucho entre ellas por su carácter; la tercera, que estén sometidas durante largo tiempo á idénticas influencias del medio.

La primera de dichas condiciones es de una im-

portancia capital. Un pequeño número de blancos transportados entre una población negra numerosa desaparece en el transcurso de algunas generaciones, sin dejar rastro de su sangre entre sus descendientes. Así ha sucedido á todos los conquistadores que han invadido poblaciones muy numerosas. Ellos podrán, como sucedió á los latinos en las Galias y á los árabes en Egipto, dejar tras sí su civilización, sus artes y su lengua; pero no dejarán nunca su sangre.

La segunda de las condiciones precedentes tiene, asimismo, una gran importancia. No hay duda que las razas entre sí más diferentes, como la blanca y la negra, por ejemplo, pueden fusionarse; pero los mestizos que resulten constituyen un pueblo inferior á sus productores y completamente incapaz de crear ni aun de continuar una civilización. La influencia de herencias contrarias desasocia su moralidad y su carácter. Cuando los mestizos de blancos y de negros han heredado por accidente una civilización superior, como en Santo Domingo, rápidamente la conducen á una miserable decadencia. Los cruzamientos pueden ser un elemento de progreso entre razas superiores muy semejantes, así como los ingleses y los alemanes de la América. En cambio, constituye un elemento de degeneración cuando las razas superiores son muy diferentes (1)

(1) Todos los países que contienen un gran número de

Cruzarse dos pueblos es cambiar al mismo tiempo su constitución física y su constitución mental. Los cruzamientos constituyen además el único medio infalible que hay de transformar de una manera fundamental el carácter de un pueblo; solamente la herencia es bastante poderosa para luchar con la herencia. Sólo ella puede formar á la larga una nueva raza con caracteres psicológicos y fisiológicos nuevos.

Los caracteres así creados permanecen luego flotantes y débiles y sólo mediante largas acumulaciones hereditarias se consolidan y hacen duraderos. El primer efecto de los cruzamientos entre razas diferentes es el de destruir el alma respectiva de éstas; es decir, el conjunto de ideas y sentimientos que son la fuerza de los pueblos, y sin los cuales, ni hay nación, ni patria. Es el período crí-

mestizos están, por esta misma razón, condenados á vivir en anarquía perpetua, á no ser que una mano férrea les domine. Tal será fatalmente la suerte del Brasil, que no cuenta sino con un tercio de población puramente blanca. El resto de la población está compuesto de negros y mulatos. El célebre Agassiz dice: «Basta con haber estado en el Brasil para no poder negar la decadencia que resulta de los cruzamientos, que en este país han alcanzado un desarrollo mayor que en los demás. Estos cruzamientos extinguen las excelentes cualidades de los blancos, sea de los blancos, sea de los negros, sea de los indios, y producen un tipo indescriptible, cuyas energías físicas y mentales son debilísimas.»

tico de la historia de los pueblos un período de comienzo y de perturbación que han atravesado todos los pueblos de Europa, porque no hay uno de éstos que no haya sido formado de derivaciones de otros. Es un período lleno de luchas interiores y de vicisitudes, que dura en tanto que los nuevos caracteres psicológicos no se fijan.

Lo que precede muestra que el cruzamiento debe de ser considerado á la vez como un elemento fundamental de la formación de las razas nuevas y como un factor poderoso de disolución de las antiguas. Con razón, pues, todos los pueblos que han llegado á un alto grado de civilización evitan cuidadosamente mezclarse con los extranjeros. Sin el admirable régimen de castas, la pequeña cantidad de arios que invadieron la India tres mil años ha se hubiese pronto extinguido anegada en la inmensa multitud de poblaciones negras que la rodeaban por todas partes, y no hubiera nacido ninguna civilización sobre la gran península indostánica. Si los ingleses, en nuestros días, no hubiesen procedido como aquellos arios y hubiesen adoptado el sistema de cruzarse con los naturales del Indostán, de seguro que hace largo tiempo que aquel inmenso imperio hubiera escapado de sus manos. Un pueblo puede perder muchas cosas, experimentar catástrofes y elevarse, sin embargo; pero lo ha perdido todo, y no se levantará jamás, cuando ha perdido su alma colectiva.

Es en el momento en que las civilizaciones en decadencia son presa de invasores, pacíficos ó guerreros, cuando empiezan los cruzamientos á ejercer la influencia, destructora primero y creadora después, de que acabamos de hablar. Destruyen las civilizaciones antiguas, porque destruyen el alma de los pueblos que las poseían. Dan lugar á la formación de civilizaciones nuevas, porque los antiguos caracteres psicológicos de las razas puestas en contacto han sido destruídos y porque, bajo la influencia de nuevas condiciones de existencia, se han formado caracteres nuevos.

Es solamente sobre las razas en vía de formación y de las que, por consiguiente, los caracteres ancestrales han sido destruídos, donde pueden ejercer influencia los últimos factores mencionados al principio de este capítulo: los medios. Los cruzamientos, destruyendo los caracteres psicológicos ancestrales, hacen tabla rasa sobre la cual la acción de los medios, ejercida durante siglos, forma y consolida caracteres psicológicos nuevos. Entonces y sólo entonces, es cuando se ha formado una nueva raza histórica. Así se ha constituído la francesa.

La influencia de los medios—medios físicos y medios morales—es, pues, muy grande ó muy débil, según los casos, y así se explica que se hayan podido emitir las más contradictorias opiniones acerca de su acción. Acabamos de ver que ésta es

muy grande sobre las razas en formación; pero si la consideramos respecto á razas antiguas, sólidamente constituídas desde mucho tiempo ha, veremos que sus efectos son nulos casi del todo.

Para los medios de carácter moral tenemos la prueba de la nulidad de su acción en esa negación de influencia que se observa de nuestras civilizaciones occidentales sobre los pueblos de Oriente, aun en aquellos que se hallan sometidos á su contacto desde hace mucho tiempo, dentro del cual ha transcurrido ya la vida de varias generaciones; y esto se observa bien en los chinos que habitan en los Estados Unidos. En cuanto á los medios físicos comprobamos la pequeñez de su poder por las dificultades de su aclimatación. Transportada á un medio físico muy diferente del suyo una raza antigua—trátese de hombres, animales ó plantas—corre el riesgo de perecer antes que transformarse. Conquistado ha sido el Egipto por diez pueblos diferentes y ha sido también la tumba de todos ellos. Ninguno ha podido aclimatarse allá. Griegos, romanos, persas, árabes, turcos, etc., no han dejado en aquel país huellas de su sangre. El solo tipo que allí se encuentra que reproduzca fielmente las líneas de aquellos hombres cuyas imágenes aparecen grabadas por los artistas faraónicos en tumbas y restos de palacios que tienen siete mil años de existencia, es el impasible felae.

La mayor parte de las razas históricas de Eu-

ropa se hallan aún en formación; es cosa ésta que conviene saber para comprender su historia. Solamente el inglés actual representa entre todos los europeos una raza casi constituida en definitiva. Los caracteres peculiares del viejo bretón, los del viejo sajón y los del viejo normando se han extinguido para formar un tipo nuevo bastante homogéneo. En Francia, por el contrario, el provenzal es muy distinto del bretón, del obernés, del normando. Mientras, en realidad, no existe un tipo medio francés, existe un tipo medio regional en determinadas regiones. Desgraciadamente estos tipos medios se hallan aún bastante lejanos entre sí por las ideas y el carácter. Es, por tanto, difícil encontrar instituciones que puedan igualmente convenirles, y sólo por una enérgica centralización se les puede dar alguna comunidad de pensamiento. Nuestras divergencias profundas de sentimientos y de creencia y los trastornos políticos, que son su consecuencia, obedecen principalmente á diferencias de constitución mental, que sólo podrá borrar el porvenir.

Siempre ha sucedido lo mismo cuando se han puesto en contacto razas diferentes. Los disenti-mientos y las luchas intestinas han sido tanto más profundas cuanto más diferentes entre sí han sido las razas puestas en recíproca presencia para convivir. Cuanto más desemejantes sean más imposibilitadas se hallan de vivir bajo unas mismas leyes

y unas mismas instituciones. La historia de los grandes imperios formados por razas diferentes. Los más de ellos desaparecen cuando desaparece su respectivo fundador. Entre las naciones modernas solamente Inglaterra y Holanda han sabido imponer su yugo á pueblos asiáticos muy diferentes de ellas, pero no han logrado esto sino porque han sabido respetar las costumbres y las leyes de tales pueblos, á los que dejan en realidad administrarse por sí mismos y limitan su papel de dominadores á imponerles una partida de impuestos, practicar en condiciones privilegiadas el comercio y mantener la paz.

Aparte algunas raras excepciones, los grandes imperios integrados por pueblos desemejantes, no pueden ser formados sino por la fuerza y están condenados á perecer violentamente. Para que una nación pueda formarse y durar, es necesario que se constituya lentamente, por la mezcla gradual de razas poco diferentes entre sí, cruzadas profusa y continuamente unas con otras, viviendo sobre un mismo suelo, experimentando la influencia de los mismos medios y teniendo instituciones y creencias comunes. Estas razas diversas pueden así formar, al cabo de algunos siglos, una nación bien homogénea.

A medida que envejece el mundo, las razas se van haciendo más estadizas y más raras sus transformaciones por medio de las mezclas. Conforme

adelanta en edad la humanidad siente el peso de la herencia hacerse más grave y las transformaciones son más difíciles. En lo concerniente á Europa se puede afirmar que la era de la formación de las razas históricas habrá pasado pronto.

LIBRO II

**Cómo se manifiestan los caracteres psicológicos
de las razas en los diversos elementos de su
respectiva civilización**

CAPÍTULO PRIMERO

**LOS DIVERSOS ELEMENTOS DE UNA CIVILIZACIÓN
COMO MANIFESTACIÓN EXTERIOR DEL ALMA DE
UN PUEBLO**

Los elementos de que toda civilización se compone son las manifestaciones exteriores del alma de los pueblos que les han creado.—La importancia de estos elementos varía de un pueblo á otro.—Las artes, la literatura, las instituciones, etc., desempeñan en la marcha de los pueblos el papel fundamental.—Ejemplos ofrecidos en la antigüedad por Egipto, Grecia y Roma —Los diversos elementos de una civilización pueden tener una evolución independiente de la marcha general de la civilización.—Ejemplos que suministran las artes.—Lo que éstas representan.—Imposibilidad de hallar en un solo elemento de una civilización el nivel de esta civilización.—Elementos que aseguran á un pueblo la superioridad.—Elementos filosóficamente muy inferiores, pueden ser muy superiores socialmente considerados.

Los diversos elementos lenguaje, instituciones, ideas, creencias, artes, literatura, de que se com-

pone toda civilización, deben ser considerados como las manifestaciones exteriores del alma de los hombres que les han creado. Pero atendiendo á las épocas y las razas, la importancia de tales elementos como expresión del alma de cada pueblo es innegable.

No hay libro moderno alguno consagrado al estudio de las obras de arte, en el que no se afirme que son éstas la más acabada representación del estado intelectual de los pueblos y la expresión más completa de su civilización.

Acaso suceda esto multitud de veces; pero falta mucho para que tal regla sea absoluta y que el desenvolvimiento de las artes corresponda siempre al desenvolvimiento intelectual de las naciones. Si bien es verdad que hay pueblos respecto á los cuales se puede afirmar que sus obras de arte son la más pristina representación de su alma, también lo es que hay otros, muy elevados en la escala de la civilización, en los cuales no ha desempeñado el arte un importante papel. Si alguien tuviese que escribir la historia de la civilización de cada pueblo tomando un elemento para juzgar de su desarrollo, este elemento tendría que variar de uno á otro pueblo. Para unos, sería el arte; para otros, ya las instituciones, ya la organización militar, ya la industria, ya el comercio, etc., lo que nos permitiría conocer mejor la civilización de los mismos. Es un punto este que importa dejar

sentado, porque nos permitirá más tarde comprender por qué los diversos elementos de la civilización han experimentado transformaciones de un pueblo á otro.

Entre los pueblos de la antigüedad, los egipcios y los romanos presentan ejemplos muy característicos de esta desigualdad en el desenvolvimiento de los diversos elementos de una civilización y de cada una de las varias ramas de que cada uno de tales elementos se compone.

Consideremos primeramente el Egipto. En él la literatura tuvo poco mérito y la pintura fué muy mediocre. La arquitectura y la estatuaria, en cambio, produjeron obras maestras. Sus monumentos provocan aún nuestra admiración. Las estatuas que de ellos se conservan, tales como el *Scriba*, el *Cheik-el-Beled*, *Rahotep* y algunos más, serán siempre obras modelos, y sólo en un corto período de producción artística consiguió la Grecia producir otras que les superaran.

De los egipcios pasemos á considerar los romanos, que tan importante papel representaron en el mundo. No les faltaron ni educadores ni modelos adecuados á impulsarlos á la producción artística, pues tuvieron á los egipcios y los griegos, y sin embargo nó consiguieron crear un arte personal. Aca-so ningún pueblo se haya manifestado menos original que el romano en la producción artística. Los romanos se cuidaron poco de las artes, no las con-

sideraron sino desde el punto de vista de la utilidad y no veían en sus obras sino una especie de artículo de importación, semejante á los otros productos, como los metales y las especias, que demandaban á otros pueblos. Siendo ya los dueños del mundo no tenían arte nacional ni aun en la época en que la paz universal, la riqueza y la necesidad de lujo desenvolvieron algo su débil sentimiento artístico. A la Grecia fué á quien siempre pidieron artistas y modelos. La historia de la arquitectura y la escultura romanas no es sino un subcapítulo de la historia de la arquitectura y la escultura griegas.

Pero el pueblo romano, tan inferior por sus artes, eleva al más alto grado otros tres elementos de la civilización: Tuvo instituciones militares que le aseguraron la dominación del mundo; instituciones jurídicas y políticas que aún copiamos, y creó una literatura en la cual se ha inspirado la nuestra durante siglos.

Vemos, pues, que la desigualdad de los elementos de la civilización en dos naciones de las cuales nadie dudará que alcanzaron un alto grado de cultura es evidente, y comprendemos los errores á que se expondría quien para juzgar de la civilización alcanzada por cada uno de ellos sólo tomase por base un elemento mismo para ambas, el arte, por ejemplo. Acabamos de ver que hubo en Egipto artes muy adelantadas y originales y una inferior litera-

tura; en Roma un arte de escasísimo valor y sin originalidad y en cambio una literatura de altísimo mérito é instituciones militares, políticas y jurídicas de primer orden.

Los griegos, asimismo, uno de los pueblos que han demostrado mayor superioridad en casi todas las direcciones que la actividad mental puede seguir, nos proporcionan una prueba completa de la falta de paralelismo que hay en la marcha de los varios elementos de la civilización. En la época de Homero su literatura era ya muy superior, pues los cantos homéricos son todavía considerados como excelentes modelos, y la juventud universitaria europea se ve aún obligada á saturarse de ellos, no obstante la secularísima vejez de aquellas producciones; pero, en cambio, los descubrimientos realizados por la arqueología nos han revelado que la arquitectura y la escultura coetáneas de tales cantos eran groseras en alto grado y sólo producían burdas imitaciones de las obras egipcias y asirias.

Pero nadie como los indios nos han puesto de manifiesto en su actividad creadora la desigualdad de desarrollo con que se realizan los diversos elementos de la civilización. Desde el punto de vista de la arquitectura son pocos los pueblos que les han superado; respecto á la filosofía, su pensamiento abarcó tanto y fué tan hondo, que sólo en Europa y en tiempo reciente se ha llegado á tanta

intensidad; juzgados como literatos, no llegaron á la altura de los griegos ni de los latinos, pero no es posible negar que produjeron trozos admirables; respecto á las ciencias y la historia, demostraron ser altamente ineptos, manifestando tener tal falta de precisión como jamás la tuvo ningún pueblo. Sus ciencias no fueron otra cosa que especulaciones infantiles; sus libros de historia, de leyendas absurdas, mejor dicho, no encierran ni un solo dato ni sin duda un solo acontecimiento exactos. He aquí, pues, que el estudio exclusivo del desarrollo de las artes en este pueblo sería insuficiente para obtener conocimiento cierto y exacto de su civilización.

Muchos otros ejemplos se podrían ofrecer aún en apoyo de lo que precede. Hay razas que sin haber ocupado un rango superior consiguieron crearse un arte personal sin parentesco, visible al menos, con los modelos precedentes. Un siglo no había transcurrido todavía desde que invadieron el Occidente, cuando ya habían transformado la arquitectura bizantina, que al principio adoptaron, de tal modo que la nueva arquitectura no parecía, bajo ningún concepto, proceder de aquélla; y sin duda le hubiera sido imposible reconocerlo así á la crítica moderna si nouviésemos aún ante los ojos los monumentos de transición que se conservan.

Desde el momento en que algún pueblo no po-

sea ni aptitudes artísticas ni literarias, no puede crear una civilización elevada. Tal sucedió á los fenicios, quienes no tuvieron otra superioridad que su habilidad mercantil. Por su mediación se civilizó el mundo antiguo, del cual pusieron en relación recíproca todas las partes; pero, por lo mismo, no pudieron hacer otra cosa y la historia de su civilización no es más que la historia de su comercio.

Hay pueblos en que todos los elementos de la civilización quedaron á bajo nivel menos las artes. Así fueron los mogoles. Los monumentos que elevaron en la India, y cuyo estilo no es índico, son tan espléndidos, que de algunos han dicho artistas muy competentes, que son los más bellos monumentos levantados por la mano del hombre, y sin embargo no habrá quien se atreva á calificar á los mogoles entre las razas superiores.

Se puede afirmar, además, que en los pueblos, aun en los que han alcanzado mayor cultura, pueden llegar las artes á su más alto esplendor sin que aquéllos se hallen por eso en el mayor grado de su desenvolvimiento. Entre los egipcios y los indios se ve que sus mejores monumentos son los más antiguos; En Europa, en la Edad Media, considerada como una edad semibárbara, floreció el arte gótico, arte maravilloso cuyas obras admirables no han sido nunca igualadas en belleza.

Es, pues, de todo punto imposible juzgar del ni-

vel de la civilización de un pueblo atendiendo únicamente al desarrollo de sus artes. Estas no constituyen, repito, más que un elemento de su civilización, y no está demostrado que sea el más elevado. Antes bien, los pueblos que hasta ahora han ido á la cabeza de la civilización, los romanos en la antigüedad y los americanos de nuestros días, tienen una escasísima significación artística. Además, como ya en otra obra hemos demostrado, es en el período semibárbaro de su historia cuando los pueblos dan á luz sus obras maestras literarias y artísticas, y éstas sobre todo. Parece que el período de mayor altura respecto á las artes en un pueblo es una manifestación peculiar de su infancia ó de su juventud, pero no de su edad madura; y si se considera que bajo las preocupaciones utilitarias del mundo moderno á cuya aurora nosotros asistimos el papel de las artes no está marcado apenas, se puede suponer que serán clasificadas entre las manifestaciones, si no inferiores, secundarias al menos, de la civilización.

Muchas razones se oponen á que las artes progresen paralelamente á los otros elementos de la civilización y puedan siempre reflejar el estado de una civilización cualquiera. Ya sea tratándose de Egipto, de Grecia ó de otros diversos pueblos de Europa, comprobaremos que es ley general: que tan pronto como el arte ha alcanzado cierto nivel, es decir, que han sido producidas ciertas obras supre-

mas, comienza para el arte un período de decadencia, independientemente de la marcha de los demás elementos de civilización. Esta faz de la vida del arte subsiste hasta que una revolución política, una invasión, la adopción de una nueva creencia ó cualquiera otro factor, vienen á introducir en el arte nuevos elementos. Es así como en la Edad Media las Cruzadas aportaron ideas y conocimientos nuevos que imprimieron á las artes un nuevo impulso, de donde resultó la transformación del estilo románico en ojival, y como algunos siglos más tarde el renacimiento de los estudios grecolatinos provocara la transformación del arte gótico en arte del Renacimiento; es así también como en la India las invasiones musulmanas ocasionaron la transformación del arte indio.

Importa establecer: que como las artes traducen ciertas necesidades de la civilización, de una forma general y corresponden á determinados sentimientos, se hallan condenadas á sufrir transformaciones en armonía con las que tales sentimientos y necesidades experimenten, y á desaparecer con los unos y las otras. No se ha de seguir de que tal cosa suceda, que se halle la civilización del caso, en decadencia; y aquí surge de nuevo ante nosotros la falta de paralelismo que hemos demostrado que existe entre los elementos de toda civilización al desenvolverse. En ninguna época de la historia ha alcanzado la civilización más alto grado que en la presen-

te actualidad, y tampoco en ninguna, acaso, fué tampoco el arte tan vanal ni menos personal que ahora. Las creencias religiosas, las ideas y las necesidades que hacían del arte un elemento esencial de la civilización en las épocas en que tenía por santuario los templos y los palacios, han desaparecido, y el arte ha venido á ser algo accesorio, una cosa de adorno á la cual no es posible consagrar ni mucho tiempo ni mucho dinero. No siendo una necesidad del espíritu social, no pueden ser sus obras sino artificiosas é imitativas. No hay pueblo en el presente que tenga un arte nacional; todos ellos, así en arquitectura como en escultura, viven de copias más ó menos felices de diferentes épocas.

Ni que reflejen necesidades, ni que reflejen meros caprichos estas modestas copias, es el caso que ellas no traducen nuestras modernas corrientes de ideas. Yo admiro las inocentes obras de nuestros artistas de la Edad Media, pinturas de Santos, de Cristos, del Paraíso y el Infierno, cosas todas efectivamente fundamentales entonces, y que constituían el objeto más alto de la vida; pero cuando los pintores que no tienen tales creencias cubren nuestras paredes con figuras y escenas de leyendas primitivas ó de símbolos infantiles, ensayando la regresión á la técnica de otra edad, no hacen más que miserables imitaciones, sin interés para el presente y que despreciará el porvenir.

Las solas artes reales, las únicas que traducen una época, son aquellas en que los artistas representan en sus obras lo que sienten ó lo que ven, lejos de limitarse á reproducir formas correspondientes á la expresión de sentimientos ó creencias que fueron propias de otros tiempos y que desaparecieron para siempre. La única pintura sincera de nuestros días es la que reproduzca las cosas que nos rodean; y la arquitectura peculiar de los mismos es la de la casa de cinco pisos, el viaducto y la estación del ferrocarril. Este arte utilitario es el que corresponde á las necesidades é ideas de hoy, así como son característicos de una época que pasó ya días ha, la iglesia gótica y el castillo feudal. Para los arqueólogos del porvenir, lo mismo los grandes caravanserrallos modernos que las antiguas basílicas ojivales, tendrán interés (porque serán páginas sucesivas de estos libros de piedra que cada siglo va dejando en pos de sí), á la par que desdeñarán como documentos inútiles las vanas y artificiosas producciones de tantos artistas modernos.

Cada estética representa el ideal de una raza y de una época; y por ser las épocas y las razas múltiples y diferentes, el ideal debe constantemente variar. Desde el punto de vista filosófico, todas las ideas son estimables igualmente, porque no constituyen sino símbolos transitorios.

Las artes son, pues, lo mismo que todos los ele-

mentos de la civilización, la manifestación al exterior del alma del pueblo que las crea; pero hemos de reconocer que no constituyen respecto á todos los pueblos la manifestación más exacta de su mentalidad.

La demostración es necesaria, porque por la importancia que tenga en un pueblo cualquiera elemento de civilización, se mide el poder de transformación que le aplica cuando lo imprime á una raza extranjera. Si su personalidad se manifiesta muy especialmente en las artes, por ejemplo, no habrá de reproducir modelos importados, sin marcar profundamente en ellos la huella de su espíritu; y, por el contrario, transformará poco los elementos que no puedan servir de intérpretes á su genio. Cuando los romanos adoptaron la arquitectura de los griegos, no le imprimieron modificación alguna radical, porque no era en verdad en sus monumentos donde ellos ponían gran cosa la impresión del alma nacional.

Y sin embargo, en un pueblo así, exento de una arquitectura personal, obligado á ir á buscar al extranjero sus modelos y sus artistas, el arte se halla fatalmente sometido á experimentar al paso de los siglos la influencia del medio y á expresar los estados del alma de su raza adoptiva. Los templos, los palacios, los arcos de triunfo, los bajorrelieves de la Roma antigua son obras de griegos ó de discípulos suyos, y no obstante, los caracteres de es-

tos monumentos, su destino, su ornamentación y hasta sus dimensiones, no despiertan en quienes les contemplan el recuerdo del arte delicado y poético del genio helénico, sino la idea de fuerza, el ansia de dominio y la pasión guerrera que enaltecieron el alma de Roma. Así, pues, aun en la esfera de acción donde una raza se muestre menos personal, no puede dar un paso sin dejar alguna huella que revele algo de su constitución mental y de su íntimo pensamiento.

Es que, en efecto, el artista verdadero, ya sea arquitecto, ya sea literato, posee la facultad mágica de traducir en sus obras, de un modo sintético, el alma de una época y de una raza. Muy impresionables, muy inconscientes, piensan sobre todo por imágenes y razonan poco. Los artistas son, en ciertas épocas, los espejos fieles de la sociedad de su tiempo; sus obras, los más exactos documentos que se pueden invocar para reconstituir una civilización. Son bastante inconscientes para no ser sinceros y están bastante impresionados por el medio que les rodea para no traducir fielmente las ideas, los sentimientos y las necesidades de la sociedad en que viven. No tienen libertad y en esto estriba su fuerza; están encerrados en una red de tradiciones, de ideas, de creencias, cuyo conjunto constituye el alma de las razas y los tiempos, la herencia de sentimientos, de pensamientos, de inspiraciones cuya influencia es en ellos tan poderosa

porque gobierna las regiones de lo inconsciente, donde sus obras se elaboran como concepción á realizar. Si sus obras no existiesen no sabríamos de siglos pasados sino las falsas relaciones y los datos escasos que contienen los libros de la Historia respecto á muchos de ellos; el verdadero pasado nos sería casi desconocido, permaneciendo encerrado en el misterio.

Lo propio, pues, de las obras del arte real es expresar sinceramente las necesidades y las ideas de los tiempos que les han visto nacer. De todos los diferentes lenguajes que relatan el pasado, es el de las artes, sobre todo el de la arquitectura, el más inteligible. Más sinceras que los libros las obras artísticas, menos artificiosas que las religiones y que los idiomas, traducen á la par sentimientos y necesidades. El arquitecto es el constructor de la morada del hombre y de la de los dioses, y fué siempre en los recintos de los templos ó en el del hogar donde se elaboraron las causas primeras de los acontecimientos que constituyen la Historia.

De lo que precede podemos deducir: que si los diferentes elementos de que una civilización se compone son en verdad la expresión completa del alma del pueblo que les ha creado, algunos de ellos, variables según las razas y respecto á una misma raza, según los tiempos, traducen mucho mejor que otros el alma de aquéllas.

Puesto que la naturaleza de dichos elementos

varía de un pueblo á otro y de uno á otro tiempo, es indudable que no se puede hallar uno que sirva de común medida para apreciar todas las civilizaciones.

Es asimismo evidente que no se puede establecer entre estos elementos una clasificación jerárquica, porque ésta tendrá que variar de uno á otro siglo, dado que la importancia de los elementos considerados varía con las épocas.

Si no aprecia el valor de los diversos elementos de una civilización más que por su utilidad pura, podrá decirse que los más importantes son aquellos que permiten á un pueblo avasallar á los otros; es decir, las instituciones militares. Entonces habrá que colocar á los griegos, artistas, filósofos y literatos, detrás de las rudas cohortes romanas; á los discretos y sabios egipcios, detrás de los persas semibárbaros, y á los indios, detrás de los mongoles, semibárbaros también.

La historia no se preocupa de distinciones inútiles. La única superioridad ante la cual se inclina es la militar, siendo así que ésta va muy raramente acompañada de una superioridad análoga á ella en los otros elementos de la civilización ó al menos, si la hubiere, no la deja subsistir mucho tiempo á su lado. La superioridad militar en un pueblo no puede, por desgracia, debilitarse, sin que se vea éste pronto condenado á desaparecer. Por esto, cuando los pueblos han llegado al apogeo de

la civilización, se han visto obligados á ceder su predominio á otros pueblos bárbaros muy por bajo de ellos en inteligencia, pero dotados de cierta fuerza de carácter y de un valor guerrero que las civilizaciones refinadas han concluído siempre por destruir.

Es forzoso llegar á esta conclusión: que los elementos filosóficamente inferiores de una civilización son socialmente los más importantes. Si las leyes del porvenir han de ser las del pasado, se puede afirmar que nada tan adverso para la continuación de la historia de un pueblo como haber llegado á un alto grado de inteligencia y de cultura. Los pueblos perecen cuando se alteran las cualidades de carácter que forman la trama de su alma y estas cualidades se alteran á la par que se va engrandeciendo su civilización y su inteligencia.

CAPITULO II

CÓMO SE TRANSFORMAN LAS INSTITUCIONES, LAS RELIGIONES Y LAS LENGUAS

Las razas superiores no pueden, como no pueden tampoco las inferiores, transformar bruscamente su civilización. Contradicciones presentadas por los pueblos que han cambiado sus religiones, sus idiomas y sus artes.—El caso del Japón.—En que tales cambios no son sino aparentes.—Transformaciones profundas operadas en el budismo, el brahmanismo, el islamismo y el cristianismo á través de las razas que les han adoptado.—Variaciones que experimentan las instituciones y las lenguas, según las razas que las adoptan.—Cómo las palabras consideradas correspondientes entre sí de una á otra lengua, representan asimismo ideas y modos de pensar muy desemejantes.—Imposibilidad, por esta razón, de traducir ciertas lenguas —Por qué en los libros de historia la civilización parece á veces sufrir cambios profundos.—Límites de la influencia recíproca de diversas civilizaciones.

En un trabajo publicado ya, hemos puesto de manifiesto que las razas superiores no pueden hacer aceptar ni tampoco imponer su civilización á las inferiores. Tomando uno por uno los más poderosos medios de acción de que disponen los europeos, la educación, las instituciones y las creencias, hemos de mostrar su insuficiencia abso-

luta para cambiar el estado social de los pueblos inferiores. Hemos sentado el principio de que todos los elementos de una civilización corresponden á cierta constitución mental bien definida, creada por un largo pasado hereditario, y es imposible modificarles sin cambiar la constitución mental de donde se derivan. Los siglos solamente, y no los conquistadores, pueden llenar esa tarea. Hemos hecho también ver que sólo por una serie de etapas sucesivas, análogas á las que recorrieron los bárbaros destructores de la civilización grecorromana, puede un pueblo ir elevándose en la escala de la civilización. Si por medio de la educación se quiere evitar á un pueblo su transcurso por tales etapas, solamente se conseguirá desorganizar su moral y su inteligencia y llevarle á un nivel inferior á aquel adonde había llegado por sí mismo.

La argumentación que á las razas inferiores hemos aplicado, es también aplicable á las superiores. Si los principios que hemos expuesto en esta obra son exactos, deberemos deducir que las razas superiores no pueden tampoco transformar bruscamente su civilización. Les es también necesario el transcurso del tiempo y la marcha por etapas sucesivas. Si bien es cierto que á veces parece que los pueblos superiores han adoptado creencias, instituciones, idiomas y artes diferentes de los de sus antepasados, llegados á ellos por ley

de herencia, en realidad esto no es sino tras haberlas transformado lentamente, en armonía con su constitución mental.

La historia parece que contradice á cada página la afirmación precedente. Se ve con frecuencia que los pueblos cambian los elementos de su civilización y adoptan nuevas religiones, instituciones y lenguas nuevas. Los unos abandonan creencias muy seculares para convertirse al cristianismo, al islamismo ó al budismo; otros transforman su lengua materna; otros, en fin, modifican sus instituciones y sus artes. Parece que es bastante un conquistador, un apóstol ó el mero capricho para producir tales transformaciones.

Pero en los relatos de tales bruscas revoluciones, la historia no hace sino realizar uno de sus habituales defectos: crear y propagar grandes errores. Cuando se estudian atentamente estos pretendidos cambios, pronto se ve que sólo varían los nombres de las cosas en realidad, mientras que la substancia que se encierra tras las palabras permanece viva y no se transforma sino con extrema lentitud.

Para probarlo y mostrar á la vez cómo tras las denominaciones modificadas se cumple la lenta evolución de las cosas, bastará con estudiar los elementos de civilización de cada pueblo, es decir, revisar su historia. Dejando aparte los numerosos elementos de que una civilización se com-

pone, elegiré solamente uno como ejemplo: las artes.

Antes de estudiar en capítulo aparte el estudio de la evolución que realizan las artes al pasar de un pueblo á otro, diré algo respecto á los cambios que experimentan los otros elementos de la civilización, á fin de demostrar que las leyes aplicables á uno cualquiera de ellos son asimismo aplicables á los demás, y que si las artes se hallan en relación con cierta constitución mental de los pueblos, las lenguas, las instituciones, las creencias, etc., lo están igualmente y por tanto no pueden cambiar de un modo brusco ni pasar indiferentemente de un pueblo á otro (1).

(1) No trataré aquí el caso del Japón, del que me he ocupado ya otra vez, y sobre el cual volveré seguramente alguna otra. Creo imposible estudiar en algunas páginas, á lo que ahora tendría que circunscribirme, una cuestión respecto á la cual hombres de Estado eminentes se forjan ilusiones muy grandes, y son, por desgracia, imitados en esto por algunos filósofos poco esclarecidos. El prestigio de los triunfos militares, aunque sean obtenidos sobre simples bárbaros, es aún tenido, para bien de los espíritus, como único criterio para juzgar del nivel de una civilización. Se puede organizar á la europea un ejército de negros, y porque sepan manejar los fusiles y los cañones no se va á modificar su inferioridad mental ni cuantas de ella se derivan. El barniz de civilización europea que recubre ahora al Japón no corresponde, ni con mucho, al estado mental de la raza.

En lo concerniente á las creencias religiosas sobre todo, puede parecer paradógica esta teoría y por lo mismo en la historia de estas creencias es donde pueden hallarse los más eficaces ejemplos que utilizar en apoyo de nuestra afirmación de que es tan imposible á un pueblo cambiar sus elementos de civilización de una manera brusca, como á un individuo cualquiera cambiar su talla ó el color de sus ojos.

Nadie ignora que todas las grandes religiones: la brahamínica, la budista, el cristianismo, el islamismo, han provocado conversiones en grandes masas, de razas enteras que han parecido adoptarlas por completo; pero cuando se ahonda un poco en el estudio de estas conversiones, se comprende bien pronto que lo que tales pueblos han cambiado sólo ha sido el nombre de sus religiones antiguas y no la religión misma; que en realidad las creencias adoptadas han experimentado las transformaciones necesarias para mostrarse en cierta armonía con las viejas creencias que han venido á reemplazar, pero de las cuales no son en realidad sino una forma de continuación.

Las transformaciones experimentadas por las creencias al pasar de un pueblo á otro, son con frecuencia tan considerables que la religión nuevamente adoptada no conserva sino un ligero parentesco con aquella cuyo nombre lleva. El mejor ejemplo de esto nos le ofrece el budismo, que

transportado á China ha llegado al punto de que muchos sabios le tomasen por una religión del todo nueva y han tardado mucho tiempo en reconocer que se trataba del budismo transformado por la raza que le adoptara. El budismo chino tampoco es el budismo de la India, muy distinto del de Népal, el cual á su vez dista mucho del de Ceylán. En la India el budismo sólo fué un cisma del brahamanismo, que le había precedido, y del cual en el fondo difiere poco; en China fué también un cisma de creencias anteriores, con las cuales se relaciona y armoniza estrechamente.

Lo que está rigurosamente demostrado respecto al budismo no lo está menos respecto al brahamanismo. Las razas de la India son muy diversas, y es de presumir que bajo nombres idénticos deben tener creencias religiosas también diversas en extremo. Sin duda que todos los pueblos brahamínicos consideran á Visnu y á Siva como sus divinidades principales y los Vedas, como sus libros sagrados; pero los dioses fundamentales no han dejado en las religiones más que sus nombres, ni los libros más que sus textos; al lado de ellos se han formado cultos innumerables donde se hallan, según las razas, las más variadas creencias: monoteísmo, politeísmo, fetichismo, panteísmo, culto de los antepasados, de los demonios, de los animales, etc. A no juzgar de los cultos de la India sino por lo

que dicen los Vedas, no se tendría la más ligera idea de los dioses ni de las creencias que rigen en la inmensa península. Los títulos de los libros sagrados son venerados entre todos los brahamanes, pero de la religión que aquéllos enseñan no resta generalmente nada.

El islamismo, á pesar de la simplicidad de su monoteísmo, no escapa á esta ley: hay mucha distancia del islamismo de los persas, al de los árabes, al de la India, esencialmente politeísta, y que ha hecho politeísta la más monoteísta de todas las religiones. Para los cincuenta millones de islamicos que hay en la India, Mahoma y los santos del Islam no son sino dioses nuevos añadidos á millares de otros, que vienen reconociendo de muy antiguo. El islamismo no ha conseguido, pues, establecer en la India la igualdad de todos los hombres, que fué una de las razones de su triunfo: los musulmanes indostánicos practican, como los demás indios, el sistema de castas. En el Dekan, en las poblaciones dravidianas, el islamismo está de tal manera modificado, que casi nada le diferencia del brahmanismo; no se distinguiría de éste si no fuese por el nombre de Mahoma y sin la mezquita, donde Mahoma considerado como un dios, es adorado.

No es necesario ir hasta la India para ver las modificaciones profundas que ha experimentado el islamismo pasando de una á otra raza. Es su-

ficiente recordar la gran posesión francesa de la Argelia. En ella coexisten dos razas muy diferentes: árabes y bereberes, igualmente musulmanes; el islamismo de los primeros se aleja del de los segundos; la poligamia del Corán se ha convertido en monogamia entre los bereberes, cuya religión no es casi nada más que una fusión del islamismo con el antiguo paganismo que practicaron en tiempos remotos, bajo el dominio de Cartago.

Las religiones de la Europa tampoco se sustraen á la ley de su transformación á través de las razas que las adoptan. Como en la India, se abandona la letra de los dogmas contenidos en los sagrados textos, y éstos quedan así reducidos á ser vanas fórmulas, de las cuales cada raza interpreta el sentido á su manera. Bajo la común denominación de cristianos se hallan en Europa verdaderos paganos, tales como los bajobretones: adoradores de ídolos; fetichistas, como los españoles que veneran los amuletos; politeístas, como los italianos, que dan culto á las madonas, como si fueran imágenes de divinidades diferentes entre sí.

Extendiendo algo más nuestras indagaciones nos será fácil demostrar que el gran cisma de la Reforma fué la consecuencia necesaria de la interpretación de un mismo libro religioso, hecha por razas diferentes. Las del Norte, que gustan de discutir sus propias creencias y regular por sí mismas su dirección, y las del Sur, que se aferran á

sus antiguos puntos de vista respecto á la independencia y al espíritu filosófico.

Estos son los hechos cuyo desenvolvimiento nos conducirá bastante lejos. Deberemos pasar más ligeramente sobre los demás elementos fundamentales de la civilización: las instituciones y las lenguas, porque sería necesario entrar en detalles técnicos que se extenderían hasta más allá de los límites propios de este trabajo. Lo que para las creencias es verdad, asimismo lo es para las instituciones; éstas no pueden transmitirse de un pueblo á otro sin transformarse.

Podría citar en apoyo de esto muchos ejemplos, pero me conformo con rogar al lector que considere solamente cuánto en los tiempos modernos las mismas instituciones, impuestas por la fuerza ó la persuasión, se transforman á través de las razas conservando respecto á todas, sin embargo, nombres idénticos. Ya demostraré esto mismo en un próximo capítulo, respecto á diversas regiones de América.

Las instituciones son en realidad la consecuencia de necesidades sobre las cuales la voluntad de una sola generación de hombres no ejercerá acción alguna. Para cada raza y para cada faz de la evolución de la misma hay condiciones de existencia, de sentimientos, de pensamientos, de opinión, de influencias hereditarias que implican ciertas instituciones y excluyen otras. Las fórmulas guberna-

mentales entrañan una gran fuerza. Jamás le ha sido dado á un pueblo escoger las instituciones que le hayan parecido mejores, y si algún raro accidente permite escogerlas no sabrá conservar las instituciones que escoja. Las numerosas revoluciones y los cambios sucesivos de constitución á que venimos entregándonos desde hace un siglo, constituyen una experiencia que tras largo tiempo fijará en este punto la atención de los hombres de Estado. Yo creo que solamente en el cerebro de los locos y en la estrechez de juicio de algunos fanáticos persiste la idea de que los cambios importantes de la sociedad se puedan hacer á fuerza de decretos. El único papel útil que hacen las instituciones es el de dar una sanción legal á los cambios que la costumbre y la opinión han concluido por aceptar. Ellas siguen á tales cambios, pero no les preceden. No son las instituciones, pues, las que han modificado el carácter y el pensamiento del hombre. No es con ellas con lo que se hace á un pueblo religioso ó escéptico, que él aprende á conducirse á sí mismo lejos de pedir al Estado que le forje cadenas.

No diré más respecto á las lenguas de lo que respecto á las instituciones acabo de decir y me limitaré á dejar sentado que tan pronto como un idioma queda fijado por la escritura se transforma al pasar de un pueblo á otro; esta afirmación es á la par un argumento poderoso contra la absurda

idea de un idioma universal. Sin duda antes de transcurrir dos siglos después de la Conquista, los galos, no obstante la inmensa superioridad de su número, habían adoptado la lengua latina; pero aquel pueblo fué transformando esta lengua según sus necesidades y la lógica peculiar de su espíritu. De esta transformación ha salido finalmente el francés moderno.

Diferentes razas no podrán hablar durante mucho tiempo un mismo idioma. Los azares de las conquistas, los intereses comerciales de cada una de aquéllas podrán sin duda impulsar á un pueblo á adoptar otra lengua diferente de su lengua materna; pero á las pocas generaciones la lengua adoptada estará enteramente transformada, y la transformación será tanto más honda cuanto más diferente sea la raza adoptante de la lengua, de aquella de quien la tomó.

Se puede estar siempre seguros de hallar lenguas desemejantes en los países donde coexisten razas diferentes. La India nos facilita de ello un ejemplo excelente. La gran península está habitada por razas numerosas y diferentes; no es de extrañar que allí cuentan los sabios hasta doscientas cuarenta lenguas distintas, más diferentes las unas de las otras que lo es el idioma griego del francés. ¡Doscientas cuarenta lenguas y además alrededor de trescientos dialectos! De todas estas lenguas la más extendida es muy moderna: sólo tiene escasa-

mente tres siglos de existencia; es la indostánica, formada por la combinación del idioma persa y del árabe que hablaban los conquistadores musulmanes, con el indio, una de las lenguas más extendidas en las regiones invadidas. Conquistadores y conquistados olvidaron pronto su respectiva lengua materna para hablar la lengua nueva adaptada á las necesidades de la nueva raza producida por el cruzamiento de diversos pueblos puestos en contacto.

No he de insistir más en este punto, y asimismo estoy obligado á limitarme á indicar las ideas fundamentales. Si yo hubiese de darlas el necesario desenvolvimiento, diría que cuando los pueblos son diferentes, las palabras consideradas como correspondientes entre los respectivos idiomas representan modos de pensar y sentir de tal modo alejados que convencen en realidad sus lenguas, no tienen voces recíprocamente sinónimas, y que la traducción real de la una á la otra es imposible. Esto se comprende mejor viendo cómo en el transcurso de algunos siglos, en el mismo país y la misma raza, una misma palabra corresponderá á ideas, de todo punto diferentes.

Lo que las palabras antiguas representan son las ideas de los hombres de otro tiempo. Las palabras, que son en su origen signos de cosas reales, tendrán pronto deformado su sentido por consecuencia del cambio de ideas y de costumbres. Si

atendemos á los signos de expresión usados ahora, nos hallaremos que es muy difícil cambiar su sentido, y sin embargo no hay ya más que una ligera correspondencia entre lo que significaron y lo que ahora significan. Si se trata de un pueblo muy distante de nosotros en el tiempo y de una civilización muy diferente de la nuestra, las traducciones de su idioma al nuestro no pueden dar sino palabras completamente vacías del sentido real primitivo de las traducidas; es decir, que evocarán en nuestro espíritu ideas sin parentesco alguno con aquellas que evocaran antiguamente. Este fenómeno es muy saliente en la India. En este pueblo, de ideas flotantes, cuya lógica es muy diferente de la nuestra, las palabras carecen del sonido preciso y concreto que los siglos y la genialidad de nuestro espíritu han concluido por darles en Europa. Allí hay libros, como los Vedas, cuya traducción es imposible (1). Penetrar en el pensamiento de individuos con los cuales vivimos; pero de los que ciertas diferencias de edad, de sexo y de educación nos separan, es ya bastante difícil; penetrar en el pensamiento de razas sobre las que gravita el peso

(1) Hablando de las numerosas tentativas que se han hecho de traducir los Vedas, un eminente indianista, monsieur Barth, dice: Un resultado se deduce de estos estudios tan diversos y á veces tan contradictorios, y es el convencimiento de nuestra impotencia para traducir tales documentos en el verdadero sentido de la palabra

de los siglos, es una cosa que ningún sabio podrá lograr por mucho que lo intente. Toda la ciencia que se pueda adquirir no servirá sino para mostrarnos la completa inutilidad de tal tentativa.

Por breves y poco desenvueltos que sean los ejemplos precedentes son bastante para demostrar la profundidad de las transformaciones que los pueblos hacen sufrir á los elementos de civilización por ellos adoptados. Las adopciones de esta índole parecen á primera vista muy intensas porque los nombres de las cosas cambian bruscamente; pero en realidad son poco importantes. Con los siglos, gracias al lento trabajo de las generaciones y por efecto de adiciones sucesivas, el elemento adoptado acaba por diferir mucho de aquel á quien sustituyó al principio. De estas variaciones, la historia, que se atiene sobre todo á las apariencias, casi no se cuida, y cuando nos dice, por ejemplo, que un pueblo adoptó una religión nueva, lo que en seguida nos representamos no es la creencia que fué adoptada, sino la religión que lleva su nombre tal como la conocemos hoy. Es necesario penetrar en el íntimo estudio de las lentas adaptaciones para comprender bien su génesis y estimar las diferencias que separan las palabras de las realidades.

La historia de todas las civilizaciones nos muestra que se componen de adaptaciones lentas, de transformaciones sucesivas. Si éstas nos parecen

súbitas y considerables es porque, como en geología, se hace caso omiso de los aspectos intermedios para no considerar sino los extremos.

En realidad, por inteligente y bien dotado que á un pueblo se le suponga, su facultad de absorción para un elemento nuevo de civilización es siempre muy escasa. Las células cerebrales no se asimilan en un día lo que ha necesitado siglos para constituirse y lo que es adaptado á sentimientos y necesidades de organismos diferentes de los que ahora le adoptan. Las lentas acumulaciones hereditarias son las que únicamente pueden producir tal asimilación. Cuando estudiemos la evolución de las artes en el pueblo más inteligente de la antigüedad, en Grecia, veremos que necesitó bastantes siglos para salir de las groseras copias de los modelos de la Asiria y del Egipto y llegar, de etapa en etapa sucesivas, á la producción de esas obras maestras que la humanidad aún admira.

Todos los pueblos que se han sucedido en la historia —excepto algunos primitivos, como los egipcios y caldeos— no han tenido casi más que asimilarse, transformándolas según su constitución mental, los elementos de civilización que forman la herencia del pasado. El desenvolvimiento de las civilizaciones ha sido infinitamente más lento y la historia en los diversos pueblos no ha sido sino un *volver á empezar*, si no podían aprovechar ma-

terias elaboradas antes de ellos. Las civilizaciones creadas hace siete ú ocho mil años por los habitantes del Egipto y de la Caldea, han constituido una fuente de materias adonde todas las naciones han venido á surtirse de elementos de civilización. Las artes griegas nacieron de las creadas en las márgenes del Tigris y del Nilo; del estilo griego salió el romano que, mezclado con elementos orientales, ha producido el bizantino, el románico y el gótico, sucesivamente; estilos variables según el genio y la edad de los pueblos en que se han implantado, pero que tienen un origen común.

Lo que acabamos de decir de las artes es aplicable asimismo á todos los elementos de una civilización. Las lenguas europeas se derivan de una lengua madre hablada en la llanura central del Asia; nuestro derecho es hijo del romano, hijo á su vez de derechos anteriores. La religión judía se deriva directamente de la religión caldea. Asociada á algunas creencias arias, ha venido á ser la gran religión que rige las conciencias en los pueblos de Occidente desde hace dos mil años. Nuestras ciencias mismas no serían hoy lo que son, sin la lenta labor que han realizado los siglos. Los grandes astrónomos Copérnico, Queplero, Newton, se enlazan con Ptolomeo, cuyos libros sirvieron para la enseñanza hasta el siglo XV y Ptolomeo, asimismo, está encadenado al saber de egipcios y caldeos, mediante la escuela alejandrina. Nosotros

entrevemos también, no obstante las formidables lagunas de que se halla plagada la historia de la civilización, una lenta evolución de nuestros conocimientos, que nos hace remontarnos á través de las edades y de los imperios hasta la aurora de las antiguas civilizaciones, que la ciencia moderna procura enlazar á los tiempos prehistóricos. Pero si bien es verdad que la fuente de elementos es común á todas las civilizaciones, las transformaciones—progresivas ó regresivas—que cada pueblo, según su constitución mental, hace experimentar á dichos elementos, son harto variadas, y es la historia de tales transformaciones la que constituye precisamente la historia de las civilizaciones.

Acabamos de comprobar que los elementos fundamentales de que se compone cualquiera civilización son individuales respecto de cada pueblo, son el resultado, la expresión de una estructura mental y que no pueden, por tanto, pasar de una raza á otra sin sufrir cambios muy profundos. Hemos visto también que más que la extensión de estos cambios son, de una parte, las necesidades lingüísticas las que nos obligan á designar bajo voces idénticas cosas bastante diferentes y, de otra parte, las necesidades históricas las que conducen á no ver más que las formas extremas de una civilización, sin considerar las intermedias que las enlazan. Estudiando en el próximo capítulo las leyes

generales de la evolución de las artes mostraremos con más precisión aún la sucesión de los cambios que se operan en los elementos fundamentales de una civilización cuando pasan de un pueblo á otro.

CAPÍTULO III

CÓMO SE TRANSFORMAN LAS ARTES

Aplicación de los principios precedentemente expuestos al estudio de la evolución de las artes en los pueblos orientales.—El Egipto.—Ideas religiosas de donde sus artes se derivan.—Lo que cambian sus artes, transportadas á razas diferentes: etiópica, griegos, persas.—Inferioridad primitiva del arte griego.—Lentitud de su evolución.—Adopción y evolución en Persia del arte griego, del arte egipcio y del arte asirio.—Transformaciones experimentadas por las artes dependientes de la raza, y nunca de las creencias religiosas.—Ejemplos que suministran las grandes transformaciones experimentadas por el arte árabe, según las razas que han adoptado el islamismo.—Aplicación de nuestros principios á la indagación de los orígenes y de la evolución de las artes de la India.—La India y la Grecia han tenido las mismas fuentes, pero á causa de la diferencia de razas que hay entre ellas han llegado sus artes á no parecerse.—Transformaciones inmensas que la arquitectura ha experimentado en la India, según las múltiples razas y no obstante la semejanza de creencias que hay entre ellas.

Examinando las relaciones que ligan la constitución mental de los pueblos, sus instituciones, sus creencias y su lengua, debo limitarme á breves indicaciones. Para tratar debidamente tales asuntos, es necesario llenar varios volúmenes.

En lo que concierne á las artes es mucho más fácil hacer una exposición breve y clara. Una insti-

tución ó una creencia son cosas de dudosa definición, de interpretación obscura. Es necesario buscar las realidades transformadas en cada época, entre textos muertos, darse á un trabajo de argumentación y de crítica, para llegar á obtener conclusiones nunca del todo definitivas. Los libros de piedra son de todos los más luminosos, los únicos que no mienten jamás, y por esto mismo les he dado un lugar preferente en mis obras sobre la historia de las civilizaciones del Oriente. Yo he sentido siempre una gran desconfianza respecto á los documentos literarios, los cuales con frecuencia conducen á error y rara vez instruyen. El monumento no equivoca, é instruye siempre. Ellos guardan, mejor que otro medio alguno, el pensamiento de los pueblos muertos. Para no creerlo así, es necesario tener la ceguera mental de los especialistas, que sólo buscan inscripciones.

Estudiemos, pues, ahora, cómo las artes son la expresión de la constitución mental de un pueblo, y cómo se transforman pasando de una civilización á otra.

En este examen sólo me ocuparé de las artes orientales. El génesis y la transformación de las artes europeas han sido sometidos á leyes idénticas; mas para mostrar su evolución en las diferentes razas es necesario entrar en detalles que nos llevarían fuera del marco restringido de este estudio.

Tomemos para comenzar las artes de Egipto, y

veremos lo que se han transformado desde mucho tiempo ha, pasando sucesivamente á través del espíritu de tres razas distintas: los negros de la Etiopía, los griegos y los persas.

De todas las civilizaciones que han florecido sobre la superficie del Globo es la de Egipto la que se ha traducido completamente en sus artes. En ellas se ha expresado con tanta fuerza y claridad, que los tipos artísticos nacidos en las orillas del Nilo no pueden convenir más que á ella sólo, y no han sido adoptados por otros pueblos sino haciéndoles sufrir intensas transformaciones.

Las artes egipcias, la arquitectura sobre todo, son derivadas de un ideal particular que, durante cincuenta siglos, fué la preocupación constante de todo un pueblo. El Egipto se cuida de preparar al hombre una morada imperecedera para después de su efímera existencia. Esta raza, á diferencia de tantas otras, ha despreciado la vida y se ha cuidado de la muerte. Lo que sobre todo le interesa es la inerte momia, cuyos ojos de esmalte, incrustados en su máscara de oro, contemplan eternamente, en el fondo de su negra morada, misteriosos gerglíficos. Al abrigo de toda profanación, en su amplia mansión sepulcral, esta momia encuentra pintado y esculpido sobre las paredes de extensos corredores, cuanto le había sido grato durante su breve existencia terrestre á la persona de quien ella procede.

La arquitectura egipcia es sobre todo una arquitectura funeraria y religiosa, teniendo por fin la momia y los dioses. Es por esto precisamente por lo que se abren y cruzan los subterráneos, se levantan los obeliscos, los propíleos, las pirámides; por esto, por lo que los colosos pensativos se yerguen sobre sus tronos de piedra con tan majestuoso y dulce gesto.

Todo es duradero y macizo en esta arquitectura, porque aspira á ser eterno. Si los egipcios fueran el único pueblo de la antigüedad que conociésemos, podríamos sentar el principio de que el arte es la más fiel expresión del alma de la raza que le da vida.

Pueblos muy diferentes unos de otros: los etíopes, raza inferior; los griegos y los persas, razas superiores, han recibido, sea del Egipto solamente, sea de éste y la Asiria, sus artes. Veamos lo que han venido á ser en las respectivas manos de estas tres razas.

Tomemos primeramente al más inferior de los tres pueblos citados, los etíopes.

Se sabe que en una época muy avanzada de la historia egipcia (dinastía XXIV), los pueblos del Sudán, aprovechándose de la anarquía y la decadencia que reinaban en Egipto, se apoderaron de algunas de sus provincias y fundaron un reino que tuvo sucesivamente á Napta y Meroe por capitales, y que conservó su independencia durante mu-

chos siglos. Influidos por la civilización de los vencidos, trataron de copiar sus monumentos y sus artes, pero estas copias no fueron casi nunca más que groseros remedos. Los negros son bárbaros cuya inferioridad cerebral les condena á no salir nunca de la barbarie, y no obstante la acción civilizadora de los egipcios, ejercida sobre ellos durante muchos siglos, continuaron sumidos en su barbarie primitiva. No hay ejemplo alguno, ni en la historia antigua, ni en los modernos tiempos, de que un pueblo negro se haya elevado á cierto nivel de civilización; y siempre que por uno de esos accidentes en la antigüedad producidos en Etiopía y en nuestros tiempos en Aiti, una civilización elevada ha caído en manos de los negros, ha sido rápidamente degradada y conducida á una decadencia de manifestaciones de lo más inferior y miserable.

Bajo una latitud muy distinta, otra raza bárbara también, pero blanca, la de los griegos, toma del Egipto y de la Asiria los primeros modelos de sus artes, y al principio se limita á hacer de ellos asimismo groseras copias. Los productos de las artes de las dos grandes civilizaciones, la egipcia y la asiria, le fueron suministrados por los fenicios, dueños de las vías marítimas que enlazaban las costas europeas del Mediterráneo con las del Asia Menor, y conocedores de los caminos que conducían á Nínive y Babilonia.

Nadie ignora hasta qué punto los griegos acabaron por elevarse por encima de sus modelos, pero la arqueología moderna también ha probado cuán groseras fueron sus primitivas imitaciones y que necesitaron varios siglos para llegar á producir las obras maestras que les han inmortalizado.

A esta larga labor de formar un arte personal y superior de un arte extranjero, los griegos consagraron alrededor de setecientos años; pero el progreso realizado en los últimos siglos de éstos es proporcionalmente mucho más considerable que el anteriormente realizado. Lo que es más lento de conseguir para un pueblo no son las etapas superiores, sino las inferiores. Los productos más antiguos del arte griego, los del Tesoro de Mecenas, del siglo XII antes de nuestra Era, sólo son bárbaros ensayos, copias groseras de las de artes orientales; seis siglos más tarde, el arte es aún bastante oriental: el Apolo de Tenea y el de Orcomene se parecen estatuas egipcias; pero los progresos van pronto á ser muy rápidos: un siglo más tarde aparece Fidias y se producen las maravillosas estatuas del Partenón; es decir, un arte separado de sus orígenes orientales y muy superior á los modelos en que durante tan largo tiempo se inspirara.

Lo mismo sucedió con la arquitectura, si bien las etapas de su evolución son más fáciles de señalar. Ignoramos cómo serían los palacios de los poemas homéricos, escritos hacia el siglo IX antes

de J. C.; pero los muros de bronce, las techumbres de brillantes colores, los animales de oro y de plata que guardaban los puertas, de todo lo cual nos habla el poeta, hacen recordar los palacios asirios revestidos de placas de bronce y de ladrillos esmaltados, y guardado, por toros esculpidos. Sabemos que el tipo más antiguo de colonias dóricas griegas, que parece remontarse al siglo VII antes de nuestra Era, se hallaba en Egipto: en Karnak y Beni-Hasan; que la colonia jónica debe mucha parte de sus elementos de civilización á la Asiria, y sabemos también que de los elementos entre sí extraños, un poco superpuestos al principio, fusionados luego y transformados al fin, nacen nuevas colonias muy diferentes de sus primitivos modelos.

En otro extremo del antiguo mundo, los persas nos ofrecen una adopción y una evolución análogas; pero una evolución que no ha podido llegar á su término, porque ha sido bruscamente contenida por la conquista extranjera. La Persia no necesitó el transcurso de siete siglos, sino el de dos nada más, para crearse un arte personal. Después de ellos, sólo un pueblo, el árabe, ha conseguido tener un arte propio, en tan corto espacio de tiempo.

La historia de la civilización persa no comienza casi hasta el tiempo de Ciro y sus sucesores, que consiguieron, cinco siglos a. de J. C., apoderarse

de Babilonia y Egipto; es decir, de dos grandes centros de civilización, cuya gloria esclarece al mundo oriental. Los griegos que habrían de dominarlos no figuraban allí aún. El imperio persa vino á ser el centro de la civilización, hasta que tres siglos antes de la Era cristiana fué destruído por Alejandro, que á la vez concluye así con el centro de la civilización del mundo. No poseían ningún arte los persas cuando ellos se apoderaron del Egipto y Babilonia, de donde tomaron los artistas y los modelos.

Su poderío no había durado más que dos siglos, y, por tanto, no tuvieron tiempo de modificar profundamente sus artes; pero cuando fueron dominados por el macedonio, les habían impreso una modificación bien perceptible. Las ruinas de Persépolis muestran el origen de esta transformación. Hallaremos, sin duda, la fusión ó más bien la superposición de las artes de Egipto y de Asiria mezclada á algunos elementos griegos; pero nuevos elementos, especialmente la alta columna persépolitana y los capiteles bicéfalos, muéstranse allá y hacen presentir que si los griegos no hubiesen venido á cortar con la conquista el desenvolvimiento de la civilización del pueblo persa, éste hubiese llegado á tener un arte tan personal, ya que no tan elevado, como el de Grecia.

Hallaremos la prueba de lo dicho si consideramos los monumentos de la Persia, de diez siglos después de aquella conquista. A la dinastía de los

Aqueménidas, destronada por Alejandro, sucedió la de los Seleucidas, á ésta la de los Arsácidas, á la cual siguió la de los Sasánidas, derrocada el siglo VII por los árabes. Con éstos la Persia adquiere una arquitectura nueva; y luego, cuando allí se edifican nuevos monumentos, tienen un sello de originalidad indiscutible, resultante de la combinación del arte árabe con la antigua arquitectura aqueménida, modificado por su combinación con el arte helénico de los Arsácidas (portadas gigantes colocadas alrededor de la fachada, ladrillos esmaltados, arcadas ojivales, etc.). Tal fué el arte nuevo que los mogoles habían pronto de transportar á la India modificándole á su vez.

En los ejemplos que preceden hallamos los diferentes grados de transformación que un pueblo puede imprimir á las artes de otro, según su raza y según el tiempo que haya podido dedicar á esta transformación.

En una raza inferior, la etiópica, hemos visto cómo pasan los siglos sobre su vida y, debido sin duda alguna á su menguada capacidad cerebral, el arte recibido de una alta civilización, degradó rápida é intensamente. En una raza superior, la griega, hemos visto cómo un viejo y extranjero arte se ha ido transformando en nuevo y nacional y de una alteza insuperable. En otra raza menos elevada que la helénica, la de los persas, y á la cual le fué truncado su natural des-

envolvimiento, sólo hemos podido observar una gran aptitud para la adaptación y comienzos de una grandísima transformación del arte importado entre ella.

Pero además de estos ejemplos que acabamos de citar, la mayor parte de fecha muy lejana, hay otros muchos más modernos, cuyas manifestaciones son aún recientes, que muestran la gran transformación que toda raza tiene que imprimir á las artes adoptadas por ella. Tales ejemplos son más típicos tratándose de pueblos que profesen una misma religión; pero que sean de orígenes diferentes, como sucede entre los musulmanes.

Cuando, en el siglo VII de nuestra Era, los árabes se apoderaron de la mayor parte del viejo mundo grecorromano y fundaron el gigantesco imperio que se extendió bien pronto desde España al centro de Asia y á todo lo largo del norte de Africa, se hallaron con una arquitectura muy bien determinada, la arquitectura bizantina, que ellos adoptaron sencillamente, desde el principio, lo mismo en España que en Egipto y Siria, para la edificación de sus mezquitas. La mezquita de Omar, en Jerusalén, la de Amrú en el Cairo y otros monumentos pertenecientes á las primeras construcciones de la naciente civilización nos lo muestran. Pero tal estilo comienza pronto á perder entre los árabes su propio carácter y se le ve transformarse con rapidez al avanzar del tiempo y levantarse nuevas edi-

ficaciones. En nuestra *Historia de la civilización de los árabes* hemos expuesto el génesis de estos cambios, los cuales son de tal manera considerables, que entre un monumento de los comienzos de la Conquista, como la mezquita de Amrú, en el Cairo (742), y la de Kaid Bey (1468) del fin del gran período árabe, no hay rastro alguno de semejanza. Hemos hecho ver, por nuestras explicaciones y láminas, que en los diversos países sometidos á la ley del Islam: España, Africa, Siria, Persia é India, los monumentos presentan diferencias tan considerables, unos respecto á otros, que es de todo punto imposible clasificarlos bajo una misma denominación, como se puede hacer, por ejemplo, con los monumentos góticos que, no obstante sus variedades, presentan una evidente analogía.

Estas diferencias radicales, en los países musulmanes no pueden ser atribuídas á la diversidad de creencias, puesto que la religión es la misma en todos ellos; debe en su origen á la variedad de razas, que influye sobre la evolución de las artes tan profundamente como sobre los destinos de los imperios.

Si semejante aserción es exacta, debemos esperar encontrarnos en un mismo país habitado por razas variadas, monumentos asimismo variados también, no obstante la unidad de creencias y de dominación política. Esto se puede observar muy bien en la India. En la gran península es donde

más en abundancia se hallan ejemplos que vengan en apoyo de los principios generales expuestos en esta obra. La India constituye el más sugestivo y el más filosófico de los libros de historia. Es hoy la única comarca, en efecto, donde por simples imitaciones de lugar no podemos trasladarnos con el pensamiento á otros y otros tiempos y contemplar al vivo la serie de etapas sucesivas que la humanidad ha tenido que atravesar hasta conseguir todo alto nivel de civilización. Todas las formas de la evolución se encuentran allí; la edad de piedra tiene sus representantes, como la del vapor y la electricidad. En ningún lado como en la India se podrá apreciar con exactitud el papel que hacen los grandes factores que presiden el génesis y la evolución de las civilizaciones.

Aplicando los principios desenvueltos en la presente obra, trato de resolver un problema propuesto á los hombres desde tiempo ha: el origen de las artes en la India. El asunto es sumamente desconocido y dando lugar á una interesante aplicación de nuestras ideas sobre la psicología de las razas, vamos á reunir aquí los puntos más esenciales (1).

Desde el punto de vista de las artes la India no aparece hasta muy tarde en la historia. Sus más

(1) Para los detalles técnicos que no puedan ser expuestos aquí, remito al lector á mi obra *Los monumentos de la India*.

antiguos monumentos, tales como las columnas de Asoka, los templos de Karli de Bharhut, de Sanchi, etc., datan de apenas dos siglos anteriores á nuestra Era. Cuando fueron construídos, la mayor parte de las civilizaciones del mundo antiguo, tales como la del Egipto, la de Persia y la de Asiria y aun la de Grecia, habían terminado su ciclo y penetrado en las obscuridades de la decadencia. Una sola civilización, la de Roma, se enseñoreaba del mundo del pensamiento y del arte, así como el pueblo romano también se adueñaba del mundo.

La India, que emergió tan tardíamente de las sombras de la historia, bien pudo recibir elementos de las civilizaciones anteriores á la suya; pero el gran aislamiento en que generalmente se supone que había vivido y la admirable originalidad de sus monumentos, sin parentesco aparente con los de anteriores civilizaciones, han hecho que por largo tiempo se desechase la idea de que recibiesen extranjeras influencias.

Además de su innegable originalidad, los monumentos indostánicos muestran una superioridad de ejecución que en la continuación del tiempo no habría de ser sobrepujada. Obras de tal perfección tenían que haber sido precedidas de tentativas numerosas; pero á pesar de haberse hecho multitud de indagaciones, ninguna huella, ningún monumento inferior, revela que se hiciesen tales tentativas.

El reciente descubrimiento, hecho en algunas re-

giones aisladas del noroeste de la Península, de trozos de estatuas y restos de monumentos reveladores, evidentes de influencias griegas, había hecho creer á la mayoría de los indianistas que la India debía sus artes á los griegos.

La aplicación de los principios que he dejado expuestos y el examen profundo de la mayoría de los monumentos existentes aún en la India, nos conducen á una solución muy diferente á la de admitir la influencia griega. Según nuestra opinión, la India, sin embargo de su accidental contacto con la civilización griega, no ha adoptado ninguna de sus artes ni pudo adoptarlas. Aquellas dos razas puestas en situación de convivencia, jeran tan diferentes, tan desemejante su respectivo pensamiento y sus genios artísticos tan incompatibles para que hayan podido recíprocamente influirse!...

El examen de los antiguos monumentos diseminados por la India, muestran inmediatamente, además, que entre el arte indio y el arte griego no existe parentesco alguno. El más superficial estudio prueba que considerando las obras de uno y otro pueblo, nos hallamos frente á dos razas por todo extremo diferentes y que no han existido genios más desemejantes—yo diría más antipáticos entre ellos—que el genio griego y el genio indio.

Esta noción general se acentúa á medida que se penetra más en el estudio de los monumentos de la

India y en la psicología de los pueblos que los han producido. Uno comprende bien pronto que el genio indio es sobradamente personal para sufrir una influencia extranjera lejana de su especial manera de pensar. Se podrá imponer violentamente tal influencia; pero por muy prolongada que su forzada acción se suponga, permanecerá muy en la superficie del espíritu del pueblo obligado á sufrirla y en una estabilidad harto transitoria. Parece que entre la constitución mental de las diversas razas de la India y la de los otros pueblos del Globo hay barreras tan altas como los formidables obstáculos establecidos por la Naturaleza entre la península indostánica y las demás comarcas del mundo. Es el genio indio de tal modo singular, que la imitación de cualquier objeto que la necesidad le imponga da por resultado un objeto diferente del modelo, con marcado carácter índico. En la misma arquitectura, donde los elementos extraños importados son difíciles de disimular, la personalidad de este raro genio, su facultad de transformar rápidamente, se revela bien á las claras. Se puede encargar de copiar una columna griega á un arquitecto indio; pero no se le puede impedir de transformar la copia rápidamente en una columna que á primera vista se calificará de india. Ahora mismo, que la influencia europea es allí tan poderosa, se observan diariamente transformaciones así. Dad á un artista indio un modelo cualquiera para que le

copie, y adoptará las líneas generales, exagerará ciertas partes, multiplicará, deformándolos, los detalles de ornamentación, y la segunda ó tercera copia habrá perdido todo carácter extranjero, para tornarse exclusivamente india.

El carácter fundamental de la arquitectura india—y este carácter se encuentra en la literatura, muy emparentada por esta razón con la arquitectura—es una exageración desbordante, una riqueza infinita de detalles, una complicación que es precisamente el antípoda de la simplicidad correcta y fría del arte griego. Estudiando el arte indio es como mejor se llega á comprender hasta qué punto las obras plásticas de una raza se hallan siempre en relación estrecha con la constitución mental de la misma y forman la más clara de las lenguas, para el que sabe interpretarla. Si los indios, como los asirios, hubiesen desaparecido totalmente de la historia, los bajorrelieves de sus templos y sus monumentos serían suficientes á revelarnos su pasado.

Lo que sobre todo nos dirían es que el espíritu metódico y claro de Grecia no pudo ejercer la más ligera influencia sobre la imaginación desbordante y rebelde de los indios. Aquellas obras de arte nos dirían, asimismo, por qué la influencia griega en la India no pudo nunca ser más que transitoria y limitada siempre á la región donde hubiera sido momentáneamente impuesta.

El estudio arqueológico de los monumentos nos ha permitido conocer, mediante documentos precisos, lo que el conocimiento general de la India y del espíritu indio revela inmediatamente. Tal estudio nos ha llevado á descubrir el hecho curioso y muy respetado, especialmente durante los dos primeros siglos de nuestra Era, de que muchos soberanos indios estuvieron en relación con los reyes Arsácidas de la Persia, cuya civilización estaba muy influída por el helenismo y quisieron introducir en el Indostán el arte griego, pero no consiguieron que arraigara.

Este arte tuvo en la India siempre un carácter oficial, no encarnó nunca el pensamiento del pueblo adonde había sido importado y desaparecía al mismo tiempo que la influencia política que le hubiera transportado allí. Era, además, antipático al genio índico, para que hubiese logrado tener, ni aun en los períodos en que fué impuesto, ninguna influencia sobre el arte nacional. No se halla, en efecto, en los monumentos indios contemporáneos ó posteriores á dichas imposiciones, como son numerosos templos subterráneos, rastro alguno de influencia helénica. Esto es demasiado visible para permanecer desconocido, porque además del conjunto, que es siempre característico, hay detalles técnicos que revelan en seguida la mano de los artistas griegos y que allí no se hallan.

La desaparición del arte griego en la India fué

tan súbita como su aparición, y esta rapidez muestra cómo fué aquel un arte de importación, oficialmente impuesto, pero sin afinidad alguna con el pueblo que había de aceptarle; y no es así como desaparecen las artes arraigadas en un nuevo pueblo, sino que se transforman en él y el arte nuevo toma siempre alguna cosa del arte del cual es sucesor. Venido bruscamente á la India el arte griego, bruscamente desapareció de allí, sin haber ejercido influencia alguna, como sucede á los monumentos europeos que los ingleses vienen construyendo.

La ausencia total de influencia que allí tienen las artes europeas, no obstante hacer más de un siglo que allí dominan absolutamente los europeos, se puede equiparar á la poca influencia ejercida por las artes griegas hace diez y nueve siglos. No se puede negar que hay en esto una incompatibilidad de sentimientos estéticos, porque las artes árabes, siendo en el Indostán extranjeras como las europeas, han sido imitadas en todo el país. Hasta en los parajes donde los musulmanes no han ejercido ninguna dominación es raro hallar un templo que no contenga algún motivo de ornamentación árabe. Sin duda que, como sucedía en tiempos del rey Kaniska, hallamos hoy algún rajah, como el de Gwualior, que inducido por la grandeza del poder de los extranjeros dominadores, se hace construir un palacio europeo de estilo greco-

latino; pero este arte oficial, superpuesto al arte indígena, carece de todo influjo sobre el espíritu artístico de aquel país.

El arte griego y el arte indio existieron uno junto á otro en la antigüedad, como existen hoy el último y el arte europeo, pero sin influirse recíprocamente. En lo que concierne á los monumentos de la India propiamente dichos, se puede afirmar que no hay ni uno solo que presente en su conjunto ni la más lejana semejanza con monumento alguno del arte griego.

Esta especie de impotencia del arte griego para hacerse adoptar en la India es muy chocante, y se debe atribuir á esa especie de incompatibilidad, que según hemos mencionado existe entre las almas de entrambos pueblos, y no debe achacarse incapacidad del indio para asimilarse las artes extranjeras, puesto que vemos que adopta y transforma las artes que se hallan en relación con su constitución mental.

Los documentos arqueológicos que hemos podido reunir nos han mostrado que es de la Persia de quien la India tomó los primeros modelos progenitores de sus artes; pero no de la Persia helenizada del tiempo de los Arsácidas, sino de la Persia heredera de las viejas civilizaciones de Asiria y de Egipto. Es sabido que cuando Alejandro destruyó, 330 años a. de J. C., la dinastía persa de los Aqueménidas, aquél pueblo tenía una bri-

llante civilización. No había encontrado sin duda la fórmula de un arte nuevo; pero las combinaciones del arte egipcio y el asirio, que antes heredara, habían producido obras de gran relieve. Podemos juzgar por las ruinas de Persépolis. Allí, los propíleos de Egipto, los toros alados de Siria y algunos elementos griegos nos manifiestan que se hallaban reunidas en esta limitada región del Asia las artes de las grandes civilizaciones anteriores.

Fué á Persia donde la India vino por aquellos primeros elementos de su evolución artística; pero en realidad, tales elementos fueron de las artes de la Caldea y el Egipto, que la Persia empezaba á asimilarse.

El estudio de los monumentos de la India revela de qué elementos extranjeros han tomado su origen; pero á fin de hallar tales elementos hay que dirigirse á los más viejos monumentos, que el alma de los indios es tan especial que á los elementos adoptados le imprime tal transformación al acomodarlos á sus concepciones, que pronto pierden el sello de su origen y queda éste borrado en las nuevas obras.

¿Por qué la India que se ha mostrado tan inepta para adoptar la civilización griega se muestra tan capaz para asimilarse la de Persia? Es evidente que las artes de esta nación se hallaban muy en armonía con la estructura del espíritu indio, mientras que no lo estaban, en absoluto, las de Grecia.

Las formas sencillas, las superficies poco adornadas del arte griego, no podían convenir con el espíritu indio. En cambio las formas complicadas, la exuberancia de la decoración, la riqueza de la ornamentación de los monumentos de la Persia, debían seducirle.

No ha sido solamente en aquella época lejana anterior á nuestra Era, cuando la Persia, representante de las artes de Egipto y Asiria, ha ejercido mediante sus artes, influencia en la India, no: cuando, muchos siglos después, los musulmanes aparecieron en la gran Península, su civilización, al pasar á través de la Persia, se había saturado profundamente de elementos pérsicos, y lo que llevaron á la India fué un arte persa, más que otra cosa y que aún contenía el sello de su tradición asiria continuada por los reyes Aqueménidas. Las puertas gigantescas de las mezquitas y sobre todo los ladrillos esmaltados que recubren las paredes de estos templos, son vestigios de la civilización caldeoasiria. Este arte se le asimila el indio aún, porque se halla en estrecha relación con el genio de su raza, mientras que el arte griego antiguamente, y hoy el arte europeo, no han encontrado acogimiento entre las razas habitantes de la gran Península, porque son profundamente antipáticos á su manera de sentir y de pensar.

No es, pues, con la Grecia, como aún sostienen los arqueólogos, con quien la India se relacionara,

sino con Egipto y Siria, por mediación de Persia. El Indostán nada debe de su civilización á los helenos, sino que aquél y éstos acudieron al mismo manantial, al tesoro común, fundamento de todas las civilizaciones, elaborado durante muchos siglos por Egipto y Caldea. La Grecia adoptó estas civilizaciones por mediación de los fenicios y los pueblos del Asia Menor; la India por la de los persas. Así es que las civilizaciones griega é india se remontan en su origen á una fuente común, si bien en cada uno de estos pueblos el curso seguido por cada una de entrambas civilizaciones, al partir de aquel origen común, ha sido diferente, según el genio de cada raza, en una completa y recíproca divergencia.

Pero si, como ya hemos dicho, el arte se halla en una íntima relación con la constitución mental de la raza, y si por esta misma razón un mismo arte adoptado por razas desemejantes reviste en seguida formas muy diferentes, debemos explicarnos por qué la India, habitada por razas diversas, presenta también gran diferencia entre sus artes similares, no obstante su comunidad de creencias.

El examen de diferentes regiones de la península indostánica muestra al punto cuán cierto es esto. La diferencia entre sus monumentos es de tal relieve que los hemos podido clasificar por regiones, es decir, según las razas que las ocupan,

y de ningún modo se puede conseguir esto siguiendo la religión profesada por los pueblos productores de tales monumentos. No existe ninguna analogía entre los monumentos erigidos en el Norte y los erigidos en el Sur en una misma época y por pueblos que profesaban creencias comunes. Hasta durante la dominación musulmana, es decir, durante el período en que la unidad política fué más completa y por tanto mayor la influencia del poder central, los monumentos puramente musulmanes presentan profundas diferencias de un poder á otro. Una mezquita de Ahmedabad, otra de Agra, otra de Lahore y otra de Bijapour, aunque consagradas á un mismo culto, no tienen unas con otras sino un lejano parecido, menor aún que el que presentan entre sí los monumentos del arte gótico y los del Renacimiento.

Y no es solamente la arquitectura lo que difiere en la India de una á otra raza, no: la estatuaria varía también de región á región y no sólo por los tipos representados, sino que también por el modo de ser tratados. Compárense los bajorrelieves ó las estatuas de Sanchi con los de Barhut y, aunque contemporáneos, se verá que la diferencia es manifiesta. Aún es mayor la diferencia que se halla comparando estatuas y bajorrelieves de la provincia de Orissa con estatuas y bajorrelieves de Bundelkan, ó las estatuas de Misore con las de las grandes pagodas del Sur de la Península. La in-

fluencia de la raza aparece por todas partes, hasta en los menores objetos artísticos; nadie ignora cuán diferentes son entre ellos los de una y otra comarca de la India; no se necesita tener un ojo muy experto para distinguir un cofre de madera esculpida hecho en Misore de otro análogo hecho en Guzarate, ni para distinguir una alhaja fabricada en la costa de Orissa, de otra fabricada en Bombay.

La arquitectura índica, como la de todos los pueblos de Oriente, es una arquitectura singularmente religiosa; pero por grande que pueda ser la influencia religiosa, sobre todo entre los pueblos orientales, mucho mayor es la influencia de las razas.

El alma de las razas que dirige los destinos de los pueblos, dirige, por ende, sus creencias, sus instituciones y sus artes, y la encontraremos en todo elemento de civilización que sometamos á nuestro estudio. Ella es la única potencia contra la cual no prevalecerá ninguna otra; ella representa la huella de miles de generaciones, la síntesis de sus respectivos pensamientos.

LIBRO III

La historia de los pueblos como consecuencia de su carácter.

CAPÍTULO PRIMERO

CÓMO LAS INSTITUCIONES SE DERIVAN DEL ALMA DE LOS PUEBLOS

La historia de todo pueblo se deriva siempre de su constitución mental.—Ejemplos diversos.—Cómo las instituciones políticas de Francia se derivan siempre del alma de la raza.—Su invariabilidad real bajo su variabilidad aparente.—Nuestros partidos políticos más diferentes persiguen, bajo nombres diversos, idénticos fines.—Su ideal es siempre la centralización y la muerte de la iniciativa individual, en provecho del Estado.—Cómo la Revolución francesa no ha hecho más que ejecutar el programa de la antigua Monarquía.—Oposición del ideal de la raza anglosajona al de la raza latina.—La iniciativa de el ciudadano sustituye á la del Estado.—Las instituciones de los pueblos se derivan siempre de su carácter.

La historia, en sus líneas generales, puede ser considerada como la simple exposición de los resultados producidos por la constitución psicológica de las razas. Se deriva de esta constitución, como los órganos respiratorios de los peces son

una consecuencia de la vida acuática de estos animales. Sin el conocimiento previo de la constitución mental de los pueblos, su respectiva historia se nos aparece como un caos de acontecimientos regidos por el azar. Cuando el alma de un pueblo nos es conocida, su vida se muestra á nuestro conocimiento como la consecuencia lógica y fatal de sus caracteres psicológicos. En todas las manifestaciones de la vida de una nación encontramos siempre el alma inmutable de la raza tejiéndole sus destinos.

Es en las instituciones políticas donde se muestra mejor la soberanía del alma de los pueblos. Esto será fácil de probar con algunos ejemplos.

Fijémonos desde luego en Francia, es decir, en uno de los países del mundo que más hondos trastornos han experimentado en la marcha de su historia, donde las instituciones políticas parece que han cambiado radicalmente en el transcurso de pocos años, y donde parece que los partidos se hallan entre sí en la mayor divergencia de opiniones. Si consideramos desde el punto de vista psicológico estas opiniones, al parecer tan desemejantes, estos partidos en continua lucha, pronto nos convenceremos de que tienen realmente un fondo común idéntico que representa exactamente el ideal de nuestra raza. Intransigentes, radicales, monárquicos, socialistas; en una palabra: los defensores de las más diversas doctrinas persiguen, bajo títu-

los diferentes, un fin perfectamente único y común: la absorción del individuo por el Estado. Lo que todos quieren con el mismo ardor es el antiguo régimen centralizador y cesarista: el Estado, dirigiéndolo todo, absorbiéndolo todo, reglamentando aun los menores detalles de la vida del ciudadano y relevándolo así de tener que pensar en estos menesteres de la política y de mostrar iniciativa alguna. Nada importa que á la cabeza del Estado haya un rey, un emperador ó un presidente; el régimen, sea cual fuere, tendrá forzosamente el mismo ideal y este ideal es la expresión de sentimientos del alma de la raza (1), que excluye á todos los demás.

Así, pues, aunque nuestra extremada nerviosidad, nuestra facilidad para sentirnos malcontentos de lo que nos rodea y nuestra constante creencia de que un nuevo gobierno hará nuestra existencia más feliz, nos conduce á cambiar frecuentemente gobiernos é instituciones. La voz de los muertos que nos rige nos condena á no cambiar sino de palabras y apariencias.

Nada más contrapuesto al antiguo régimen que

(1) «Tal es—ha escrito un reflexivo observador, Dupont White—el singular genio de Francia: no es á propósito para triunfar en ciertas cosas necesarias ó deseables que afectan al ornamento ó al fondo de la civilización, si no es en tal empeño sostenida ó estimulada por su gobierno.»

el creado por nuestra gran Revolución, y en realidad ésta no ha hecho más que continuar la tradición de la vieja Monarquía, terminando la obra de centralización que aquélla venía realizando desde hacía siglos. Si Luis XIII y Luis XIV, saliendo de sus tumbas, viniesen á juzgar la obra revolucionaria, de seguro que, aunque reprobando ciertos procedimientos de violencia empleados en ésta, consideraríanla rigurosamente conforme á su tradición y su programa y reconocerían que un ministro que hubiesen ellos encargado de realizar una y otro, no los hubiesen realizado mejor. Dirían que el menos revolucionario de los gobiernos que ha tenido Francia fué precisamente el de la Revolución. Comprobarían además que, durante un siglo y algunos diversos regimenes que se han sucedido allí durante él, esta nación no ha podido variar aquella obra de centralización ¡que hasta ese punto se impone, por ser fruto de una evolución regular y la expresión del genio de la raza! Sin duda aquellos ilustres fantasmas, apoyados en su gran experiencia, harían algunas críticas y tal vez hiciesen observar que, reemplazando la casta aristocrática gubernamental por la casta administrativa, se ha creado en el Estado un poder impersonal más temible que el de la antigua nobleza; porque es el único que, escapando á la influencia de los cambios políticos, posee la fuerza de las tradiciones, un poderoso espíritu de cuerpo, la ausencia

de responsabilidad y la perpetuidad; es decir, una serie de condiciones que le llevan necesariamente á ser el solo dueño del país. Yo creo, en vista de esto, que los pueblos latinos, porque se cuidan poco de la libertad y mucho de la igualdad, soportan bien todos los despotismos, con la sola condición de que éstos sean impersonales. Acaso encontrarán excesivos y tiránicos los reglamentos innumerables, las mil trabas que el Estado opone aun á los actos más insignificantes de la vida, y harán observar que cuando el ciudadano haya sido despojado de toda iniciativa, nos encontraremos insensiblemente y sin necesidad de ninguna revolución, en pleno socialismo. Pero en ese caso las luces divinas, que esclarecen el pensamiento de los reyes, á falta de las luces matemáticas que enseñan que los efectos crecen en progresión geométrica cuando subsisten las mismas causas, les harán ver que el socialismo no es otra cosa que la expresión última de la idea monárquica, respecto á la cual la revolución sólo fué una faz acelerada.

Así, pues, en las instituciones de todo pueblo hallamos las circunstancias accidentales mencionadas al principio de esta obra y las leyes permanentes que hemos procurado determinar. Las primeras crean los nombres, las apariencias; las leyes fundamentales brotan del carácter de los pueblos y originan el destino de las naciones.

Al ejemplo que precede, tomado de la historia de la raza francesa, podemos oponer el de otra raza, la inglesa, cuya constitución psicológica tanto difiere de la del pueblo francés. Por éste sólo hecho, sus instituciones se alejan radicalmente de las nuestras.

Ni que los anglosajones tengan un monarca á la cabeza del Estado, como en Inglaterra; ni que tengan un presidente, como en los Estados Unidos, su gobierno presentará siempre una misma característica fundamental: la acción del Estado será reducida al *minimum*, y la de los particulares al *maximum*, lo cual es de ~~todo~~ punto contrario al ideal latino. Puertos, canales, vías férreas, establecimientos de instrucción, etc., serán siempre establecidos y sostenidos por la iniciativa particular y nunca por el Estado (1). No hay revolución, ni constitución, ni despotismo que puedan darle á un pueblo las cualidades de carácter que él no posea, ni quitarle aquellas que poseyere y de las cuales se derivan sus instituciones. Se ha dicho repetidas veces que de los pueblos tiene cada uno el gobierno que merece... ¿Pero se puede concebir que tenga otro?

Demostraremos pronto con otros ejemplos que

(1) Esta preponderancia de la iniciativa individual se observa, sobre todo, en los Estados Unidos, porque en Inglaterra ha descendido mucho desde hace veinticinco años, que el Estado se va mostrando cada día más avasallador.

ningún pueblo puede sustraerse á las consecuencias de su constitución mental ó sólo consigue hacerlo de un modo harto efímero, como las arenas elevadas por el aire parece que se escapan á las leyes de la atracción. Es una pueril quimera creer que los gobiernos y las constituciones ejercen alguna influencia en los destinos de los pueblos. Es en los pueblos mismos donde se hallan sus propios destinos y no en las circunstancias exteriores. Todo lo que se puede pedir á un gobierno es que sea la expresión de los sentimientos del pueblo que está llamado á regir y del cual, por el solo hecho de existir, es la imagen. No hay, pues, gobiernos ni instituciones de los que se pueda con razón decir que sean absolutamente buenos ó absolutamente malos. El gobierno del rey de Daomey es, probablemente, un excelente gobierno para el pueblo daomeyano, y la más sabia constitución europea sería inferior para dicho pueblo. Esto lo ignoran, desgraciadamente, los hombres de Estado, que se figuran que un gobierno es cosa de exportación, y que las colonias pueden ser gobernadas con las instituciones propias de una metrópoli. Tanto valdría tratar de persuadir á los peces á que vivan en el aire, bajo pretexto de que la respiración aérea es la que tienen todos los animales superiores.

Por el hecho sólo de la diversidad de su constitución mental, pueblos diferentes entre sí no po-

drán subsistir mucho tiempo bajo un régimen común. Los irlandeses y los ingleses, los slavs y los húngaros, el árabe y el francés, no son mantenidos sino con gran dificultad bajo unas mismas leyes, y teniendo que sufrir revoluciones frecuentes. Los grandes imperios que han integrado pueblos diversos han sido condenados á una existencia efímera. Cuando han tenido alguna duración, como el del Mogol, primero, y luego, el de los ingleses, en la India, se ha debido: de una parte, á que las razas reunidas han sido tan numerosas, tan divergentes y, por lo mismo tan rivales, que no han podido ni imaginar reunirse contra el extranjero dominador; y de otra parte, porque sus dueños extranjeros han tenido un instinto político bastante superior, para respetar las costumbres de los pueblos dominados por ellos y dejarlos vivir bajo sus propias leyes.

Habría que escribir muchos libros y referir también toda la historia desde un punto de vista muy nuevo, si se quisiera mostrar todas las consecuencias de la constitución psicológica de los pueblos. Su estudio profundo debe ser la base de la política y de la educación; y de seguro que semejante estudio evitaría muchos errores y muchos trastornos, si los pueblos pudiesen escapar á las fatalidades de su raza, si la voz de la razón no estuviera siempre sofocada por la imperiosa voz de los muertos.

CAPÍTULO II

EXPLICACIÓN DE LOS PRINCIPIOS PRECEDENTES AL ESTUDIO COMPARADO DE LA EVOLUCIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA Y DE LAS RE- PÚBLICAS HISPANOAMERICANAS

El carácter inglés.—Cómo se ha formado el alma americana.—Duración de la selección creada por las condiciones de existencia.—Desaparición forzosa de los elementos inferiores.—Los negros y los chinos.—Razón de la prosperidad de los Estados Unidos y de la decadencia de las repúblicas hispanoamericanas, no obstante ser las instituciones de aquéllos y éstas iguales.—La anarquía forzosa de las repúblicas hispanoamericanas, como consecuencia de la inferioridad de los caracteres de la raza.

Las breves consideraciones que preceden muestran que las instituciones de todo pueblo son la expresión de su alma y que si le es dado cambiar la forma de aquéllas, no le es posible cambiar su fondo. Vamos á mostrar ahora, con ejemplos muy precisos, hasta qué punto el alma de un pueblo rige sus destinos y la poca influencia que ejercen en él las instituciones (1).

(1) El ilustre sociólogo inglés H. Spencer, había hecho caso omiso en sus obras de la influencia del carácter de los pueblos sobre sus destinos, y sus bellas síntesis teóri-

Tomaré dichos ejemplos de un país donde vivan, una junto á otra, dos razas igualmente civilizadas é inteligentes y no se diferencien más que por el carácter: voy á hablar de América. Esta se halla formada por dos continentes unidos por un istmo. La superficie de cada uno de estos dos continentes tienen casi la misma extensión y su suelo es muy semejante. Uno de ellos está dominado y poblado por la raza inglesa, el otro por la española. Las dos razas viven bajo constituciones republicanas semejantes, puesto que las repúblicas de la América del Sur han copiado sus constituciones de las de los Estados Unidos. No hay pues más razones para explicar la diferencia de sus destinos que la diversidad de las razas. Veamos lo que esta diversidad ha dado de sí.

cas le habían conducido á conclusiones muy optimistas. Se decidió, próximo á la vejez, á considerar la influencia fundamental del carácter, y ha tenido que modificar por completo sus primeras conclusiones, y ha llegado finalmente á sustituirlas por un fuerte pesimismo. Hemos hallado la prueba de esto en un discurso publicado poco ha sobre Tyndall, y reproducido luego en *Revue des Revues*. He aquí algunos de sus pensamientos: «... Mi fe en las instituciones libres, al principio, se ha visto en estos últimos años considerablemente disminuída... Retrogradamos hacia el régimen de la mano de hierro, representado por el despotismo burocrático, después por el despotismo militar que le sucederá, si de pronto este último no nos es bruscamente impuesto por una bancarrota social.

Resumiendo ahora en algunas palabras los caracteres de la raza anglosajona que ocupa los Estados Unidos, diremos que no hay en el mundo pueblo que sea más homogéneo, y del cual la constitución mental sea más fácil de definir en sus líneas generales. Siendo los aspectos más salientes de ella, desde el punto de vista del carácter, una suma de voluntad que muy pocos pueblos después del romano han poseído; una energía indomable, una iniciativa extraordinaria, un gran dominio de sí mismo, un gran sentimiento de independencia llevado hasta la insociabilidad, una actividad poderosísima, sentimientos religiosos muy arraigados y una idea muy pura del deber.

Desde el punto de vista intelectual no se pueden señalar allí líneas características particulares que no se puedan hallar en las otras naciones civilizadas. No hay en ellos nada más que notar, si no es un juicio seguro para asirse al lado práctico y positivo de las cosas y no extraviarse en quiméricas disquisiciones; una gran afición á los hechos y poco amor á las ideas generales; una cierta estrechez de espíritu que les impide ver los aspectos débiles de las creencias religiosas y pone, por tanto, las suyas á cubierto de discusiones.

A estas características generales es necesario añadir un optimismo completo respecto al hombre, cuyo camino le está bien determinado en la vida, y que ni supone que él quiera escoger otro mejor,

Él sabe siempre bien cuanto le exige la patria, la familia y Dios. Este optimismo empuja al yanqui hasta considerar despreciable todo lo extranjero. Pero este desprecio por los extranjeros y sus costumbres, en Inglaterra es mayor aún al que sentían los antiguos romanos en la época de su mayor grandeza, por los pueblos bárbaros. Es tal, que, tratándose de relaciones con extranjeros, toda regla de moral se olvida ó pierde su valor. No hay un hombre de Estado inglés que no considere como perfectamente legítimo en su conducta respecto á los pueblos extranjeros, actos que provocarían en todos los ingleses la más profunda indignación si se realizaran en otra parte respecto á sus compatriotas. El desdén hacia el extranjero es sin duda, desde el punto de vista filosófico, muy inferior, pero desde el de la prosperidad de un pueblo es de una utilidad extrema. Como ha hecho justamente observar el general inglés Wolseley, aquel sentimiento es uno de los que constituyen la fuerza de Inglaterra. A propósito de la resistencia opuesta por esta nación al establecimiento de un túnel bajo el Canal de la Mancha que, uniendo la Gran Bretaña al Continente, favoreciese las relaciones entre éste y aquel reino, se ha dicho que los ingleses ponen tanto empeño como los chinos en impedir que entre ellos penetre cualquiera influencia extranjera.

Los caracteres que hemos enumerado se hallan

en todas las capas sociales; no hay elemento de civilización inglesa en el cual no estén hondamente impresos. El extranjero que visita á Inglaterra, aunque sólo sea por pocos días, será pronto y con frecuencia sorprendido por la llamativa presencia de aquéllos. Verá cómo se cultiva y se impone el sentimiento de independencia, aun en el *cottage* del más modesto empleado, habitación estrecha, sin duda, pero al abrigo de las molestias del trato humano y aislada de toda vecindad; en las estaciones ferroviarias más frecuentadas, en las cuales circula el público, sin estar cercado de barreras como pudiera estarlo una manada de carneros y como si hubiese que lograr con este material impedimento la seguridad personal de gentes incapaces para encontrar en sí mismas la atención y el cuidado necesarios para no dejarse aplastar. Encontrará la energía de la raza lo mismo en el obrero sometido á duro trabajo que en el colegial que, abandonado á sí mismo desde los comienzos de su juventud, aprende á conducirse solo y adquiere la convicción de que nadie en la vida, sino él mismo se ocupará de su suerte; entre los profesores, que hacen un caso mediocre de la instrucción y se cuidan mucho del carácter, al cual consideran como una de las grandes fuerzas motrices del mundo (1). El visitante

(1) Encargado el príncipe Alberto por la reina Victoria de fijar las condiciones en que habría de adjudicarse anual-

verá, si pára su atención en la vida pública del ciudadano, que no es al Estado, sino á la iniciativa particular á la que se apela de continuo; que ésta se cuida de reparar las fuentes de una población, de construir puertos de mar ó caminos de hierro, etcétera. Prosiguiendo aquél sus observaciones, verá que este pueblo, no obstante sus defectos, que le hacen para el extranjero de todo punto insoporable, es el único verdaderamente libre que existe, porque es también el único que, habiendo llegado á saber gobernarse á sí mismo, no le ha dejado á sus gobernantes oficiales más que una limitadísima esfera de acción. Si se consulta su historia, se ve que es el primer pueblo que supo librarse de toda dominación, así de los reyes como de la Iglesia. En el siglo XV, el sabio legista Fartescue opuso á la ley romana, herencia de los pueblos latinos, la ley inglesa. La una, obra de principios absolutos y encaminada á sacrificar la individualidad; la otra, obra de la voluntad común y dirigida á proteger la personalidad.

mente un premio concedido por ella al colegio Welington, aquél acordó que se concediese, no al alumno más instruído, sino á aquel cuyo carácter se juzgase más elevado. En una nación latina el premio se hubiese adjudicado al alumno que mejor recitara trozos de sus libros. Toda nuestra enseñanza, incluso la que llamamos superior, consiste en hacer que los jóvenes reciten lecciones. Con esto se imprime en la juventud tal hábito, que continúa recitando el pensamiento ajeno durante toda su vida.

En cualquier lugar del Globo donde inmigre un pueblo semejante, preponderará en seguida y fundará un poderoso imperio. Si la raza dominada por él es, como los pielesrojas de América, por ejemplo, suficientemente débil y insuficientemente utilizable, será metódicamente exterminada. Si la raza habitante del país invadido es muy numerosa para que se la pueda exterminar, como sucede con la población de la India, y puede prestar además un trabajo productivo, será simplemente reducida por los invasores á un vasallaje muy duro y obligada á trabajar casi exclusivamente para ellos.

En un país nuevo, como América, es donde se pueden apreciar en toda su magnitud los admirables progresos debidos á la constitución mental de la raza inglesa. Si consideramos á los colonos de esta raza, que allá fueron transportados á regiones incultas, habitadas por algunas tribus salvajes y no teniendo más ayuda que la de sí mismos, se comprende hasta dónde ha llegado su esfuerzo. Les ha bastado á los anglosajones de América apenas un siglo para colocarse en lugar elevado entre las primeras potencias del Globo, y no es fácil que hoy pudiera ninguna luchar contra ellos en condiciones ventajosas. Recomendando la lectura de los libros de M. M. Roussier y Saul Bourget sobre los Estados Unidos, á las personas deseosas de darse exacta cuenta de la suma enorme de iniciativas y de energía individual rendidas por los ciudadanos

de la gran República. La aptitud de los hombres para gobernarse á sí mismos, para asociarse con el fin de fundar grandes empresas, erigir poblaciones, construir puertos, vías férreas, etc., se eleva á tal *máximum* de acción, y á la par la acción del Estado se reduce tanto, que hasta se podría con razón decir que allí no existen Poderes públicos.

Como no se puede prosperar en los Estados Unidos sino teniendo las condiciones de carácter que acabo de describir, no hay que esperar que la inmigración extranjera modifique el espíritu general de raza. Las condiciones de existencia son allí tales que quien no posea aquellas cualidades se halla condenado á desaparecer rápidamente. En tal atmósfera, saturada de independencia y de energía, sólo el anglosajón puede vivir. Allá, los italianos se mueren de hambre y los irlandeses y los negros vegetan en los empleos más subalternos.

La gran República es seguramente la tierra de la libertad, pero no lo es ni de la fraternidad ni de la igualdad: esas dos grandes quimeras latinas, que las leyes del progreso no reconocerán. En ninguna comarca del Globo ha hecho su centro como allá el brazo de hierro de la selección natural. Se muestra despiadada, en verdad; pero es justamente porque no conoce otra piedad más que la de que la raza formada por ella conserve su poder y su energía. No hay espacio para los débiles, los incapaces y los mediocres en el suelo de los Estados Unidos. Por

el solo hecho de ser inferiores; individuos aislados y razas enteras son allí condenados á perecer. Los pielesrojas, por haber venido á ser inútiles, han sido exterminados á tiros ó condenados á morir de hambre. Los obreros chinos, cuyo trabajo constituye una concurrencia ruinosa, sufrirán pronto una suerte análoga. La ley que ha decretado su total expulsión no ha podido aplicarse á causa de los gastos enormes que impone su ejecución (1). Será pronto reemplazada sin duda por una destrucción metódica, comenzada ya en muchos distritos mineros. Otras leyes han sido recientemente votadas para imposibilitar la entrada en el territorio americano de los emigrantes pobres.

En cuanto á los negros, que sirvieron de pretexto á la guerra de Secesión,—guerra surgida entre aquellos que poseían esclavos y otros que, no pudiendo poseerlos, no podían permitir que los posesen los demás—son tolerados porque permanecen investidos en funciones subalternas, de las que repugnan ejecutar los ciudadanos americanos. Teóricamente los hombres de color tienen allí to-

(1) El 53 Congreso ha aplazado la ejecución de la ley Geary (*Chines exclusion act*), porque se ha probado que para repatriar 100.000 chinos es necesario gastar 30 millones de francos, cuando la suma consignada para ello en el presupuesto es de 100.000 francos.

dos los derechos; pero en realidad son tratados como animales útiles, de los cuales se desembarazan sus dueños cuando su conservación es peligrosa. Los sencillos procedimientos de la ley de Lynch son universalmente aceptados contra ellos.

Al primer delito que cometen se les mata á tiros ó se les ahorca. Las estadísticas, que no contienen más que una parte de las ejecuciones así llevadas á cabo, registran más de mil realizadas durante los últimos siete años.

Tales son, sin duda, los aspectos sombríos de aquel cuadro que por lo demás es sobrado brillante, para poder soportarles sin gran menoscabo. Si fuera necesario definir en pocas palabras la diferencia entre la Europa continental y los Estados Unidos, se podría decir que la primera representa el *máximo* de lo que puede dar de sí la reglamentación oficial reemplazando la iniciativa individual; y los segundos, el *máximo* de lo que puede dar de sí la iniciativa individual enteramente desprendida de toda reglamentación oficial. Estas diferencias fundamentales son exclusivamente consecuencias del carácter. No es por lo mismo en el suelo de los Estados Unidos donde el socialismo europeo encontrará nunca donde arraigar, no: última expresión éste de la tiranía del Estado, no prosperará sino entre los pueblos viejos, sometidos desde hace siglos á un régimen que les ha

quitado toda capacidad para gobernarse á sí mismos (1).

Acabamos de ver lo que ha producido en una parte de la América una raza poseedora de cierta constitución mental, en la que predomina la perseverancia, la energía y la voluntad. Ahora nos resta mostrar cómo ha venido á ser un país semejante en manos de otra raza muy inteligente, sí; pero que no posee ninguna de aquellas cualidades de carácter, de las que acabo de comprobar los efectos.

La América del Sur es, desde el punto de vista de sus producciones, una de las comarcas más ricas del Globo. Dos veces mayor que la Europa y diez veces menos poblada, la tierra allí abunda y se halla, por decirlo así, á disposición de todo el mundo. La población, en su mayoría de origen español, hállase dividida en numerosas repúblicas: Argentina, brasileña, chilena, peruana, etc. Todas han adoptado la constitución política de los Estados Unidos, y viven, por tanto, bajo leyes idénti-

(1) La América que acabo de describir es la de ayer y la de hoy, pero no es sin duda la de mañana. Veremos en un próximo capítulo, que por consecuencia de la invasión reciente de un número inmenso de elementos inferiores no asimilables, está amenazada de una guerra civil gigantesca y de dividirse, constituyendo multitud de Estados independientes y en constante lucha recíproca, como están los de Europa.

cas. Pues bien, por el solo hecho de que la raza que constituye tales repúblicas es diferente y falta de las cualidades fundamentales de la que puebla los Estados Unidos, viven constantemente aquellas naciones dadas á sangrienta anarquía, y no obstante la viveza del sol que les alumbra, ensombrecen su vida unas y otras con toda clase de dilapidaciones, errores y despotismos.

Hay que leer la notable é imparcial obra de T. Chid, sobre las repúblicas hispanoamericanas, para apreciar la profundidad de su decadencia. Las causas se hallan por completo en la constitución mental de una raza sin energía, voluntad ni moralidad. La ausencia de moralidad, sobre todo, supera cuanto nosotros conocemos de peor en Europa. Refiriéndose á una de las poblaciones más importantes, Buenos Aires, el autor citado dice que allí no puede vivir á gusto ninguna persona de conciencia algo escrupulosa. Respecto á una de las repúblicas iberoamericanas menos degradadas, la Argentina, el mismo escritor añade: «Que examinando esta República desde el punto de vista comercial se queda uno admirado de la inmoralidad que observa por doquier.»

En cuanto á las instituciones, ningún ejemplo hay que muestre mejor hasta qué punto son hijas del carácter de las razas y la imposibilidad de transportarlas eficazmente de un pueblo á otro. Es muy interesante conocer cómo se transforman

las liberales instituciones de los Estados Unidos, transplantadas entre una raza inferior. «Los países—nos dice hablando de varias repúblicas hispanoamericanas Mr. Chid—están bajo la férula de presidentes que ejercen una autocracia semejante á la ejercida por el zar de todas las Rusias, y más absoluta aún en todo aquello que está al abrigo de las importunidades y de las censuras europeas. El personal administrativo está compuesto de hechuras de aquéllos exclusivamente...; los ciudadanos votan allí como mejor les parece, pero no se hace caso alguno de sus sufragios. La República Argentina no es una república más que de nombre: en realidad es una oligarquía formada por gentes que hacen de la política un comercio.

Un solo país, el Brasil, había escapado á esta profunda decadencia, gracias al régimen monárquico que ponía el poder al abrigo de la competencia. Demasiado liberal aquel régimen para una raza sin energía y sin voluntad, acabó por sucumbir, y al mismo tiempo el país cayó en plena anarquía, y en pocos años, los hombres encargados del Gobierno han dilapidado el tesoro público, de tal modo que los impuestos han tenido que ser recargados en más de un 60 por 100.

Y no es sólo en política donde se manifiesta la decadencia de la raza latina en la América del Sur, sino en todos los elementos de su civilización. Abandonadas á sí mismas, estas repúblicas torna-

rán á la barbarie. Toda su industria y todo su comercio hállanse en manos de extranjeros: ingleses, yanquis y alemanes. Valparaíso ha venido á ser una población inglesa; y en Chile no quedaría nada si se le quitase el baño que le prestan los extranjeros. Gracias á éstos, aquel país conserva el barniz exterior de civilización que aún engaña á la Europa. La República Argentina cuenta 4 millones de blancos, de origen español, y acaso no haya uno solo de ellos á la cabeza de una empresa industrial de verdadera importancia.

Esta espantosa decadencia de la raza latina abandonada á sí misma, frente á frente de la prosperidad de la raza inglesa establecida en un país vecino al que aquélla ocupa, es una de las más sombrías, más tristes y más instructivas experiencias que se pueden invocar en apoyo de las leyes psicológicas que yo he expuesto.

CAPITULO III

CÓMO LA ALTERACIÓN DEL ALMA DE LAS RAZAS MODIFICA LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA DE LOS PUEBLOS

La influencia de elementos extranjeros transforma necesariamente el alma de una raza y por tanto su civilización.—Ejemplo de los romanos.—La civilización romana no fué destruida por las invasiones militares, sino por las invasiones pacíficas de los bárbaros.—Los bárbaros nunca pensaron destruir la civilización romana.—Sus invasiones no tuvieron el carácter de conquistas.—Los primeros jefes francos se consideraron siempre como funcionarios al servicio del imperio romano.—Ellos respetaron siempre la civilización romana y no pensaron sino en continuarla.—Hasta el siglo VII los jefes bárbaros de las Galias no dejaron de considerar á los emperadores de Roma como sus soberanos.—La transformación completa de la civilización romana no fué el efecto de una destrucción, sino la adopción de una civilización antigua por una raza nueva.—Las invasiones modernas en los Estados Unidos.—Luchas civiles y separación en Estados independientes y rivales que se preparan.—Las invasiones de los extranjeros en Francia y sus consecuencias.

Los ejemplos que hemos citado demuestran que la historia de los pueblos no depende de sus instituciones, sino de su carácter; es decir, de su raza. Además hemos visto, estudiando la formación de las razas históricas, que el cruzamiento produce su

disolución, y que los pueblos que han conservado su unidad y su fuerza, como de antiguo los arios en la India y en los tiempos modernos los ingleses, son aquellos que han evitado cuidadosamente mezclarse con extranjeros. El contacto con extranjeros, aunque sea escaso, es bastante para alterar el alma de un pueblo. Ella le hace perder su aptitud para defender los caracteres de su raza, los monumentos de su historia, las obras de sus mayores.

De lo que precede surge esta conclusión: si los diversos elementos de una civilización son la manifestación del alma de un pueblo, es evidente que desde el momento en que el alma de ese pueblo cambia, su civilización debe igualmente cambiar.

La historia del pasado nos ha facilitado muchas pruebas de esto y la del porvenir nos facilitará más aún.

La transformación progresiva de la civilización romana es una de las más admirables que se puedan citar. Los historiadores nos presentan generalmente este suceso como un efecto de la invasión destructora de los bárbaros; pero un estudio más atento nos enseña, de una parte, que éstos fueron invasores pacíficos y nunca guerreros que amenazaran la tranquilidad del imperio; de otra parte, que lejos de querer destruir la civilización romana fueron sus respetuosos admiradores é hicieron lo posible por adoptarla y continuarla. Hicieron esfuer-

zos por apropiarse su lengua, sus instituciones y sus artes. Hasta bajo los últimos merovingios procuraron aún continuar aquella gran civilización de que habían sido herederos. Todos los actos del gran emperador Carlomagno, están inspirados en este pensamiento.

Pero sabemos que tal aspiración era irrealizable: faltábales á los bárbaros muchos siglos de existencia todavía para formar, mediante cruzamientos repetidos é idénticas condiciones de vida, una raza un poco homogénea; y cuando tal raza estuviese formada, ella poseería, por este solo hecho, artes nuevas, nueva lengua y nuevas instituciones y, por tanto, una nueva y completa civilización. El gran recuerdo de Roma no dejó de pesar en la formación de esta civilización nueva, entre los pueblos bárbaros; pero en vano fué que se hiciesen muchas reproducciones y muchos ensayos para hacerla revivir; en vano el Renacimiento intentó la reviviscencia de sus artes y la Revolución la reaparición de sus instituciones.

Los bárbaros, que invadieron progresivamente el imperio romano durante el primer siglo de nuestra Era, no tuvieron ni la más remota idea de destruir su civilización y acabar por absorberla, sino únicamente de proseguirla. Aunque ellos no hubiesen combatido jamás á Roma y se hubieran limitado á mezclarse más y más con los romanos, cada día menos numerosos, el curso que siguió la histo-

ria no hubiera, por eso, cambiado: ellos hubieran destruido de todas maneras el imperio; el simple cruzamiento, su mezcla con los latinos era bastante á destruir el alma romana. Se puede bien decir que la civilización de Roma no ha sido nunca destruida, sino que ha continuado á través del tiempo transformándose por consecuencia de haber caído en manos de razas diferentes de la que le dió vida.

Una simple ojeada sobre la historia de las invasiones bárbaras es bastante para convencernos del fundamento de lo que precede.

Los trabajos de los eruditos modernos, y especialmente de Fustel de Coulanges, han comprobado que fueron las invasiones pacíficas de los bárbaros y no las invasiones agresivas — rechazadas aun por los bárbaros mismos que estaban á sueldo del imperio — las que produjeron el progresivo desvanecimiento del poder romano. Desde el tiempo de los primeros emperadores se introdujo en Roma la costumbre de emplear á los bárbaros en el ejército, y esta costumbre se acentuó más á medida que los romanos se iban haciendo más ricos y por consiguiente, más refractarios al servicio militar; y al cabo de algunos siglos, así en el ejército como en la administración pública, no había más que extranjeros. Los visigodos, los borgoñones, los francos, fueron soldados federados, al servicio de Roma.

No teniendo ésta á su servicio ya más que bár-

baros y estando sus provincias gobernadas asimismo por jefes bárbaros, era de esperar que éstos, poco á poco, se fuesen haciendo independientes del imperio. Y no obstante serlo ya, Roma ejercía tal influjo en su ánimo, con su inmenso prestigio, que ninguno de ellos llegó jamás á tener la idea de destruir al poderoso imperio, aun habiendo caído en sus manos el poder político de éste.

Uno de aquellos jefes, Odoacro, rey de los hérulos, al servicio y á sueldo del imperio, se apoderó y enseñoreó de Roma, en 476, y se apresuró á solicitar del emperador, residente en Constantinopla, autorización para gobernar la Italia, con el título de patricio. De análoga manera procedieron otros jefes bárbaros, y todos ellos fué á nombre de Roma como gobernaron las provincias. Jamás tuvieron la idea de disponer soberanamente del suelo del imperio ni de tocar á sus instituciones. Clovis se consideró como un funcionario romano y se ufaná de haber obtenido del emperador el título de cónsul. Treinta años después de su muerte, aún recibían sus sucesores las leyes dictadas por el emperador, y se creían de todo punto obligados á hacerlas observar. Hasta el siglo VII no osaron los jefes bárbaros de las Galias hacer grabar su busto en las monedas, que acuñaban desde hacía mucho tiempo y en las cuales hasta entonces habían hecho imprimir la efigie del emperador. Hasta esta época no se puede decir que las poblaciones de

las Galias dejasen de considerarse como súbditas de los emperadores. Hacen, pues, los historiadores comenzar doscientos años antes de lo debido la historia de Francia y señalan una docena de reyes de más.

Nada se parece menos á una conquista que las invasiones de los bárbaros, puesto que las poblaciones invadidas conservaron sus leyes, sus tierras y sus idiomas, caso que no se da en las verdaderas conquistas, como, por ejemplo, la efectuada de Inglaterra por los normandos.

Es probable que la desaparición del poder de Roma fuese tan gradual y paulatina, que los contemporáneos respectivos de las etapas de semejante suceso no se diesen cuenta de él. Las provincias estaban acostumbradas ya, por la secular repetición del caso, á ser gobernadas por jefes que llevaban la representación de los emperadores. Muy progresiva y lentamente, aquellos jefes acabaron por obrar de propia cuenta. Nada, pues, cambió. El mismo régimen se prolongó bajo los nuevos dueños, durante toda la época merovingia (1).

Por esta repetición eterna de las mismas cosas, que parece ser la más sólida de las leyes de la

(1) El gobierno merovingio —escribe Fustel de Coulanges— es en más de sus tres cuartas partes la continuación del que el imperio romano había dado á la Galia... Nada tiene de feudal el gobierno de los merovingios.

historia, tal vez estemos llamados á contemplar en nuestros días invasiones análogas á aquellas que afectaron á la transformación de la civilización romana. Dada la extensión que alcanza en el espacio la civilización moderna, puede parecer que ya no hay bárbaros, ó al menos que los bárbaros, sumidos allá en el fondo del Asia y en el de Africa, están lo bastante lejos para no ser muy temibles. Seguramente no hay por qué temer su invasión, y si son temibles alguna vez, será por la concurrencia económica que harán á la Europa algún día. No es, pues, de ellos de quienes ahora se trata; y aunque los bárbaros parecen estar bien lejos, están, sin embargo, cerca; mucho más cerca que en la época de los emperadores romanos. Es en el seno mismo de las naciones civilizadas donde se hallan. Por efecto de la complejidad de la civilización moderna, de la diferenciación progresiva de los individuos, de la cual he hablado, cada pueblo tiene una gran cantidad de elementos inferiores incapaces de adaptarse á una civilización demasiado elevada para ellos (1). Es un enorme amontonamiento de degradados, cuya invasión será terrible para los pueblos que la experimenten.

Es hacia los Estados Unidos de América donde se dirigen hoy, como de común acuerdo, estos nue-

(1) Como lo es la propia y adecuada de las gentes cultas del mundo civilizado, en la actualidad. (*N. del T.*)

vos bárbaros, y está por ellos seriamente amenazada la civilización de aquella gran república. Mientras la inmigración extranjera ha sido allí compuesta casi exclusivamente de ingleses, la absorción ha sido fácil y útil. Ella ha producido la grandeza admirable del país. Hoy los Estados Unidos están sometidos á una gran invasión de elementos inferiores, que aquéllos no quieren ni pueden asimilarse. Entre 1880 y 1890 han ido allá más de 6 millones de emigrantes, casi exclusivamente compuestos de trabajadores mediocres de todas las procedencias. Chicago, sólo tiene una cuarta parte de su población compuesta de americanos. Esta ciudad contiene 400.000 alemanes, 220.000 irlandeses, 50.000 polacos, 55.000 tchecos, etc. No existe fusión alguna entre estos emigrantes y los americanos. Ni siquiera se toman aquéllos el trabajo de aprender la lengua de su nueva patria, y viven agrupados en colonias formadas por comunidades de nacionalidad de origen, é invertidos en trabajos mal retribuidos. Constituyen una gran masa de descontentos y por lo mismo de enemigos del país en que viven. En la reciente huelga de los caminos de hierro se propusieron incendiar á Chicago, y hubo necesidad de ametrallarles sin piedad. Sólo entre ellos recoge allá sus adeptos un socialismo nivelador y grosero, acaso realizable entre los débiles pueblos de Europa, pero repugnado y rechazado enérgicamente por

los verdaderos americanos. Las luchas que este socialismo engendrará sobre el suelo americano será lucha de razas que alcanzan diferente nivel en su evolución.

Parece seguro que en la guerra civil que se prepara entre la América de los americanos y la América de los extranjeros, el triunfo no estará del lado de los bárbaros. Esta lucha gigantesca se terminará por una hecatombe que, en gran escala, reproducirá la destrucción de los cimbrios por Mario. Si la lucha se retarda y la invasión continúa, la destrucción no podrá ser total. El destino de los Estados Unidos será probablemente entonces como el del imperio romano; es decir, una separación de las provincias actuales de la república en Estados independientes, tan opuestos y tan frecuentemente dados á la guerra, como los de Europa y los de la América española.

No sólo á la América amenazan tales invasiones. Hay en Europa un Estado, Francia, que se halla también amenazado del mismo mal. Es un país rico, cuya población nacional no se aumenta, rodeado de países pobres, de los cuales la población se acrecienta de continuo. La inmigración de nuestros vecinos es fatal para Francia, tanto más fatal cuanto las exigencias crecientes de nuestros obreros la hacen necesaria para las atenciones de la agricultura y de la industria.

Las ventajas que encuentran los aludidos emi-

grantes en nuestro suelo son evidentes: exención del servicio militar; poca ó ninguna imposición de impuestos, dada su cualidad de nómadas extranjeros; un trabajo más fácil y mejor retribuido que en sus países respectivos. Y no sólo se dirigen á nuestro país porque sea más rico, sino en parte forzados á ello porque la mayoría de los demás Estados toman con frecuencia medidas para rechazarles. La invasión extranjera es más de temer, porque la constituyen elementos de suma inferioridad, individuos que no llegando á bastarse á sí mismos en su patria, emigran. Nuestros principios humanitarios nos condenan á soportar una creciente invasión de extranjeros. Hace cuarenta años no llegaban estos inmigrantes al número de 40.000; hoy pasan de 1.200.000 individuos, y cada día es mayor que el anterior la cantidad de los que llegan. Si sólo se considera el número de italianos que hay en Marsella, ésta podrá calificarse con razón de colonia italiana. Italia no posee ninguna colonia que contenga tan elevado número de italianos. Si las condiciones actuales no cambian, es decir, si estas invasiones no se contienen, llegará pronto un tiempo en que un tercio de la población de Francia será italiano y otro tercio, alemán.

En condiciones semejantes, ¿cambia la unidad substancial ó simplemente las condiciones de existencia de un pueblo?

Los mayores desastres sufridos en los campos

de batalla serían menos perjudiciales para los pueblos que tales invasiones (1). Un instinto superior fué aquel que enseñó á los pueblos antiguos á considerar peligrosos para sí á los extranjeros. Sabían muy fundadamente que el valor de un país no se mide por el número de sus habitantes, sino por el de sus ciudadanos.

Vemos, pues, una vez más, que la base de todas las cuestiones históricas y sociales se halla siempre en el inevitable problema de las razas. Este problema domina todos los demás.

(1) Son estas invasiones la consecuencia de ciertos fenómenos económicos contra los cuales nada podemos hacer: es imposible impedirlos. Se podrá, sin embargo, tomar ciertas medidas que permitirán al menos dominarlas, tales como servicio militar obligatorio en la legión extranjera para todos los extranjeros menores de veinticinco años que lleven dos de estancia en nuestra nación; tasa militar para los de más edad; impresión casi absoluta de la naturalización; impuesto del cuarto de la renta ó del salario para todos los extranjeros, naturalizados ó no, establecidos en Francia desde hace menos de cincuenta años.

Se podrá considerar como digno de que la patria, agradezca, le eleve una estatua al diputado que hiciere votar una ley así.

LIBRO IV

Cómo se modifican los caracteres psicológicos de las razas.

CAPÍTULO PRIMERO

IMPORTANCIA DE LAS IDEAS EN LA VIDA DE LOS PUEBLOS

Las ideas directivas de cada civilización son siempre muy reducidas en número —Lentitud extrema de su nacimiento y de su desaparición. — Las ideas no obran sobre la conducta sino después de ser transformadas en sentimientos. —Entonces forman parte del carácter. —Gracias á la lentitud de la evolución de las ideas, las civilizaciones tienen cierta estabilidad. —Cómo se establecen las ideas. —La acción del razonamiento es nula. — Influencia de la afirmación y del prestigio. —Papel que representan los convencidos y los apóstoles. — Deformación que experimentan las ideas cuando descienden á las multitudes. La idea universalmente admitida obra al punto sobre todos los elementos de la civilización. —Es por efecto de la comunidad de ideas por lo que los hombres de un mismo tiempo tienen una suma de concepciones medias que les hacen muy semejantes en sus pensamientos y en sus obras. — El yugo de la costumbre y de la opinión. — No disminuye su influencia sino en aquellas edades críticas de la historia en que las viejas ideas han perdido su influencia y aún no han sido reemplazadas por otras. — Sólo en estas edades críticas puede tolerarse la discusión de las opiniones. — Los dogmas no se mantienen sino

bajo la condición de no ser discutidos.—Los pueblos no pueden cambiar sus ideas y sus dogmas sin verse al mismo tiempo obligados á cambiar de civilización.

Después de haber mostrad^o que los caracteres psicológicos de las razas poseen una gran estabilidad, y que de ellos se deriva la historia de los pueblos, añadimos que los elementos psicológicos pueden, lo mismo que los elementos anatómicos de las especies, transformarse á la larga por lentas acumulaciones hereditarias. De tales transformaciones depende una gran parte de la evolución de todas las civilizaciones.

Los factores susceptibles de provocar aquellos cambios psicológicos son varios. Entre otros pueden citarse: las necesidades, la concurrencia vital, la acción de ciertos medios, los progresos de las ciencias y las industrias, la educación y las creencias. He consagrado ya un volumen (1) al estudio de la importancia de cada uno de ellos y no vamos de nuevo á tratar de este asunto aquí más que lo necesario para mostrar, y esto sólo prefiriendo los aspectos más esenciales, el mecanismo de su acción. A este estudio será consagrado este capítulo y los siguientes.

El estudio de todas las civilizaciones que se han sucedido desde el origen del mundo, prueba que se han guiado en su desenvolvimiento por un es-

(1) *El hombre y las sociedades. Sus orígenes y su historia*, t. II, Evolución de las sociedades.

caso número de ideas fundamentales. Si la historia de los pueblos se limitase á la de sus ideas, no sería muy larga. Cuando una civilización ha conseguido crear en un siglo una ó dos ideas fundamentales en el campo del arte, en el de la ciencia, en el de la literatura ó en el de la filosofía, se puede creer que ha sido altamente brillante.

Las ideas no tienen acción alguna real sobre el alma de los pueblos sino cuando á consecuencia de una lentísima elaboración han descendido de las movibles regiones del pensamiento á región estable é inconsciente de los sentimientos, en las cuales se elaboran los motivos de nuestras acciones. Entonces es cuando constituyen elementos de nuestro carácter y pueden obrar sobre nuestra conducta. El carácter está, pues, formado de una estratificación de ideas inconscientes.

Cuando las ideas han experimentado esta elaboración adquieren un poder considerable, porque la razón no tiene ya imperio alguno sobre ellas. El convencido á quien domina una idea cualquiera es inaccesible á todos los razonamientos, sea cual fuere la magnitud intelectual que se le suponga. Lo más que podrá él hacer es intentar, y lo más corriente será no intentarlo, por artificios de pensamiento y con frecuencia por deformaciones muy grandes, que la idea que se le proponga entre á formar en el conjunto de las concepciones que le dominan.

Si vemos, pues, que las ideas no pueden ejercer

acción en la conducta sino cuando han descendido de las regiones de la conciencia á la de la inconsciencia, comprenderemos fácilmente con cuán intensa lentitud deben transformarse y por qué las ideas directivas de toda civilización son tan poco numerosas y necesitan para evolucionar tanto tiempo; y nos debemos felicitar de que así sea: de otro modo las civilizaciones no podrían adquirir ninguna permanencia. Es al mismo tiempo satisfactorio que las ideas nuevas acaben á la larga por hacerse aceptar, pues que si las antiguas fueran inmutables absolutamente, las civilizaciones no realizarían progreso alguno. Dada la inevitable lentitud de nuestras transformaciones mentales, es necesario el transcurso de muchas generaciones para que triunfen las ideas nuevas y más aún para que lleguen á desaparecer. Los pueblos más civilizados son aquellos cuyas ideas directivas se han sabido mantener á una igual distancia de la versatilidad y de la inmutabilidad; la historia se nos aparece llena de ruinas de aquellos pueblos que no supieron mantener este equilibrio.

Es, pues, fácil de comprender que lo que más admira cuando se considera la historia de un pueblo no sea la riqueza y novedad de sus ideas, sino la pequeñez del caudal de las mismas, la lentitud de su transformación y el poder ejercido por ellas. Las civilizaciones son el resultado de unas pocas ideas fundamentales, y cuando ellas cambian, las

civilizaciones han de cambiar fatalmente y en seguida, también. La Edad Media se ha apoyado en dos ideas fundamentales: la religiosa y la feudal. De estas dos ideas fundamentales surgieron sus artes, su literatura y la concepción de todas las manifestaciones de la vida. Al alborear el Renacimiento comienzan aquellas dos ideas á alterarse; el ideal resurge del viejo mundo grecolatino, y se impone á la Europa; en seguida, la concepción de la vida, las artes, la filosofía, comienzan á transformarse. Luego, la autoridad tradicional se quebranta, las verdades científicas van sustituyendo gradualmente á las reveladas, y de nuevo la civilización se transforma. Hoy las viejas ideas religiosas parece que han perdido definitivamente la mayor parte de su antiguo poderío, y por esto la mayoría de las instituciones sociales que se apoyan en ellas están amenazadas de destrucción.

La historia del origen de las ideas, de su predominio, de su uso, de sus transformaciones y de su desaparición, se habrá de hacer apoyándola en numerosos ejemplos. Si pudiésemos entraren detalles, mostraríamos que cada elemento de civilización, filosofía, creencias, artes, literatura, etc., está sometido á muy pequeño número de ideas directivas, cuya evolución es sumamente lenta. Ni las ciencias escapan á esta ley. Toda la física moderna se deriva de la ley de indestructibilidad de la fuerza; toda la biología, de la idea del transformismo; toda

la medicina, de la idea de la acción de lo infinitamente pequeño, y la historia de estas ideas enseña que aunque se dirijan á los espíritus más claros no se establecen sino poco á poco y con dificultad. En un tiempo como el nuestro, en el que todo va tan de prisa, y en un orden de cosas en el cual ni las pasiones ni los mezquinos intereses ejercen casi acción alguna, el establecimiento de una idea científica no necesita menos de un período de veinticinco años. Las más visibles, las más fáciles de demostrar, aquellas que menos se prestan á ser objeto de controversia, la idea de la circulación de la sangre, por ejemplo, ha necesitado aquella cantidad de tiempo para ser generalmente aceptada.

Ora se trate de una idea científica, ora de una religiosa, filosófica ó artística; esto es, de una idea cualquiera, su propagación se efectúa siempre por un mecanismo idéntico. Es necesario que sea desde luego adoptada por un pequeño número de apóstoles, de los cuales la intensidad de la fe ó su autoridad personal presta á la idea por ellos acogida un gran prestigio; éstos obran entonces más por sugestión que por demostración. No es en el valor de la demostración en lo que hay que buscar el mecanismo de la persuasión. Una persona puede imponer sus ideas, ya sea por el prestigio de que goce, ya sea dirigiéndose á las pasiones de los demás; pero no ejercerá ninguna influencia si sólo se dirige á la razón. Las multitudes no se de-

jan nunca persuadir por demostraciones, sino por afirmaciones solamente, y la autoridad de estas afirmaciones depende del prestigio de quien las enuncia.

Cuando aquellos primeros apóstoles han conseguido convencer á algunos adeptos y formar así otro número de apóstoles, la idea nueva comienza á entrar en el dominio de la discusión. Ella levanta entonces por doquier una oposición general, porque hiere muchas cosas viejas establecidas de antiguo. Los apóstoles que la defienden son enardecidos por esta oposición, que no logra sino persuadirles de que son superiores al resto de los hombres, sólo porque no piensan como ellos, y defienden con energía la idea nueva, no porque sea cierta—lo más frecuente es que ni sepan si lo es—sino simplemente porque la han adoptado. La nueva idea es entonces más y más discutida, es decir, en realidad aceptada en bloque por los unos y rechazada en bloque por los otros. Se cruzan afirmaciones y negaciones y pocos argumentos. Los motivos de aceptación ó repulsión de alguna idea no son, respecto á la mayoría de los cerebros, sino motivos sentimentales, afectivos, en los cuales el razonamiento, maldito lo que influye.

Gracias á tales debates, siempre apasionados, la idea progresa, aunque lentamente. Las generaciones nuevas que la hallan discutida propenden á adoptarla sólo porque se la discute. Para la ju-

ventud, ávida siempre de independencia, la oposición en bloque á las ideas recibidas es la forma de originalidad que halla más accesible.

La idea nueva prosigue, pues, ampliándose en la conciencia general y pronto no necesitará ya del apoyo apostólico de los convencidos. Ella va mientras tanto extendiéndose por doquier por efecto de la imitación, simplemente por contagio; ¡que tan dados son á ella los hombres como lo serían los grandes monos antropoideos que la ciencia moderna les asigna por progenitores!

Desde que el mecanismo del contagio interviene, la idea entra en la fase que acaba por su completo éxito. La opinión la acepta en seguida. Adquiere entonces una fuerza penetrante y sutil que la impone en todos los cerebros progresivamente, creando al mismo tiempo una manera singular de atmósfera mental, un modo general de pensar. Como ésta acaba extendiéndose y filtrándose por todas partes, la nueva idea cristaliza en todas las conciencias, palpita en todas las producciones de una época, y ella y sus múltiples consecuencias forman ya parte del *stock* compacto de vanalidades hereditarias que se imponen por la educación. La idea ha triunfado y ha entrado en los dominios del sentimiento, donde se mantendrá por largo tiempo al abrigo de todo atentado.

De las ideas diversas que guían una civilización cualquiera, las unas, las relativas á las artes

ó á la filosofía, por ejemplo, permanecen en las capas superiores de las naciones; las otras, las relativas á las concepciones religiosas y políticas, singularmente, descienden á veces hasta las inferioridades más hondas de las multitudes. Llegan allí por lo común muy deformadas, pero cuando llegan, el poder que ejercen sobre las almas primitivas, incultas, incapaces para toda discusión, es inmenso. Las representa entonces algo invencible, y sus efectos se propagan con la violencia de un torrente al cual no hay dique alguno que le contenga. Es siempre fácil de hallar en un pueblo un número de cien mil individuos que se dejen matar en defensa de una idea, desde el punto de vista en que ésta les ha sojuzgado. Entonces es cuando sobrevienen los grandes acontecimientos que trastornan la marcha normal de la historia y que no es dado realizar á las multitudes. No ha sido mediante los literatos, los artistas y los filósofos como se han establecido las religiones que han gobernado el mundo ni esos vastos imperios que se han extendido de un hemisferio terrestre al otro, ni las grandes revoluciones religiosas y políticas que han estremecido la Europa, no, sino mediante los iletrados, los incultos, dominados por una idea de tan intenso modo que no han reparado en sacrificarle la vida, con tal de sostenerla y propagarla. Con un bagaje mental teóricamente muy pequeño, pero de hecho muy fuerte, los nómadas del desier-

to de la Arabia conquistaron una gran parte del viejo mundo grecorromano y fundaron uno de los más grandes imperios de que nos habla la historia. Con un bagaje moral semejante—el enseñoreamiento de una idea—los heroicos soldados de la Convención tuvieron frente á sí la Europa puesta en armas, de un modo victorioso para ellos.

Una honda convicción es de tal manera irresistible que sólo una convicción igual puede luchar contra ella con probabilidades de éxito. Aquella triunfará cuando la fuerza material que se le oponga esté al servicio de sentimientos tibios y de creencias debilitadas; pero si le hace frente una fe de intensidad igual á la suya, la lucha es muy reñida y el triunfo en ella es determinado por circunstancias accesorias, las más veces de orden moral, tales como el espíritu de disciplina y la mejor organización. Estudiando la historia de los árabes hemos visto que en sus primeras conquistas—y éstas fueron siempre las más difíciles é importantes—hallaron adversarios moralmente débiles, si bien su organización militar era más perfecta que la de los conquistadores. Llevaron primeramente á Siria sus armas y se hallaron allí frente á ejércitos bizantinos formados por mercenarios poco dispuestos á sacrificarse por nada. Animados los árabes de una profundísima fe, dispersaron aquella tropa sin ideal, tan fácilmente como en la antigüedad un puñado de griegos, sostenidos en su em-

puje alentoso por el amor á la *ciudad*, deshizo el poderoso ejército de Gerges. La suerte de las armas arábicas hubiera sido otra si en vez de aquellos ejércitos de mercenarios se hubiesen hallado con las cohortes romanas de algunos siglos antes. Es evidente que cuando dos fuerzas morales igualmente poderosas se acometen, de los dos grupos encarnadores de ellas, el mejor organizado es el que triunfa. Los vandeanos tenían sin duda una fe muy viva, eran convencidos enérgicos, pero los soldados de la Convención tenían también muy arraigadas sus convicciones, y como estaban militarmente mejor organizados, ellos fueron los triunfadores y los importadores de su fe.

En religión, como en política, el éxito es siempre de los creyentes, nunca de los escépticos; y si hoy el porvenir parece sonreír á los socialistas, no obstante lo absurdo de sus dogmas, sólo es porque no hay más que ellos que sean realmente hombres convencidos. Las clases directoras modernas han perdido la fe en todas las cosas: no creen en nada, ni siquiera en la posibilidad de defenderse de la amenazante plaga de bárbaros que por todas partes les rodean.

Cuando después de un período más ó menos largo de tanteos, de recomposición, de deformaciones, de discusión, alguna idea ha adquirido su forma definitiva y ha penetrado en el alma de la multitud, constituye ya un dogma, es decir, una

verdad absoluta y, por ende, no se discute. Forma entonces parte integrante del caudal de creencias generales sobre que reposa la existencia de los pueblos. Su carácter universal les permite hacer un papel preponderante. Las grandes épocas de la historia, el siglo de Augusto, como el de Luis XIV, son aquellas en que las ideas, habiendo salido del período de tanteos y del de discusión, se han hecho estadizas y se han convertido en dueñas del pensamiento y de la voluntad de los hombres. Entonces son para la vida humana como faros luminosos y todo lo que ellas esclarecen con su fulgor, reviste semejante virtualidad.

Desde que ha triunfado una idea nueva imprime un sello en los nuevos elementos de la civilización; pero no produce todos sus efectos mientras no penetra en el alma de las multitudes. Desde las alturas intelectuales donde ha nacido descende la idea de capa en capa social, alterándose y modificándose incesantemente hasta que llega á revestir una forma, accesible al alma popular, que hará su triunfo definitivo y completo. Se presenta entonces concentrada en un reducido número de palabras, á veces en una sola; mas esta palabra evoca poderosas imágenes, seductoras ó terribles, pero siempre de gran sensación. Así fueron las voces *paraíso é infierno* en la Edad Media, corto número de sílabas que tuvieron el mágico poder de responder á todo y de explicarlo todo, para las almas senci-

llas. La palabra *socialismo* representa para el obrero moderno una de esas fórmulas mágicas y sintéticas capaces de dominar las almas. Ella evoca, entre las masas donde es acogida, imágenes varias, pero poderosas, no obstante sus formas rudimentarias.

Para los teorizantes franceses, la palabra «socialismo» evoca una especie de paraíso, en el cual los hombres llegados á él gozan bajo la incesante dirección del Estado, una felicidad ideal. Para los obreros alemanes, la imagen evocada se presenta bajo la forma de una humosa taberna, donde el Gobierno servirá á todo rolde grandes pirámides de chorizos (1) y de un número infinito de vasos de cerveza.

Ningún buen soñador de *choucroute* ó de igualdades se ocupó nunca de conocer el número de las cosas que habrán de repartirse ni el de las repartidas. Es una propiedad de la idea imponerse en una forma tan absoluta que ninguna objeción opuesta será escuchada.

Cuando la idea poco á poco ha llegado á transformarse en sentimiento, su triunfo queda asegurado por un largo período y será inútil todo razonamiento empleado contra ella. Sin duda con el tiempo la nueva idea sufrirá la misma suerte que aquella que vino á reemplazar. Ella envejecerá y decli-

(1) *Choucoute*.

nará; pero antes de llegar á su completo desuso, necesitará pasar por una serie de transformaciones regresivas, de deformaciones variadas que no se cumplirán sino á través de la vida de muchas generaciones. Antes de morir por completo, formará parte de las viejas ideas hereditarias, que calificamos de prejuicios y que, por ende, respetamos. La idea antigua, no siendo entonces más que una palabra, un sonido, un reflejo, posee un poder mágico que aún nos subyuga.

Así se mantiene el viejo caudal hereditario de ideas anticuadas, de opiniones, de convenciones que aceptamos devotamente y que no resistirán al más pequeño embate de la razón, si queremos discutir las. ¿Pero cuántos hombres son aptos para discutir sus propias opiniones, y cuántas de tales opiniones se mantendrían subsistentes después de someterlas al más ligero examen?

Pero es mejor no intentar este examen disolvente. Felizmente somos poco propensos á él. El espíritu crítico constituye una rara facultad superior, no obstante representar el de imitación una facultad muy extendida; la inmensa mayoría de los cerebros aceptan sin dificultad las ideas cuando las suministra la opinión y la educación las transmite.

Es así como, por herencia, educación, contagio y la opinión colectiva, los hombres de cada tiempo y cada raza han tenido un caudal de conceptos

medios que les han hecho semejantes á los unos y los otros, hasta el punto de que cuando han pasado siglos y siglos sobre la memoria de ellos, reconocemos en sus producciones artísticas, filosóficas y literarias el tiempo en que vivieron. Sin duda no se podrá decir que se copiaron los unos á los otros; pero sí que tuvieron un conjunto de modos idénticos de sentir y de pensar, que les condujo á guardar en sus producciones respectivas semejanzas fundamentales.

Es conveniente facilitar que así suceda, porque esta red de tradiciones, ideas, sentimientos, creencias y modos comunes de pensar constituye precisamente el alma de los pueblos; y ya hemos visto que ésta es tanto más sólida cuanto aquella red es más fuerte. Es ella, realmente y sólo ella, la que mantiene á las naciones en su personalidad y no podría disgregarse, sin que las naciones se disolvieran al punto. Constituye á la vez su poder y su verdadero soberano, de modo que aunque se nos aparecen con frecuencia los monarcas orientales como déspotas que no tienen más guía que su capricho, este capricho suele hallarse, por virtud de la mencionada red, encerrado en estrechos límites, siendo precisamente el mundo oriental, donde aquella red es más poderosa. Las tradiciones religiosas, tan quebrantadas entre nosotros, han conservado allí todo su imperio; y no habría un déspota en aquellas comarcas capaz de sustraerse á estas

dos soberanías, infinitamente más fuertes que lo son ellos: la tradición y la opinión.

El hombre civilizado moderno se halla en uno de esos raros períodos críticos de la historia en que habiendo perdido su predominio las ideas de donde su civilización se deriva y no habiéndose formado aún las nuevas ideas fundamentales sustitutivas de aquéllas, toda discusión es tolerada. Hay necesidad de remontarse á la contemplación de las civilizaciones antiguas, ó á como era la vida en Europa dos ó tres siglos ha, para formarse un concepto claro de la fuerza de la costumbre y la opinión colectiva y de cuánto costaba de esfuerzo y de quebrantos á cualquier atrevido innovador, atacar estas dos potestades. Los griegos, de quienes ignorantes retóricos nos afirman que tan libres fueron, estaban estrechamente sometidos al yugo de la opinión y la costumbre: todo ciudadano se hallaba, entre ellos, rodeado de un ambiente de creencias comunes absolutamente inviolables; nadie allí se hubiese resuelto á discutir las ideas recibidas del medio y comunmente seguidas, sin decidirse á la par á mostrarse como un rebelde. El mundo griego no conoció ni la libertad religiosa, ni la libertad de la vida privada, ni clase alguna de libertad. La ley ateniense no permitía que ningún ciudadano viviese apartado de las asambleas ni que dejase de celebrar en el terreno religioso ningún acontecimiento nacional. La pretendida liber-

tad del mundo antiguo sólo era la sumisión inconsciente y por lo mismo perfecta, del ciudadano, al yugo de las ideas de su ciudad. Dado el estado de guerra general en que vivían entonces las sociedades, unas respecto á otras, la sociedad cuyos miembros hubiesen poseído la libertad de pensar y de obrar, no hubiera podido subsistir ni un solo día. El período de la decadencia para los dioses, las instituciones y los dogmas, ha sobrevenido en el momento que la fe en ellos ha tolerado que se les discuta.

En las civilizaciones modernas, las antiguas ideas que servían de base á la opinión y las costumbres se hallan casi destruídas, su imperio se ha hecho sumamente débil; han entrado en el período de decadencia durante el cual las ideas antiguas pasan al estado de prejuicios; y mientras no son aquéllas reemplazadas por una idea nueva, reina en los espíritus la anarquía, gracias á la cual es tolerada dicha discusión. Escritores, pensadores y filósofos deben aprovecharse de la libertad que la laxitud de creencias de la edad presente les ofrece, porque no hallarán nunca otra igual. Acaso sea éste un tiempo de decadencia; pero es uno de esos raros momentos de la historia del mundo en que la expresión del pensamiento es libre. No durará mucho.

Con las condiciones presentes de la civilización, los pueblos europeos marchan hacia un estado so-

cial que no tolerará ni discusión ni libertad; los nuevos dogmas que van á originarse no se habrán de establecer definitivamente, sino á condición de no admitir, de ningún modo, que se les discuta y de ser tan intolerantes como aquéllos que les han precedido.

Los hombres de ahora buscan todavía las ideas que hayan de servir de base al futuro estado social, y ese es el gran riesgo para ellos, precisamente; que aquello que importa en la historia de los pueblos é influye con vigor en sus destinos, ni son las revoluciones, ni las guerras, cuya huella de ruinas se desvanece pronto, sino los cambios de las ideas fundamentales. Estos no se pueden realizar (como sucede con las ideas religiosas de que han vivido los hombres hasta hoy, durante mucho tiempo), sino porque son necesarias repetidísimas experiencias para saber si las ideas nuevas pueden adaptarse á las necesidades de la sociedad que las adopta. Su grado de utilidad no es desgraciadamente apreciable para las multitudes, sino tras largas experiencias. Sin duda no es necesario ser un gran psicólogo ni un gran economista para predecir que la aplicación de las ideas socialistas actuales conducirá á los pueblos que las adopten á un estado de abyecta decadencia y de vergonzoso despotismo; ¡pero cómo convencer á los pueblos impelidos á aceptar el nuevo evangelio, de que éste les es perjudicial!

La historia nos enseña frecuentemente cuánto han costado á la humanidad los ensayos de muchas ideas inaceptables para una época determinada; pero no es en la historia donde el hombre toma sus lecciones. Carlomagno ensayó vanamente rehacer el imperio romano; mas la idea de unidad nacional no era realizable en aquella sazón, y su obra pereció con él, como tenía que perecer más tarde la de Napoleón. Felipe II pone inútilmente á prueba su ingenio y el poderío de España (predominante en el mundo entonces), para combatir el espíritu del libre examen, que bajo el nombre de protestantismo se extendió por Europa. Todos sus esfuerzos contra la idea nueva no consiguieron más que arrojar á España en un estado de decadencia y ruina del cual no ha podido levantarse. En nuestros días las ideas quiméricas de un visionario coronado, inspiradas por la sensiblería internacional de su raza, han hecho la unión de Italia y Alemania y nos ha costado dos provincias y la paz para largo tiempo. La idea tan profundamente arraigada de que el número da la fuerza á los ejércitos ha cubierto la Europa de una especie de guardia nacional en armas y la conduce á una quiebra inevitable. Las ideas socialistas respecto al trabajo, el capital, la transformación de la propiedad privada en propiedad del Estado, etc., acabarán con los pueblos que los grandes ejércitos permanentes y las quiebras hayan dejado en pie.

El principio de las nacionalidades, tan caro, tiempo hace, á los hombres de Estado, que en él apoyan toda su política, puede citarse entre las ideas directoras de las cuales aún hay que sufrir la peligrosa influencia.

Su realización ha conducido á Europa á las guerras más desastrosas, ha puesto sobre las armas y conducirá sucesivamente á todos los Estados modernos á la ruina y la anarquía. El solo motivo aparente que se puede invocar para defender tal principio es que los países más grandes y más poblados son los más fuertes y los menos amenazados. Secretamente se piensa también que son los más fáciles de conquistar. Pero precisamente se ve que hoy los países más pequeños, como Portugal, Grecia, Suiza, Bélgica, Suecia, los minúsculos principados de los Balkanes, son los menos amenazados. La idea de la unidad ha arruinado á Italia, antes tan próspera, y por esto se halla amenazada de una revolución y de una bancarrota. El presupuesto anual de los gastos de todos los Estados italianos, que antes de la unidad italiana se elevaba sólo á 550 millones, asciende hoy á la enorme cifra de 2.000.

Pero no es dado á los hombres contener la marcha de las ideas cuando han penetrado en las almas. Es necesario en este caso que su evolución se efectúe; y tienen, con la mayor frecuencia, por defensores á los mismos que están señalados para

ser sus primeras víctimas. Ella es seguida ciegamente por los hombres como manada de carneros que siguen al guía que les conduce al matadero. Inclinémonos, pues, ante el gran poder de la idea. Cuando haya llegado á cierto período de su evolución, ni habrá razonamiento ni demostración que puedan prevalecer contra ella. Para que los pueblos puedan librarse de la esclavitud de una idea es necesario el transcurso de siglos ó el estallido de violentas revoluciones y á veces las dos cosas. La humanidad no podría contar las quimeras que sobre esto se ha forjado y de que ha sido víctima á través del tiempo de su existencia.

CAPÍTULO II

PAPEL QUE HACEN LAS CREENCIAS RELIGIOSAS EN LA EVOLUCIÓN DE LAS CIVILIZACIONES

Influencia preponderante de las ideas religiosas.—Elas han constituido siempre el elemento más importante de la vida de los pueblos.—La mayor parte de los acontecimientos históricos, así como las instituciones políticas y las sociales, se derivan de las ideas religiosas.—Con toda nueva idea religiosa siempre nace una nueva civilización.—Poder del ideal religioso.—Su influencia sobre el carácter.—El hace que todas las potencias se dirijan hacia un mismo fin.—La historia política, artística y literaria de los pueblos es hija de sus creencias —El menor cambio en las creencias de un pueblo tiene por consecuencia necesaria una serie de transformaciones en la existencia de éste.— Diferentes ejemplos.

Entre las ideas diversas que conducen á los pueblos y que son los faros de la historia, los polos de la civilización, las ideas religiosas han tenido una participación importante, y muy fundamental para que dejemos de consagrarles un capítulo á ellas solas.

Las creencias religiosas han constituido siempre el principal elemento de la vida de los pueblos, y, por lo mismo, de su historia. Los acontecimientos históricos más importantes han sido los procedentes del nacimiento y de la muerte de los dioses.

Con una idea religiosa nueva nace necesariamente una civilización nueva. Para todas las edades de la humanidad, lo mismo en los antiguos que en los modernos tiempos, las cuestiones fundamentales han sido siempre las cuestiones religiosas. Si la humanidad pudiese hacer morir á todos sus dioses, bien se podría entonces decir que tal acontecimiento era, por sus efectos, el más transcendental de cuantos anota la historia de los hombres, desde el nacimiento de la civilización primera.

Es necesario admitir, en efecto, que desde los días de la aurora de la historia, todas las instituciones políticas y sociales han sido fundadas sobre las creencias religiosas y que en la escena del mundo han representado los dioses los primeros papeles. Además del amor, que es una especie de religión personal, solamente las creencias religiosas tienen el poder de obrar de una forma rápida sobre el carácter. Las conquistas de los árabes, las Cruzadas, España bajo la Inquisición, Inglaterra durante la época puritana, Francia con su *Saint-Berthélemy*, y las guerras de la revolución, muestra hasta dónde llegan los pueblos fanatizados por sus quimeras. Ejercen una hipnotización permanente tan intensa, que toda la constitución mental es profundamente transformada. Sin duda el hombre ha creado los dioses, pero luego y en seguida se ha convertido en su siervo. No son hijos

del miedo, como Lucrecio afirma, sino de la esperanza, y he aquí por qué su influencia será eterna. Lo que los dioses han dado á los hombres y lo que sólo hasta ahora han podido darles, es un estado de ánimo importador de la dicha, cosa que ningún filósofo ha conseguido hacer.

La consecuencia, si no el fin, de todas las civilizaciones, de todas las filosofías, de todas las religiones, es engendrar ciertos estados de espíritu, y de estos estados implican unos la felicidad y otros, no. Nuestra felicidad depende poco de las circunstancias exteriores y mucho del estado de nuestra alma. Los mártires sobre sus hogueras se sentían indudablemente más felices que sobre sus lechos. El obrero, devorando con despreocupación un trozo de pan untado de manteca, puede ser infinitamente más feliz que un millonario que cuida de sus rentas.

La evolución de la civilización, desgraciadamente, ha creado en el hombre moderno una gran muchedumbre de necesidades sin darle los medios precisos para satisfacerlas y esto produce un intenso y general descontento. La civilización será la madre del progreso; pero también lo es del socialismo y la anarquía, expresiones de la desesperación de las multitudes. Comparad al europeo, siempre inquieto, febril y descontento de su suerte, con el oriental constantemente satisfecho de su destino. ¿Por qué se diferencian sino por el esta-

do de sus almas? Se ha transformado un pueblo cuando se ha transformado su manera de concebir y por tanto de pensar y de obrar. Hallar los medios capaces de hacer felices á sus hombres, he aquí lo que una sociedad debe procurar, ante todo, si no quiere dejar en breve de subsistir. Todas las sociedades que hasta aquí se han fundado han tenido por sostén un ideal capaz para subyugar las almas, y se han deshecho cuando este ideal ha dejado de producir aquel efecto.

Uno de los grandes errores de la Edad moderna es el de creer que sólo en los casos exteriores puede hallar la felicidad el alma humana. Aquélla es creada por nosotros mismos, está en nosotros y nunca fuera de nosotros. Después de haber quebrantado los ideales de los antiguos tiempos, hemos comprobado que es imposible carecer de ellos y que, so pena de desaparecer, nos es indispensable hallar el secreto de reemplazarles.

Los verdaderos bienhechores de la humanidad, aquellos que justamente merecen que los pueblos reconocidos á ellos les eleven colosales estatuas de oro, son los mágicos-poderosos creadores de ideales, que produce la humanidad algunas veces, aunque sean muy pocas. Por encima del torrente de vanas esperanzas, únicas realidades que el hombre puede conocer; por encima del engranaje rígido y glacial del mundo, ellos han hecho surgir poderosas y pacíficas quimeras que ocultan al

do de sus almas? Se ha transformado un pueblo cuando se ha transformado su manera de concebir y por tanto de pensar y de obrar. Hallar los medios capaces de hacer felices á sus hombres, he aquí lo que una sociedad debe procurar, ante todo, si no quiere dejar en breve de subsistir. Todas las sociedades que hasta aquí se han fundado han tenido por sostén un ideal capaz para subyugar las almas, y se han deshecho cuando este ideal ha dejado de producir aquel efecto.

Uno de los grandes errores de la Edad moderna es el de creer que sólo en los casos exteriores puede hallar la felicidad el alma humana. Aquélla es creada por nosotros mismos, está en nosotros y nunca fuera de nosotros. Después de haber quebrantado los ideales de los antiguos tiempos, hemos comprobado que es imposible carecer de ellos y que, so pena de desaparecer, nos es indispensable hallar el secreto de reemplazarles.

Los verdaderos bienhechores de la humanidad, aquellos que justamente merecen que los pueblos reconocidos á ellos les eleven colosales estatuas de oro, son los mágicos-poderosos creadores de ideales, que produce la humanidad algunas veces, aunque sean muy pocas. Por encima del torrente de vanas esperanzas, únicas realidades que el hombre puede conocer; por encima del engranaje rígido y glacial del mundo, ellos han hecho surgir poderosas y pacíficas quimeras que ocultan al

hombre los aspectos sombríos de su destino, y crean para él los palacios encantados del ensueño y la esperanza.

Aun considerándola exclusivamente desde el punto de vista político, se observa que la influencia de las creencias religiosas es inmensa. Lo que hace irresistible su fuerza es que constituyen el único factor que puede al momento dar á un pueblo comunidad de intereses, sentimientos y pensamientos. El espíritu religioso reemplaza así de una vez las lentas acumulaciones hereditarias necesarias para formar el alma de una nación. El pueblo subyugado por una creencia no cambia sin duda su constitución mental, pero dirige todas sus facultades hacia un solo punto: el triunfo de su creencia, y por este solo hecho, el poder de la misma viene á ser formidable. Es en las épocas de fe cuando los pueblos, rápidamente transformados, realizan los más poderosos esfuerzos, y fundan esos grandes imperios que admiran á la humanidad. Es así como algunas tribus árabes, unificadas por el pensamiento de Mahoma, conquistaron en pocos años muchas naciones, que ni tenían noticia de su existencia, y fundaron un inmenso imperio.

No es la calidad de las creencias lo que se ha de considerar, sino el grado de predominio que ejercen sobre las almas. Poco importa que el dios invocado sea Moloch ú otra divinidad más bárba-

ra. Antes al contrario, conviene á su prestigio que sea intolerante, violenta: cuanto más bárbaro, mejor. Los dioses demasiado tolerantes y dulces no despiertan en sus adoradores el concepto de su divino poder. Los sectarios del rígido Mahoma dominaron durante mucho tiempo una grandísima parte del mundo y son aún muy poderosos; los del pacífico Budha no han fundado nunca nada duradero y están ya olvidados por la historia.

El espíritu religioso ha tenido, pues, una capital influencia política en la vida de los pueblos, porque ha sido el único factor capaz de obrar rápidamente sobre su carácter. Sin duda los dioses no son inmortales, pero el espíritu religioso es eterno. Se podrá adormecer por algún tiempo, pero se reanima tan pronto como una nueva divinidad surge en el mundo de las creencias. Él dió lugar, hace un siglo, á que Francia tuviese frente á sí toda la Europa en guerra. El mundo vió una vez más lo que puede el espíritu religioso: porque fué verdaderamente una religión nueva lo que se fundó entonces y animó con su fervor á todo un pueblo. Las divinidades que acababan de surgir eran en verdad harto frágiles para durar mucho; pero si hubiesen durado largo tiempo, hubieran ejercido un imperio absoluto.

El poder de transformar las almas que poseen las religiones es sin embargo bastante efímero. Es raro que las creencias se mantengan durante un

tiempo largo en el grado ese de intensidad que transforma los caracteres enteramente. La ilusión acaba por debilitarse, el hombre hipnotizado se rebela un poco, y el viejo fondo del carácter reaparece. Aun en el momento mismo en que las creencias son todopoderosas, el carácter nacional puede ser reconocido en la forma como son tales creencias adoptadas y en las manifestaciones que las mismas provocan. Ved la misma creencia en Inglaterra, en España y en Francia: ¡qué diferencias! La Reforma no fué nunca posible en España, é Inglaterra jamás consintió ser sometida al odioso yugo de la Inquisición. En los pueblos que han adoptado la Reforma se perciben claramente los caracteres fundamentales de cada una, que no obstante el hipnotismo que producen las creencias, han conservado sus líneas generales, como son: la independencia, la energía, el hábito de razonar y el de no sufrir servilmente las imposiciones de un jefe.

La historia política, artística y literaria de los pueblos es hija de sus creencias; pero éstas, aunque modifican totalmente el carácter, son á su vez por él modificadas. El carácter de un pueblo y sus creencias son las únicas llaves de su destino. El primero es invariable en sus elementos fundamentales y es por consecuencia de esta invariabilidad por lo que la historia de cada pueblo conserva siempre cierta unidad. En cambio pue-

den variar las creencias, y por eso la historia de las naciones muestra numerosas transformaciones y trastornos.

El menor cambio en el estado de las creencias de un pueblo tiene por necesaria consecuencia toda una serie de transformaciones en su existencia. Hemos dicho en uno de los precedentes capítulos, que en Francia los hombres del siglo XVIII aparentan diferenciarse mucho de los del siglo XVII. Sin duda. Pero, ¿cuál es el origen de tal diferencia? Simplemente el hecho de haber pasado el espíritu nacional de un siglo al otro, de la teología á la ciencia, de haber opuesto la razón á la tradición, la verdad observada á la verdad revelada. Por el simple cambio de concepciones el aspecto de un siglo se ha transformado en el siguiente; y si quisiéramos indagar la serie de sus efectos, veríamos que la gran Revolución francesa, lo mismo que las consecuencias que provinieron de ella y que aún duran, sólo son la simple consecuencia de una evolución de ideas religiosas.

Y si hoy la vieja sociedad oscila desde sus cimientos y ve todas sus instituciones profundamente quebrantadas, es porque pierde á más andar las viejas creencias en que hasta ahora descansaba. Cuando las haya perdido totalmente, una nueva civilización fundada sobre una nueva fe, ocupará el lugar que antes ocuparon las creencias muertas ahora.

La historia nos enseña que los pueblos no sobreviven largo tiempo á la desaparición de sus dioses. Las civilizaciones nacidas con ellos y por ellos, les seguirán fatalmente al sepulcro. No hay nada tan destructor como el poder de los muertos.

CAPITULO III

SIGNIFICACIÓN DE LOS GRANDES HOMBRES EN LA HISTORIA DE LOS PUEBLOS

Los grandes progresos de la civilización han sido siempre realizados por una pequeña élite de espíritus superiores —Indole de su significación.— Sintetizan todos los esfuerzos de una raza.—Ejemplos suministrados por los grandes descubrimientos.—Papel político de los grandes hombres.—Encarnan el ideal dominante de su raza. Influencia de los grandes alucinados.—Los inventores de genio transforman una civilización.—Los fanáticos y los alucinados fundan la historia.

Estudiando las jerarquías y la diferenciación de las razas, hemos visto que lo que distingue principalmente á las de Europa de las de Oriente es que las primeras tienen sus respectivas élites de hombres superiores y las segundas no.

Esta pequeña falange de hombres eminentes que todo pueblo civilizado posee, y cuya supresión en cualquiera de ellos y por el transcurso de una generación nada más, sería bastante á rebajar de un modo harto considerable el nivel mental del mismo, constituye la verdadera encarnación del poder de una raza. Es á las élites á quienes se deben los progresos realizados en las ciencias, las artes, la

industria y en todas las ramas, en fin, de la civilización.

La historia demuestra que es á estos pequeños grupos de hombres escogidos á lo que debemos todos los progresos realizados. Aunque se aprovechan de los progresos, las multitudes no estiman casi á quienes se los han proporcionado, y los más grandes pensadores ó inventores han sido con suma repetición del hecho mártires de las multitudes. Sin embargo todas las generaciones, todo el pasado de una raza se condensa en estos hermosos genios que son la maravillosa floración de las razas. Ellos son las verdaderas glorias de una nación, y todos los ciudadanos, aun los más humildes, pueden enorgullecerse de ellos. No aparecen al azar y por milagro, sino representando el coronamiento de un largo pasado. Ellos sintetizan la grandeza de sus tiempos y de sus razas. Favorecer su aparición y su desenvolvimiento, es favorecer el desarrollo del progreso, del cual obtendrá beneficios toda la humanidad. La igualdad no puede existir sino en la inferioridad; ella es la ilusión obscura y pesada de los mediocres vulgares. Para que la igualdad reine en el mundo, es necesario rebajar todo lo que constituye el valor de las razas hasta el nivel de los menos elevados.

Pero si el papel de los hombres superiores es considerable en el desenvolvimiento de una civilización, no es sin embargo siempre tal como ge-

neralmente se cree. Consiste su acción, repito, en sintetizar todos los esfuerzos de una raza; sus descubrimientos son siempre el resultado de una larga serie de descubrimientos anteriores; ellos levantan un edificio con piedras que otros han tallado lentamente; los historiadores, muy simplistas por lo común, han creído poder siempre poner ante cada invención el nombre de un solo individuo y, por tanto, entre las grandes invenciones que han transformado el mundo, tales como la imprenta, el vapor, el telégrafo eléctrico, no hay una sola de la cual se pueda decir que ha sido inventada por un solo cerebro. Cuando se estudia el génesis de tales descubrimientos, siempre se ve que nacen de una larga serie de esfuerzos preparatorios realizados por diferentes personas, durante el transcurso de largo tiempo. La invención final no es más que un coronamiento. La observación hecha por Galileo de el isocronismo de una lámpara en suspensión, prepara la invención de los cronómetros de precisión, de donde habría de resultar para los navegantes la posibilidad de hallar con seguridad su ruta sobre el Océano, cuando se hubieren desviado de ella.

La pólvora de cañón ha salido del fuego griego, lentamente transformado. La máquina de vapor representa la suma de una serie de invenciones, cada una de las cuales ha exigido inmensos trabajos. Un griego de los tiempos antiguos,

aunque hubiese tenido un espíritu genial más intenso que el de Arquímedes, no hubiese podido descubrir la locomotora, para lo cual ha sido preciso que la mecánica realice progresos durante dos mil años.

Siendo en apariencia más independientes de las imposiciones del pasado los políticos que los inventores, no lo son sin embargo mucho más. Cegados por el brillante resplandor de la enaltecedora calificación de *hombres que transforman la existencia política de los pueblos*, que les dedican escritores, como Cousin y Carlyle, los hombres de Estado se han tenido por semidioses, cuya sola voluntad transforma la vida de las naciones. Pueden sin duda turbar la evolución de una sociedad, pero no les es dado cambiar su curso. El genio de un Cronwel ó de un Napoleón no podría cumplir plan semejante. Los grandes conquistadores pueden destruir por el hierro y el fuego las poblaciones, los hombres, los imperios, como un niño puede incendiar un museo lleno de tesoros de arte; pero este poder destructor no debe ilusionarnos respecto á la naturaleza de la importancia de los conquistadores. La influencia de los hombres políticos no es durable más que cuando, como César y Richelieu, saben dirigir sus esfuerzos en el sentido de las necesidades del momento; la verdadera causa de sus éxitos son generalmente bastante anteriores aun á ellos mismos. Dos ó tres

siglos antes, César no hubiese podido someter la gran República romana á la voluntad de un soberano, y á Richelieu le hubiera sido imposible realizar la unidad de la nacionalidad francesa. En política, los verdaderos grandes hombres son los que presienten las necesidades que puedan surgir, los que preven los acontecimientos que haya preparado el pasado y señalan el camino que con vista de ello se deba seguir. Podrá tal vez no seguirle nadie; pero pronto la necesidad de la evolución encarrilará en él á los pueblos, bajo la presión de los destinos cuyos genios presidan á la sazón la vida. Es así también como los grandes inventores sintetizan el resultado de un largo trabajo anterior.

No se puede ir muy lejos sin embargo en la admisión de estas analogías, entre los grandes hombres. Los inventores tienen una gran participación en la civilización futura de los pueblos, pero ninguna *inmediata* en su historia política. Los hombres superiores á quienes se deben, desde la carreta hasta el telégrafo, todos los importantes descubrimientos que son el patrimonio común de la humanidad, no han tenido nunca las cualidades necesarias para fundar una religión ó conquistar un imperio; es decir, para cambiar visiblemente la marcha normal de la historia. El pensador ve demasiado la complejidad de los problemas, para tener jamás convicciones muy profundas, y son muy pocos los fines políticos que les parecen dignos de

sus esfuerzos. Los inventores pueden modificar á la larga una civilización; los fanáticos, las inteligencias estrechas; los caracteres enérgicos y los apasionados pueden fundar religiones é imperios y soliviantar el mundo. A la voz de un Pedro el Ermitaño, millones de hombres se precipitaron contra el Oriente; las palabras de un alucinado, como Mahoma, tuvieron la fuerza necesaria para triunfar del mundo grecorromano; un monje oscuro, Lutero, puso la Europa en revolución. Los fanáticos y los alucinados crean la historia.

¿De qué se componen los libros de la historia sino de largos relatos de luchas sostenidas para crear un ideal, adorarle luego, y al fin destruirle? ¿Y ante la ciencia pura tienen esos ideales más valor que los vanos espejismos creados por la luz sobre las arenas del desierto?

Eso son los alucinados, creadores de espejismos que transforman hondamente la faz del mundo. Desde el fondo de sus tumbas encorvan el alma de las razas bajo el yugo de su pensamiento y obran sobre el carácter y el destino de los pueblos.

No neguemos la importancia de su papel en el mundo; pero téngase presente que han realizado sus respectivas acciones, porque han encarnado y expresado el ideal de su raza y de su tiempo. No se puede ser conductor de pueblos sino encarnando esas poderosas ilusiones. Moisés ha repre-

sentado para los judíos la más vigorosa encarnación del deseo común á todos ellos y sentido por la raza durante largos años, de ser emancipada de la esclavitud de los egipcios. Budha y Jesús sintieron hondamente la miseria universal de sus tiempos y encarnaron el vivo deseo de caridad y de piedad que henchía el corazón de las multitudes y le convirtieron en religión. Mahoma realiza mediante la unidad de la religión la unidad de un pueblo dividido en numerosas tribus rivales unas de otras. El genio militar de Napoleón encarna el de la gloria militar y el de la vanidad de la propaganda revolucionaria, que eran entonces la característica del pueblo que él paseó durante quince años á través de Europa, en persecución de las más locas aventuras.

Son, pues, las ideas, y por consiguiente aquellos que las encarnan y propagan, quienes dirigen el mundo. Su triunfo es seguro cuando toman su defensa los alucinados y los convencidos. Poco importa que sean verdaderas ó falsas. La historia nos prueba que han sido siempre las ideas más quiméricas las que mejor han fanatizado á los hombres y han hecho mejor papel en la vida de los pueblos. A nombre de las mayores quimeras ha sido el mundo trastornado hasta hoy; han sido destruidas civilizaciones que parecían imperecederas, y han sido fundadas otras. No es el reino de los cielos, como el Evangelio dice, el que está prome-

tido á los pobres de espíritu, sino el de la tierra, con la sola condición de que estén alucinados por la fe, que levanta las montañas. Los filósofos que se consagran durante siglos á destruir lo que las convicciones han creado mediante la fe en un día, deben inclinarse ante aquéllos. Los convencidos son parte de las fuerzas misteriosas que rigen el mundo. Ellos han determinado los acontecimientos más importantes que registra la historia.

Los convencidos han propagado numerosas ilusiones, sin duda alguna; pero es de ilusiones, á la vez poderosas, vanas y seductoras, de lo que la humanidad ha vivido y seguirá viviendo todavía. Gracias á ellas, nuestros padres han conocido la esperanza, y en su marcha heroica, persiguiendo tales sombras, sacando á la sociedad de la barbarie, nos prepararon el lugar que ocupamos en el camino del progreso. De todos los factores de desenvolvimiento de las civilizaciones, las ilusiones son acaso los más poderosos. Fué una ilusión la que hizo surgir las pirámides y durante cinco mil años erizó el suelo de Egipto de colosos de piedra. Fué una ilusión la que durante la Edad Media edificó gigantescas basílicas é impulsó al Occidente contra el Oriente por lograr la conquista de una tumba. Ha sido persiguiendo ilusiones, como se han fundado religiones que han dominado las conciencias de más de la mitad de la humanidad y como se han edificado y destruído los más vastos

imperios. No ha sido persiguiendo la verdad, sino el error, como la humanidad ha prodigado los mayores esfuerzos. Ella no puede lograr los fines quiméricos que persigue; pero persiguiéndolos es como ha realizado todos los progresos que, en verdad, no perseguía.

LIBRO V

La disociación del carácter de las razas y su decadencia.

CAPÍTULO PRIMERO

CÓMO LAS CIVILIZACIONES SE DEBILITAN Y SE EXTINGUEN

Disolución de las épocas psicológicas.—Cómo disposiciones hereditarias que han necesitado de siglos para formarse pueden perderse rápidamente.—Es necesario siempre un tiempo muy largo para que un pueblo se lleve á un alto grado de civilización y á veces muy corto para que descienda en su cultura.—El principal factor de la decadencia de un pueblo es el rebajamiento de su carácter.—El mecanismo de la disociación de las civilizaciones ha sido hasta aquí el mismo para todos los pueblos.—Síntomas de decadencia que presentan algunos pueblos latinos.—Desenvolvimiento del egoísmo.—Disminución de la iniciativa y de la voluntad.—Rebajamiento del carácter y de la moralidad.—La juventud actual.—Influencia probable del socialismo.—Sus riesgos y su fuerza.—Cómo retrotraerá las civilizaciones que se le sometan á formas de evolución del todo bárbaras.—Pueblos de los cuales el socialismo podrá triunfar.

Lo mismo que las especies anatómicas, las especies psicológicas no son eternas. Las condiciones del medio que mantienen la estabilidad de sus

caracteres no subsisten siempre. Si los medios llegan á modificarse, los elementos de constitución mental mantenidos por su influencia acaban por experimentar transformaciones regresivas que les conducen á la desaparición. Siguiendo leyes fisiológicas, aplicables á las células cerebrales y las demás del cuerpo y que se observan en todos los seres, los órganos pueden desaparecer en un tiempo muchísimo más corto del que necesitaron para formarse. Todo órgano sometido á inacción deja pronto de poder funcionar. Los ojos de los peces que viven en los lagos de las cavernas, se han atrofiado por el largo desuso, y esta atrofia ha venido al fin á ser hereditaria. No hay que considerar sino que en la corta duración de la vida individual, un órgano que ha necesitado alrededor de dos mil años para su formación se atrofia rápidamente cuando se deja de ponerle en acción.

La constitución mental de los seres no escapa á la influencia de esta ley fisiológica. La célula cerebral que no es ejercitada pierde sus propiedades activas y las disposiciones mentales, que han necesitado siglos para formarse, pueden perderse rápidamente. El valor, la iniciativa, la energía, el espíritu de empresa y otras diversas cualidades de carácter, que sólo se adquieren con una lentitud harto secular, pueden rápidamente desvanecerse cuando no hallan ocasión de manifestarse en acciones. Así se explica que un pueblo necesite un

larguísimo período para elevarse á un alto grado de cultura y le baste un poco tiempo para descender luego á la mayor decadencia.

Cuando se examinan las causas que han conducido sucesivamente á la ruina á los pueblos más poderosos de que nos habla la historia, ya se trate de los persas, ya de los romanos ó de otros, se ve que el factor fundamental de su degradación fué siempre un cambio de la constitución mental de los mismos, resultante del rebajamiento de su carácter. No hay uno que haya desaparecido por consecuencia del rebajamiento de su inteligencia.

Para todas las civilizaciones desaparecidas, el mecanismo de la disolución ha sido el mismo, hasta el punto que hay que preguntar, como lo ha hecho un poeta, si todos los libros de la historia tienen más de una sola página. Cuando un pueblo llega á alcanzar el grado de civilización y de poder necesario para estar á cubierto de los ataques de los pueblos que le rodean, es cuando comienza á disfrutar los beneficios de la paz y el bienestar que proporcionan las riquezas; las virtudes militares se pierden, los adelantos de la civilización van creando nuevas necesidades y se desarrolla considerablemente el egoísmo. No habiendo más móvil que el deseo del goce de riquezas adquiridas rápidamente, los ciudadanos abandonan la gestión de los negocios públicos al Estado oficial, y pronto pierden todas las cualidades que habían producido su

grandeza. Entonces, los pueblos vecinos del decadente, bárbaros ó semibárbaros, que tienen unas necesidades muy sencillas y pocas, y unos ideales muy vivos, é invaden al país civilizado y agotado, y forman una nueva civilización con los restos de la que han destruído. Es así como á pesar de la poderosa organización de los romanos y la de los persas, los bárbaros conquistaron á Roma y los árabes á Persia, destruyendo los dos poderosos imperios, lo cual no se debió, pues, á la falta de cualidades intelectuales de los pueblos invadidos, que bajo este aspecto se hallaban muy por encima de los invasores. Fué precisamente cuando ya Roma llevaba en sí los gérmenes de su decadencia, es decir, bajo la dominación de sus primeros emperadores, el tiempo en que produjo los más distinguidos literatos, artistas y sabios. Casi todas las obras que denuncian su grandeza pertenecieron á esta época. Pero ella había perdido este elemento fundamental, que no podrá reemplazar ningún desenvolvimiento de la inteligencia: *el carácter* (1). Los romanos de los tiempos antiguos tenían necesidades muy simples y un ideal poderoso, que era el engrandecimiento de Roma. Este ideal les domina-

(1) «El mal que sufriría entonces la sociedad romana—dice M. Fustel de Coulange—no era la corrupción de las costumbres, sino la molicie de la voluntad, y, por decirlo así, la enervación del carácter.»

ba de tal modo que cualquier ciudadano se hallaba presto á sacrificarle su familia, su vida y su fortuna. Cuando Roma era el polo del Universo, la ciudad más rica y poderosa del mundo, fué invadida por extranjeros procedentes de multitud de partes y les reconoció el derecho de ciudadanía. No queriendo sino gozar del lujo y los placeres sensuales, la Ciudad soberana ya no se interesaba en su gloria. Vino á ser una especie de gigantesco y magnífico caravanserrallo; pero ya no era Roma. Parecía bastante viviente aún, pero su alma estaba muerta desde hacía tiempo.

Causas análogas de decadencia amenazan á nuestras civilizaciones; pero hay que añadir á ellas otras, debidas á la evolución producida en los espíritus por los descubrimientos científicos modernos. La ciencia ha renovado todo nuestro caudal de ideas y ha quitado la autoridad á nuestras concepciones religiosas y sociales. Ha enseñado al hombre el mínimo papel que hace en la inmensidad del universo y la absoluta indiferencia que la Naturaleza tiene respecto á él. Ha comprendido que el concepto de «libertad» ha nacido de la ignorancia de fatales causas que le esclavizan y que, dentro del engranaje de necesidades que rigen la vida entera de los seres, la condición de éstos es la de esclavos. Ha comprobado que la Naturaleza ignora la piedad y que todos los progresos realizados por ella no lo han sido sino por medio de una selección

despiadada que amenaza sin cesar aplastar á los débiles en beneficio de los fuertes.

Todas estas concepciones frías y rígidas, tan opuestas á las anticuadas creencias de nuestros padres, han producido inquietantes conflictos en las almas y en los cerebros ordinarios han engendrado esa especie de anarquía que parece ser la característica de los hombres modernos. En la juventud artística y literaria estos mismos conflictos han provocado una especie de morbosa indiferencia, destructora de toda voluntad, una incapacidad completa para entusiasmarse por nada y un culto exclusivo de los más inmediatos y personales intereses.

Comentando esta justísima reflexión de un escritor moderno: «que el sentido de lo relativo domina el pensamiento contemporáneo», un ministro de Instrucción pública proclamó con evidente satisfacción en un discurso, «que la substitución de las ideas relativas á las abstractas, en todos los órdenes de los conocimientos humanos, es la conquista más grande realizada por la ciencia.» Esta conquista diputada nueva, es en verdad muy antigua. Hace muchos siglos que la realizó la filosofía de la India. Y en verdad que no debemos felicitarnos por lo mucho que se va extendiendo: que el verdadero peligro para la sociedad moderna está, precisamente, en que sus hombres pierden toda confianza en el valor de los principios que la sir-

ven de apoyo. No creo que haya existido una sola civilización, una sola institución, una sola creencia que haya podido subsistir apoyándose nada más que en las ideas que sólo tengan un valor relativo; y si el porvenir parece pertenecer á las ideas socialistas, que condena la razón, es justamente porque sus apóstoles hablan en nombre de verdades que proclaman absolutas. Las multitudes se inclinarán siempre ante quienes les hablen en nombre de verdades absolutas y desdeñarán á los demás. Para ser hombre de Estado es necesario comprender las ilusiones de las multitudes, abandonar las abstracciones filosóficas y penetrar así en el alma de las masas. Las cosas no cambian casi, pero las ideas de ellas pueden cambiar mucho; y sobre estas ideas es sobre lo que hay que saber obrar.

Sin duda, del mundo real no podemos conocer sino apariencias, tener simples estados de conciencia de un valor relativo nada más; pero la sociología no puede por menos que reconocer que para una sociedad determinada y en un tiempo dado de su evolución, tiene que haber condiciones de existencia, leyes morales, instituciones que tienen un valor absoluto: pues esta sociedad no podría subsistir sin ellas. Desde que su valor empieza á ser desatendido y la duda mina su base, la sociedad queda condenada á desaparecer en breve.

Las verdades que pueden ser enseñadas fogosa-

mente, caldeadas de entusiasmo, son fuertes contra toda ciencia. El nihilismo filosófico, que personas autorizadas propagan hoy entre espíritus sencillos, conduce á éstos inmediatamente á admitir la consecuencia de *la injusticia absoluta de nuestro orden social*; el absurdo de toda jerarquía les inspira odio contra todo lo existente, y ya les conduce al socialismo, ya á la anarquía. Los hombres de Estado modernos se muestran persuadidos de la influencia de las instituciones y en cambio conceden poca importancia á las ideas, no obstante enseñarles la ciencia, que las primeras son hijas de las segundas y no pueden subsistir sin su apoyo. Las ideas representan los resortes invisibles de las cosas. Es siempre para un pueblo una hora desgraciada aquella en que sus ideas tradicionales descienden á la sombría necrópolis en donde reposan los dioses muertos.

Dejando á un lado las causas para estudiar los efectos, hay que reconocer que una gran decadencia amenaza la vitalidad de la mayor parte de las naciones de Europa y especialmente de las llamadas latinas, que lo son en realidad, si no por la sangre, por la educación y las tradiciones. Ellas pierden cada día más su iniciativa, su energía, su voluntad y su aptitud para proceder. La satisfacción de las necesidades materiales, cada vez mayores, tiende á ser su aspiración única y su único ideal. La familia se disuelve y aflójanse los resor-

tes sociales. El descontento y el malestar se difunden por entre todas las clases de la sociedad. Semejante al barco que sin brújula navega al arbitrio de los vientos, el hombre moderno camina al azar en los espacios del espíritu que antes habitaban los dioses y que las ciencias han dejado desiertos. Ha perdido la fe, y á la par la esperanza. Habiendo llegado á ser con tanto exceso impresionables y volubles las multitudes, que no hay barrera que contenga su ánimo anheloso, y parecen condenadas á oscilar entre la más furiosa anarquía y el más duro despotismo. Se las puede atraer con la palabra, pero sus divinidades de un día, son pronto sacrificadas por ellas mismas. Aparentemente sostienen la libertad con ardor, pero en realidad la rechazan y piden al Estado, de continuo, que forje cadenas con que esclavizarlas. Ellas obedecen ciegamente á los más oscuros sectarios y acatan las más despóticas limitaciones. Los retóricos que creen guiar las masas y que con más frecuencia lo que hacen es seguirlas, confunden la impaciencia y la nerviosidad, que exige cambiar á cada instante de jefes, con el verdadero espíritu de independendencia, que impide soportar *algún* jefe. El Estado, sea cual fuere el régimen establecido, es la divinidad á la cual se dirigen todos los partidos. A él se reclama una reglamentación y una protección, cada vez más pesada, que envuelva los menores actos de la vida, en formalidades bizanti-

nas y tiránicas. La juventud se va mostrando rebelde á las carreras que demandan juicio, iniciativa, energía: esfuerzo personal, en una palabra. Las menores responsabilidades les espantan y se conforman con el mediocre horizonte que ofrecen los destinos asalariados por el Estado. Los comerciantes ni emprenden, ni parece que conozcan el camino de las colonias, y éstas no están pobladas sino por funcionarios del Estado (1). Las energías de la acción están reemplazadas entre los políticos por discusiones personales espantosamente bajas; en las multitudes, por entusiasmos ó cóleras de un día; en los literatos, por una especie de sentimentalismo llorón, impotente y vago, y por lánguidas

(1) De un discurso pronunciado en la Cámara de los diputados el 27 de Noviembre de 1890, por M. Etienne, subsecretario de Estado de las Colonias, copiamos los tres pasajes siguientes:

«La Cochinchina comprende 1.800.000; en este total van incluídos 1.600 franceses, de los cuales 1.200 son funcionarios; está administrada por un consejo colonial elegido por estos funcionarios; tiene un diputado, ¡y quieren ustedes que no reine la anarquía en este país!»

«...Semejante sistema produce el fenómeno que de nuestro presupuesto, reducido á 22 millones, 9 son absorbidos por los funcionarios.

«Sí; en 1877 hice por reducir el gasto correspondiente á los funcionarios y lo reduje en 3.500.000 francos. Tomé esta medida el mes de Octubre... Pues en el mes de Marzo siguiente se repusieron todos los funcionarios que yo había suprimido.»

disertaciones sobre las miserias de la vida. Un egoísmo sin límites se va desenvolviendo por todas partes. El individuo acaba por no tener otra preocupación que su propia persona. Las conciencias capitulan y la moralidad general se rebaja y se extingue gradualmente (1). El hombre pierde

(1) El rebajamiento de la moral es grave cuando se manifiesta en profesiones tales como la Magistratura y el Notariado, en las cuales la probidad es tan antigua como el valor en lo militar. En lo que concierne al Notariado, la moralidad ha descendido á un bajo nivel. Las estadísticas oficiales prueban que hay en el Notariado 43 acusados, por cada 10.000 individuos, lo cual es en Francia igual á uno por cada 10.000 habitantes. En una Exposición del guarda sellos al presidente de la República, publicado por *l'Officiel*, el 31 de Enero de 1890, encuentro el siguiente pasaje: «La inquietud en el público se acrecienta progresivamente » hasta el punto que, en 1876, uno de mis predecesores llamó la atención de los magistrados del estrado, sobre la situación del Notariado. Las destituciones y las catástrofes » notariales se reproducen con desacostumbrado carácter » de gravedad y frecuencia. La cifra de siniestros se eleva » de 31, en 1882, á 41, en 1883; á 54, en 1884; á 71, en 1886, » y el total de actos punibles cometidos por los notarios se » eleva por encima de 62 millones en el período comprendido » entre 1880 y 1886. En 1889, en fin, 103 notarios han » tenido que ser destituídos unos y obligados á ceder sus » plazas, otros.» Si junto á esto se ponen irregularidades frecuentes de nuestras más grandes empresas financieras (*Depósitos y cuentas corrientes, Panamá, etc.*), es necesario reconocer que las invectivas que lanza el socialismo sobre las clases directoras no carecen de fundamento. Los mismos síntomas de profunda desmoralización se observan

todo imperio sobre sí mismo, no sabe dominarse, y el que no sabe dominarse está condenado á ser pronto dominado por otro.

Cambiar todo esto exige un esfuerzo poderoso. Habrá que comenzar cambiando nuestra lamentable educación latina, que despoja de iniciativas y energías y extingue todo resplandor de independencia intelectual, imponiendo por ideal á la juventud estudianta el concurso antipático de estudios que no necesitan sino la acción de la memoria, y que dan por resultado colocar en primer lugar en todas las profesiones á los hombres cuyo cerebro respectivo tenga la más servil aptitud para la imitación y que, por lo mismo, son los más incapaces para desenvolver en sí grandes individualidades y para realizar estimables esfuerzos personales. «Yo procuro echar hierro en el alma de los niños» —dijo un instructor inglés á Guixot, que visitó las escuelas de la Gran Bretaña.—¿Dónde están en las naciones latinas los instructores ni los programas que traten de realizar una aspiración

desgraciadamente en todos los pueblos latinos. El escándalo de los Bancos del Estado, en Italia, del que resultó que habían irregularizado en términos asombrosos elevados políticos; la quiebra de Portugal; la miserable situación financiera de España y de Italia, y la decadencia profunda de las repúblicas latinas de América, prueban que la moralidad de ciertos pueblos ha recibido incurable herida y que el desempeño de su papel en el mundo está próximo á terminar.

semejante? El régimen militar acaso le realizará. El es, en todo caso, el educador único que lo puede realizar. Para los pueblos que se postran, una de las principales condiciones de reconstitución es la organización de un servicio militar muy duro y la amenaza constante de guerras desastrosas.

A este rebajamiento del carácter, á la incapacidad de los ciudadanos para gobernarse á sí mismos, y á su egoísta indiferencia, se debe la dificultad con que los pueblos latinos tropiezan para vivir bajo leyes liberales, tan lejos del despotismo como de la anarquía. Que sean tales leyes poco simpáticas á las multitudes, se comprende; porque para ser equitativas no son igualitarias, mientras que el cesarismo les promete, ya que no la libertad, la igualdad en la servidumbre; y que, por el contrario, las instituciones republicanas hallen las mayores dificultades para hacerse aceptar, es cosa que no se comprende sino dándose uno cuenta de lo mucho que pesan en la conducta las influencias ancestrales. ¿No es con tales instituciones con las que todas las superioridades, y las intelectuales muy singularmente, se pueden manifestar de más vigorosa manera? Se podrá decir que el único inconveniente positivo de estas instituciones para los igualitarios á ultranza, es el de permitir la formación de aristocracias intelectuales poderosas. El más opresivo de los regímenes, así para el carácter como para la inteligencia, es el cesarismo bajo

sus diversas formas. Nada más fácil para él que establecer la igualdad en la bajeza; la humildad en la servidumbre. Es el mejor adaptado á las necesidades inferiores de los pueblos en decadencia; tanto que desde que éstos se le sobreponen, renacen y se elevan. Fatal es para la vida de los pueblos la hora en que el penacho de un general cualquiera les domina y les conduce.

Actualmente experimenta una manifiesta evolución el cesarismo, que los pueblos vieron siempre brotar en las horas finales de su historia y en el anochecer de las civilizaciones. Ahora le hemos visto nacer bajo el nombre de socialismo. Esta nueva expresión del absolutismo del Estado será, de seguro, la más dura forma del cesarismo, porque siendo impersonal escapará á todos los motivos de temor que retienen á los peores tiranos.

El socialismo parece ser hoy el más grave de los peligros que amenazan á los pueblos europeos. El pondrá triste remate á una decadencia que preparan múltiples causas, y acaso marcará el fin de las civilizaciones de Occidente.

Para comprender estos peligros no hay más que considerar las enseñanzas que propaga ó bien la abnegación que inspira. El socialismo constituirá pronto la creencia nueva de esta multitud inmensa de desheredados, á los cuales las condiciones económicas de la civilización crean fatalmente una existencia demasiado dura. Será la religión nueva

que poblará los cielos vacíos. Religión que reemplazará en todas las almas que no puedan soportar la miseria sin ilusiones, los luminosos paraísos que dejaban entrever antiguamente las vidrieras de los templos. Esta gran entidad religiosa de mañana ve crecer con rapidez la masa que forman sus creyentes. Pronto tendrá sus mártires y será entonces uno de esos credos religiosos por los cuales se sublevan los pueblos, y cuyo poder sobre las almas es absoluto.

Que los dogmas del socialismo conducen á un régimen de baja servidumbre que destruirá toda iniciativa y toda independencia en los espíritus que se le sometan, es evidente sin duda, pero solo para los psicólogos conocedores de las condiciones de existencia de los hombres. Tales previsiones son inaccesibles á las multitudes. Es necesario el uso de otros argumentos para persuadir las, y estos argumentos no han sido nunca extraídos del campo de la razón.

Que los dogmas nuevos que nosotros vemos nacer son opuestos al más elemental buen sentido, es cosa evidente también; pero los dogmas religiosos que han conducido por el camino de la vida durante siglos á nuestro mismo pueblo, ¿no eran falsos también, y sin embargo doblegaron á su imperio las más privilegiadas inteligencias? En cuestiones de creencias el hombre no atiende sino á sus propios sentimientos; forman un oscuro y poderoso

dominio en el cual la razón no tiene jamás entrada.

Pues bien, por el solo efecto de la constitución mental que un largo pasado les ha formado á los pueblos de Europa, éstos quieren sujetarse á sufrir el temible desenvolvimiento del socialismo entre ellos, que marcará una de las últimas etapas de la decadencia europea, revestirá á la civilización de formas inferiores de evolución y hará fácil las invasiones destructoras que nos amenazan.

Fuera de Rusia, cuyas poblaciones son, desde el punto de vista psicológico, más asiáticas que europeas, no hay en nuestro continente más nación que Inglaterra que posea una energía grande, creencias firmes y un carácter independiente, para defenderse aún durante algún tiempo de la nueva religión que vemos desarrollarse. La Alemania moderna, no obstante su cacareada prosperidad, será la primera víctima sin duda, á juzgar por hechos de diversa índole que se observan en ella. El socialismo que la arruinará, estará revestido de fórmulas científicas rígidas, buenas todo lo más para una sociedad ideal que la humanidad no producirá nunca; pero el último hijo de la *Razón pura* será más intolerante y más resistente que todos sus antecesores. Ningún pueblo se halla tan bien preparado como Alemania, para ser esquilmado por el socialismo, porque ninguno ha perdido tanto la inicia-

tiva, la independencia y la aptitud para gobernarse á sí mismo (1).

Cuanto á Rusia, considérese que ha salido hace muy poco y de modo incompleto aún, del régimen del *mir*; es decir, del más primitivo y perfecto modo de socialismo, para soñar ahora en el retorno á esta etapa inferior de evolución. Esta nación tiene otros destinos. Acaso de ella salgan algún día las formidables hordas de bárbaros llamadas á destruir las civilizaciones de Occidente, de las cuales habrán preparado el fin las luchas económicas y el socialismo.

Pero todavía no ha llegado tan triste hora, de la que nos separan aún algunas etapas. El socialismo será un régimen muy opresivo para poder durar. El hará reaparecer la edad de Tiverio y de

(1) Los más eminentes escritores alemanes se hallan muy de acuerdo sobre este punto. En un libro reciente sobre la *Cuestión social*, M. T. Ziegler, profesor de la Universidad de Estrasburgo, se expresa de la manera siguiente:

«Si el *Self-help* es la tendencia dominante en Inglaterra, el recurrir al Estado es la característica de Alemania. Nosotros constituimos un pueblo sujeto á tutela desde hace siglos. Además, durante los últimos veinte años, la férrea mano de Bismark, para asegurarnos la independencia, nos ha hecho perder el sentimiento de la responsabilidad y de la iniciativa. Por esto en los casos difíciles y, aun en los fáciles, nosotros apelamos á la ayuda y á la policía del Estado, y por eso lo abandonamos todo á su iniciativa »

Calígula, y la sobrepujarán. Se suele preguntar cómo los romanos del tiempo de los emperadores soportaban fácilmente las ferocidades asombrosas de aquellos déspotas... Pues porque habían pasado por el camino agostador de luchas sociales, guerras civiles y proscripciones; habían perdido su carácter y llegaron á considerar tales tiranías como su último recurso de vida; las sobrellevaban apaciblemente, porque no sabían con qué sustituirlas y no las sustituyeron, y bajo ellas llegaron á la desplomación y ruina final bajo el pie de los bárbaros, que acaba con un mundo y comienza otro nuevo. ¡Que la historia da siempre vueltas en un mismo círculo!

CAPÍTULO II

CONCLUSIONES

Hemos manifestado en la *Introducción* de esta obra, que no es más que un corto resumen, una especie de síntesis de los volúmenes que hemos publicado sobre la historia de la civilización. Cada uno de los capítulos que le componen debe ser considerado como la conclusión de algunos trabajos anteriores. Es difícil condensar ideas, ya bastante condensadas. Sin embargo, para economizar tiempo á mis lectores, procuraré presentar en forma de proposiciones breves los principales fundamentos que representan la filosofía de esta obra.

—Una raza posee caracteres psicológicos más permanentes que sus caracteres físicos. Como la especie anatómica, la especie psicológica no se transforma sino por acumulaciones operadas durante varias edades.

—A los caracteres psicológicos fijos y hereditarios, cuya asociación forma la constitución mental de una raza, se añaden, como en todas las especies anatómicas, elementos accesorios, creados por diversas modificaciones de los medios. Renován-

dose sin cesar dan lugar á que en las razas se produzca una variabilidad aparente muy extensa.

—La constitución mental de una raza no sólo representa la síntesis de los seres vivientes que la componen, sino más aún: la de los antepasados que han contribuído á formarla. No son, pues, los vivos sino los muertos quienes hacen papel principal en la existencia de los pueblos. Son los creadores de su moral y de los móviles inconscientes de su conducta.

—Las grandes diferencias anatómicas que separan las razas humanas van acompañadas de otras psicológicas no menos considerables. Cuando sólo se comparan los términos medios de las razas unos con otros, las diferencias mentales encontradas serán poco importantes; pero vendrán á ser inmensas cuando se haga caer la comparación sobre los elementos más elevados de aquéllas. Entonces se comprueba que lo que diferencia sobre todo á las razas superiores de las inferiores es que las primeras tienen cierto número de hombres de cerebro muy desenvuelto, mientras las segundas no.

—Los individuos que componen las razas inferiores presentan entre ellos una igualdad manifiesta. A medida que las razas se elevan en la escala de la civilización, sus individuos tienden á diferenciarse más y más. El efecto inevitable de la civilización es diferenciar á los individuos y las razas.

No es, pues, hacia la igualdad adonde marchan los pueblos, sino á una desigualdad creciente.

—La vida de un pueblo y todas las manifestaciones de su civilización, solamente son los simples reflejos de su alma, los signos visibles de *algo* invisible, pero muy real. Los acontecimientos exteriores no son sino la superficie aparente de la trama oculta que les determina.

—No son los accidentes, ni las circunstancias exteriores, ni, sobre todo, las instituciones políticas los que tienen una participación fundamental en la historia de un pueblo. Es más que nada su carácter el creador de sus destinos.

—Los diversos elementos de la civilización de cada pueblo no son sino los signos exteriores de su constitución mental, la expresión de ciertos modos de sentir y de pensar especiales de cada uno de ellos, y que no se podrán cambiar sin que los pueblos muden antes de constitución mental. Sólo se les pueden transmitir formas exteriores, superficiales y sin importancia.

—Las diferencias profundas que haya entre las sendas constituciones mentales de dos pueblos tienen por consecuencia que cada uno de ellos perciba el mundo exterior de formas muy desemejantes, dando esto por resultado que sientan, razonen y ejecuten de formas diferentes y se hallen por tanto en situación de recíproco disenso en todas cuestiones en cuya consideración concurran.

La mayor parte de las guerras que menciona la historia nacieron de este orden de disencimientos. Guerras de conquista, guerras de religión, guerras de dinastía, en realidad han sido siempre guerras de raza.

—Una aglomeración de hombres de orígenes diferentes no llega á formar una raza, es decir, á poseer un alma colectiva, más que cuando por cruzamientos repetidos durante siglos y una existencia semejantes, bajo medios idénticos se producen sentimientos, creencias é intereses comunes.

—Entre los pueblos civilizados no hay casi razas naturales, sino razas artificiales, creadas por condiciones históricas.

—Los cambios de medios no obran hondamente sobre las razas nuevas, es decir, sobre las mezclas de antiguas razas cuyos cruzamientos han desasociado los caracteres ancestrales. Sólo la herencia es poderosa para luchar con la herencia. Sobre las razas en que los cruzamientos no han llegado á destruir la fijeza, los caracteres, los cambios de medio no producen sino una acción destructora. Una raza antigua perece antes que sufrir las transformaciones que exige la adaptación á nuevos medios.

—La adquisición de un alma colectiva sólidamente constituida marca para un pueblo el apogeo de su grandeza. La disociación de tal alma señala el momento de su decadencia. La intervención de elementos extranjeros constituye uno de los

medios más seguros de llegar á dicha disociación.

—Las especies psicológicas experimentan, como las anatómicas, los efectos del tiempo. Están condenadas igualmente á envejecer y extinguirse. Son muy lentas para formarse y pueden en cambio desaparecer con rapidez. Basta turbar profundamente el funcionamiento de sus órganos, para hacerla sufrir transformaciones regresivas cuya consecuencia es una rápida destrucción. Los pueblos se esfuerzan durante muchos siglos para adquirir una constitución mental y la pierden á veces en un tiempo muy corto. El camino ascendente que les conduce á un alto grado de civilización es siempre muy largo; la pendiente que les lleva á la decadencia es con frecuencia muy breve.

—Al lado del carácter se deben colocar las ideas como uno de los factores principales de la evolución de las civilizaciones. No obran sino cuando después de una lentísima evolución se han transformado en sentimientos y, por tanto, han venido á formar parte del carácter. Entonces resisten á la fuerza de todo razonamiento y son firmes y tenaces para desaparecer durante larguísimo tiempo. Toda civilización se deriva de un reducido número de ideas fundamentales, universalmente aceptadas.

—Entre las ideas directoras más importantes de una civilización están las ideas religiosas. De la

variación de las ideas religiosas han brotado la mayor parte de los acontecimientos históricos. La historia de la Humanidad ha marchado siempre paralelamente con la de sus dioses. Estos hijos de nuestra ilusión tienen sobre nosotros tal poder que ni su nombre se puede cambiar sin que en el mundo se produzcan grandes cataclismos. El nacimiento de dioses nuevos ha marcado siempre la hora de la aparición de una civilización nueva, y la desaparición de los dioses, la hora de la decadencia de la civilización á su calor nacida.

TABLA DE MATERIAS

INTRODUCCIÓN.—*Las ideas igualitarias modernas y las bases psicológicas de la historia* 1

Nacimiento y desenvolvimiento de la idea igualitaria.—Consecuencias que ha producido.—Lo que ha costado su aplicación.—Su actual influencia sobre las multitudes.—Problemas que se abordan en esta obra.—Factores principales de la evolución general de los pueblos.—¿Se deriva esta evolución de las instituciones?—Elementos de cada civilización: instituciones, artes, creencias, etc., ¿no tienen ciertos fundamentos psicológicos en cada pueblo?—Los accidentes de la historia y las leyes permanentes. 1

LIBRO PRIMERO

Los caracteres psicológicos de las razas.

CAPÍTULO PRIMERO.—*El alma de las razas* 9

Cómo clasifican los naturalistas las especies.—Aplicaciones de sus métodos al hombre.—Aspecto defectuoso de

las clasificaciones actuales de las razas humanas.—Fundamento de una clasificación psicológica.—Los tipos medios de las razas.—Cómo mediante la observación se les puede reconstituir.—Factores psicológicos que determinan los tipos medios de las razas.—La influencia de los antepasados y las de los inmediatos parientes.—Fondo psicológico común que poseen todos los individuos de una raza.—Inmensa influencia ejercida por las generaciones pasadas sobre las presentes.—Razón matemática de tal influencia.—Cómo el alma colectiva se ha extendido de la familia á la villa, de ésta á la ciudad y de la ciudad á la provincia.—Ventajas é inconvenientes de la concepción de la ciudad.—Circunstancias en las cuales la formación del alma colectiva es imposible.—Ejemplo de Italia.—Cómo las razas naturales han dado lugar á las históricas..... 9

CAPÍTULO II.—*Limite de variabilidad del carácter de las razas*..... 23

La variabilidad del carácter de las razas y no su estabilidad, constituye su apariencia.—Razón de esta apariencia.—Invariabilidad de los caracteres fundamentales y variabilidad de los secundarios.—Asimilación de los caracteres psicológicos á los irreductibles y á los modificables de ciertas especies animales.—El medio, las circunstancias y la educación influyen solamente sobre los caracteres psicológicos accesorios.—Las posibilidades del carácter.—Ejemplos suministrados por diversas épocas de la historia.—Los hombres de *el Terror*.—Lo que hubieran sido en otras épocas.—Cómo á pesar de la Revolución persisten los caracteres nacionales.—Ejemplos diversos.—Conclusión..... 23

CAPÍTULO III.—*Jerarquía psicológica de las razas*... .. 31

La clasificación psicológica descansa, lo mismo que la anatómica, en un reducido número de caracteres irreductibles y fundamentales.—Clasificación psicológica de las razas humanas.—Las razas primitivas.—Las razas inferiores.—Las razas medias.—Las razas superiores.—Elementos psicológicos de los cuales el conjunto permite hacer esta clasificación de las razas.—Elementos que tienen mayor importancia.—El carácter.—La moralidad. Las cualidades intelectuales son modificables por la educación.—Las cualidades del carácter son irreductibles y constituyen el elemento invariable de cada pueblo. Su papel en la historia.—Por qué las razas diferentes no pueden comprenderse entre sí ni influirse.—Razón de la imposibilidad que existe para que un pueblo acepte la civilización de otro pueblo superior á él 31

CAPÍTULO IV.—*Diferenciación progresiva de los individuos y de las razas* 43

La desigualdad entre los individuos de una misma raza es tanto mayor cuanto más elevada sea la raza.—Igualdad mental de todos los individuos de las razas inferiores. No son las capas medias de los pueblos, sino las superiores las que hay que comparar á fin de apreciar las diferencias que separan á las razas unas de otras.—Los progresos de la civilización propenden á ahondar las diferencias entre los individuos y las razas.—Consecuencias de esta diferenciación.—Razón psicológica que la impide de llegar á ser demasiado considerable.—Los diversos individuos de las razas superiores son muy diferentes desde el punto de vista de la inteligencia y muy poco respecto del carácter.—De cómo la herencia tiende á retraer la superioridad al tipo medio de la raza.—Observaciones anatómicas que confirman las diferenciaciones

nes psicológicas progresivas de las razas, los individuos y los sexos.....	43
CAPÍTULO V.— <i>Formación de las razas históricas</i>	53
Cómo se forman las razas históricas.—Condiciones bajo las cuales, razas diversas se fusionan para formar una raza sola.—Influencia del número de los individuos concurrentes, de la desigualdad de sus caracteres, de los medios, etc.—Resultados de los cruzamientos.—Razón de la gran inferioridad de los mestizos.—Movilidad de los caracteres psicológicos nuevos creados por los cruzamientos.—Cómo llegan estos caracteres á ser permanentes.—Los períodos críticos de la historia.—Los cruzamientos constituyen un factor esencial de formación de razas nuevas y á la par un factor poderoso de disolución de civilizaciones.—Importancia del régimen de castas. Influencia de los medios.—No pueden influir más que sobre las razas nuevas en vía de formación, en las cuales los cruzamientos han desasociado los caracteres hereditarios.—Los medios no influyen nada en las razas antiguas.—Varios ejemplares.—La mayor parte de las razas históricas actuales de Europa se hallan en vías de formación.—Consecuencias políticas y sociales.—Por qué el período de formación de las razas históricas habrá pasado pronto.....	53

LIBRO II

Cómo se manifiestan los caracteres psicológicos de las razas en los diversos elementos de su respectiva civilización.

CAPÍTULO PRIMERO.—*Los diversos elementos de una civiliza-*

<i>ción como manifestación exterior del alma de un pueblo</i>	63
---	----

Los elementos de que toda civilización se compone son las manifestaciones exteriores del alma de los pueblos que les han creado.—La importancia de estos elementos varía de un pueblo á otro.—Las artes, la literatura, las instituciones, etc., desempeñan en la marcha de los pueblos el papel fundamental.—Ejemplos ofrecidos en la antigüedad por Egipto, Grecia y Roma.—Los diversos elementos de una civilización pueden tener una evolución independiente de la marcha general de la civilización.—Ejemplos que suministran las artes.—Lo que éstas representan.—Imposibilidad de hallar en un solo elemento de una civilización el nivel de esta civilización.—Elementos que aseguran á un pueblo la superioridad.—Elementos filosóficamente muy inferiores, pueden ser muy superiores socialmente considerados..... 63

CAPÍTULO II.— <i>Cómo se transforman las instituciones, las religiones y las lenguas</i>	79
--	----

Las razas superiores no pueden, como no pueden tampoco las inferiores, transformar bruscamente su civilización. Contradicciones presentadas por los pueblos que han cambiado sus religiones, sus idiomas y sus artes.—El caso del Japón.—En que tales cambios no son sino aparentes.—Transformaciones profundas operadas en el budismo, el brahmanismo, el islamismo y el cristianismo á través de las razas que les han adoptado.—Variaciones que experimentan las instituciones y las lenguas, según las razas que las adoptan.—Cómo las palabras consideradas correspondientes entre sí de una á otra lengua, representan asimismo ideas y modos de pensar muy desemejantes.—Imposibilidad, por esta razón, de traducir ciertas lenguas —Por qué en los libros de histo-

ria la civilización parece á veces sufrir cambios profundos.—Límites de la influencia recíproca de diversas civilizaciones	79
CAPÍTULO III.—<i>Cómo se transforman las artes</i>.....	97
Aplicación de los principios precedentemente expuestos al estudio de la evolución de las artes en los pueblos orientales.—El Egipto.—Ideas religiosas de donde sus artes se derivan.—Lo que cambian sus artes, transportadas á razas diferentes: etiópica, griegos, persas.—Inferioridad primitiva del arte griego.—Lentitud de su evolución.—Adopción y evolución en Persia del arte griego, del arte egipcio y del arte asirio.—Transformaciones experimentadas por las artes dependientes de la raza, y nunca de las creencias religiosas.—Ejemplos que suministran las grandes transformaciones experimentadas por el arte árabe, según las razas que han adoptado el islamismo.—Aplicación de nuestros principios á la indagación de los orígenes y de la evolución de las artes de la India.—La India y la Grecia han tenido las mismas fuentes, pero á causa de la diferencia de razas que hay entre ellas han llegado sus artes á no parecerse.—Transformaciones inmensas que la arquitectura ha experimentado en la India, según las múltiples razas y no obstante la semejanza de creencias que hay entre ellas.....	97

LIBRO III

La historia de los pueblos como consecuencia de su carácter.

CAPÍTULO PRIMERO.—<i>Cómo las instituciones se derivan del alma de los pueblos</i>	121
---	------------

La historia de todo pueblo se deriva siempre de su constitución mental.—Ejemplos diversos.—Cómo las instituciones políticas de Francia se derivan siempre del alma de la raza.—Su invariabilidad real bajo su variabilidad aparente.—Nuestros partidos políticos más diferentes persiguen, bajo nombres diversos, idénticos fines.—Su ideal es siempre la centralización y la muerte de la iniciativa individual, en provecho del Estado.—Cómo la Revolución francesa no ha hecho más que ejecutar el programa de la antigua Monarquía.—Oposición del ideal de la raza anglosajona al de la raza latina.—La iniciativa del ciudadano sustituye á la del Estado.—Las instituciones de los pueblos se derivan siempre de su carácter 121

CAPÍTULO II.—*Explicación de los principios precedentes al estudio comparado de la evolución de los Estados Unidos de América y de las repúblicas hispanoamericanas* 129

El carácter inglés.—Cómo se ha formado el alma americana.—Duración de la selección creada por las condiciones de existencia.—Desaparición forzosa de los elementos inferiores.—Los negros y los chinos.—Razón de la prosperidad de los Estados Unidos y de la decadencia de las repúblicas hispanoamericanas, no obstante ser las instituciones de aquéllos y éstas iguales.—La anarquía forzosa de las repúblicas hispanoamericanas, como consecuencia de la inferioridad de los caracteres de la raza. 129

CAPÍTULO III.—*Cómo la alteración del alma de las razas modifica la evolución histórica de los pueblos*. 143

La influencia de elementos extranjeros transforma necesariamente el alma de una raza y por tanto su civili-

zación.—Ejemplo de los romanos.—La civilización romana no fué destruída por las invasiones militares, sino por las invasiones pacíficas de los bárbaros.—Los bárbaros nunca pensaron destruir la civilización romana.—Sus invasiones no tuvieron el carácter de conquistas.—Los primeros jefes francos se consideraron siempre como funcionarios al servicio del imperio romano.—Ellos respetaron siempre la civilización romana y no pensaron sino en continuarla.—Hasta el siglo VII los jefes bárbaros de las Galias no dejaron de considerar á los emperadores de Roma como sus soberanos.—La transformación completa de la civilización romana no fué el efecto de una destrucción, sino la adopción de una civilización antigua por una raza nueva.—Las invasiones modernas en los Estados Unidos.—Luchas civiles y separación en Estados independientes y rivales que se preparan.—Las invasiones de los extranjeros en Francia y sus consecuencias 143

LIBRO IV

Cómo se modifican los caracteres psicológicos de las razas.

CAPÍTULO PRIMERO.—*Importancia de las ideas en la vida de los pueblos...* 155

Las ideas directivas de cada civilización son siempre muy reducidas en número.—Lentitud extrema de su nacimiento y de su desaparición.—Las ideas no obran sobre la conducta sino después de ser transformadas en senti-

mientos.—Entonces forman parte del carácter.—Gracias á la lentitud de la evolución de las ideas, las civilizaciones tienen cierta estabilidad.—Cómo se establecen las ideas.—La acción del razonamiento es nula.—Influencia de la afirmación y del prestigio.—Papel que representan los convencidos y los apóstoles.—Deformación que experimentan las ideas cuando descienden á las multitudes. La idea universalmente admitida obra al punto sobre todos los elementos de la civilización.—Es por efecto de la comunidad de ideas por lo que los hombres de un mismo tiempo tienen una suma de concepciones medias que les hacen muy semejantes en sus pensamientos y en sus obras.—El yugo de la costumbre y de la opinión.—No disminuye su influencia sino en aquellas edades críticas de la historia en que las viejas ideas han perdido su influencia y aún no han sido reemplazadas por otras.—Sólo en estas edades críticas puede tolerarse la discusión de las opiniones.—Los dogmas no se mantienen sino bajo la condición de no ser discutidos.—Los pueblos no pueden cambiar sus ideas y sus dogmas sin verse al mismo tiempo obligados á cambiar de civilización. 155

CAPÍTULO II.—*Papel que hacen las creencias religiosas en la evolución de las civilizaciones*..... 177

Influencia preponderante de las ideas religiosas.—Ellas han constituido siempre el elemento más importante de la vida de los pueblos.—La mayor parte de los acontecimientos históricos, así como las instituciones políticas y las sociales, se derivan de las ideas religiosas.—Con toda nueva idea religiosa siempre nace una nueva civilización.—Poder del ideal religioso.—Su influencia sobre el carácter.—El hace que todas las potencias se dirijan hacia un mismo fin.—La historia política, artística y literaria de los pueblos es hija de sus creencias.—El menor

cambio en las creencias de un pueblo tiene por consecuencia necesaria una serie de transformaciones en la existencia de éste.—Diferentes ejemplos.,..... 177

CAPÍTULO III.—*Significación de los grandes hombres en la historia de los pueblos.*.... 187

Los grandes progresos de la civilización han sido siempre realizados por una pequeña élite de espíritus superiores —Indole de su significación.—Sintetizan todos los esfuerzos de una raza.—Ejemplos suministrados por los grandes descubrimientos.—Papel político de los grandes hombres.—Encarnan el ideal dominante de su raza. Influencia de los grandes alucinados.—Los inventores de genio transforman una civilización.—Los fanáticos y los alucinados fundan la historia..... 187

LIBRO V

La disolución del carácter de las razas y de su decadencia.

CAPÍTULO PRIMERO.—*Cómo las civilizaciones se debilitan y se extinguen*..... 197

Disolución de las épocas psicológicas.—Cómo disposiciones hereditarias que han necesitado de siglos para formarse pueden perderse rápidamente.—Es necesario siempre un tiempo muy largo para que un pueblo se lleve á un alto grado de civilización y á veces muy corto para que descienda en su cultura.—El principal factor de la decadencia de un pueblo es el rebajamiento de su carácter.—El mecanismo de la disociación de las civilizaciones ha sido hasta aquí el mismo para todos los

pueblos.—Síntomas de decadencia que presentan algunos pueblos latinos.—Desenvolvimiento del egoismo.—Disminución de la iniciativa y de la voluntad.—Rebajamiento del carácter y de la moralidad.—La juventud actual.—Influencia probable del socialismo.—Sus riesgos y su fuerza.—Cómo retrotraerá las civilizaciones que se le sometan á formas de evolución del todo bárbaras.—Pueblos de los cuales el socialismo podrá triunfar. 198

Biblioteca Científico-Filosófica

TOMOS DE TAMAÑO 19 x 12

- Altamira.**—Cuestiones modernas de Historia, 3 pesetas
Arreat.—La moral en el drama, en la epopeya y en la novela, 2'50.
Baldwin.—Historia del alma, 4.
Binet.—Introducción a la Psicología experimental, 2ª edición, 2'50.
 Psicología del razonamiento, 2'50.
 El fetichismo en el amor, 3.
Boissier.—Paseos arqueológicos — Roma y Pompeya, 4.
 El fin del paganismo, 2 tomos, 7.
Bray.—Lo bello, 3'50.
Bunge.—Principios de Psicología individual y social, 2'50.
 La Educación —Evolución de la Educación, 2'50.
 La Educación —La Educación contemporánea, 1.
 La Educación —Educación de los degenerados.—Teoría de la Educación, 2'50.
Bureau.—El contrato colectivo del trabajo, 4.
Cosentini.—Sociología genética, 2'50.
Coulanges.—La ciudad antigua, 4.
Cullerre.—Fronteras de la locura, 3'50.
Davidson.—Una historia de la educación, 3'50.
Delbœuf.—El dormir y el soñar, 3.
Féré.—Sensación y movimiento, 2'50.
 Degeneración y criminalidad, 2'50.
Ferrero.—Grandeza y decadencia de Roma. I. La Conquista, 3'50. II. Julio César, 3'50. III. El fin de una aristocracia, 3'50. IV. Antonio y Cleopatra, 3'50. V. La República de Augusto, 3'50. VI. Augusto y el Grande Imperio, 3'50.
Ferrière.—Los mitos de la Biblia, 4.
 Errores científicos de la Biblia, 1.
 La materia y la energía, 3'50.
 La vida y el alma, 4.
 La causa primera, según los datos experimentales, 3'50.
 El alma es la función del cerebro, 2 tomos, 7.
Fleury.—El cuerpo y el alma del niño, 3.
 Nuestros hijos en el colegio, 3.
Fouillée.—La moral, el arte y la religión, según Guyau, 4.
Gauckler.—Lo bello y su historia, 2'50.
Gow y Reinach.—Minerva, 4.
Grasserie.—Psicología de las religiones, 4.
Greenwood.—Elementos de Pedagogía práctica, 2'50.
Guignebert.—Historia antigua del Cristianismo, 4.
Guyau. Génesis de la idea de tiempo, 2'50.
 Problemas de estética contemporánea, 4.
Harn.—Kokoro, 3'50.
Hennequin.—La crítica científica, 2'50.
Lot.—Los orígenes del socialismo contemporáneo, 2'50.

- Kant, Pestalozzi y Goethe.**—Sobre Educación, 2'50.
Kergomard.—La educación maternal. Dos tomos, 7.
Le Bon.—Psicología de las multitudes, 2'50.
 Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos, 2'50.
Le Dantec.—Elementos de Filosofía biológica, 3'50.
Levéque.—El espiritualismo en el Arte, 2'50.
Lichtenberger.—La Filosofía de Nietzsche, 2'50.
Lhotzky.—El alma de tu hijo, 2'50.
Mauthner.—Contribuciones a una crítica del lenguaje, 3'50.
Max Nordau.—Psicofisiología del Genio y del Talento, 2'50.
Mercante.—La Vichitromia, 2'50.
Mercier.—La Filosofía en el siglo XIX, 2'50.
Moreau de Jonnés.—Los tiempos mitológicos, 3'50.
Münsterberg.—La Psicología y el maestro, 3'50.
Nitobé.—Bushido. Alma del Japón, 2'50.
Payot.—La Ciencia, 2'50.
Painter.—Historia de la Pedagogía, 3'50.
Posada.—Política y enseñanza, 2'50.
 Teorías Políticas, 2'50.
Ribot.—Enfermedades de la voluntad, 2ª edición, 2'50.
 Las enfermedades de la memoria, 2'50.
 Enfermedades de la personalidad, 2'50.
 La psicología de la atención, 2'50.
 La evolución de las ideas generales, 3.
 La lógica de los sentimientos, 2'50.
 Ensayo sobre las pasiones, 2'50.
Ruskin.—Muncia Pulveris (sobre Economía Política), 2'50.
 Sésamo y azucenas, 2'50.
 La Biblia de Amiens, 2'50.
Senet.—Las estoglosias, 2'50.
Sollier.—El problema de la memoria, 3'50.
Spir.—La norma mental, 2'50.
Taine.—La inteligencia. Dos tomos, 9.
Tardieu.—El aburrimiento, 4.
Thomas.—La educación de los sentimientos, 4.
Tissié.—Los sueños, 3.
 La fatiga y el adiestramiento físico, 4.
Varigny.—La naturaleza y la vida, 4.
Wagner.—Juventud, 3'50.
 La vida sencilla, 2'50.
 Junto al hogar, 3.
 Para los pequeños y para los mayores, 4.
 Valor, 2'50.
 A través de las cosas y de los hombres, 2'50.
 Sonriendo, 2'50.
Wegener.—Nosotros los jóvenes, 2'50.
- TOMOS DE TAMAÑO 23 x 15
- Baldwin.**—Interpretaciones sociales y éticas del desenvolvimiento mental, 8 pesetas.

- Bourdeau** —El problema de la vida, 5.
Bourdeau —El problema de la muerte, 5.
Carlyle —Folletos de última hora, 6.
Compayré —La evolución intelectual y moral del niño, 7.
Crepieu-Jamin (J) —La escritura y el carácter, 7.
Fouillée —Bosquejo psicológico de los pueblos europeos, 10.
 Temperamento y carácter, 5.
Guido Villa —Idealismo moderno, 5.
 La psicología contemporánea, 10.
Guyau —El arte desde el punto de vista sociológico, 7.
 La religión del porvenir, 7.
 La Moral de Epicuro, 5.
Hegel —Filosofía del Espíritu, 2 tomos, 9.
 Estética, dos tomos, 15.
Hoffding —Bosquejo de una Psicología, basada en la experiencia, 8.
 Historia de la Filosofía moderna Dos tomos, 18.
 Filosofía de la Religión, 6.
 Los Filósofos contemporáneos, 5.
James (W) —Principios de Psicología. Dos tomos, 20.
Janet —Historia de la Ciencia Política, dos tomos, 15.
Lange —Historia del materialismo. Dos tomos, 16.
Lanessan —El Transformismo, 5.
Lapie —Lógica de la voluntad, 5.
Le Dantec —Teoría nueva de la vida, 5.
La Bon (Gustavo) —Psicología del socialismo, 7.
Lefèvre —Las lenguas y las razas, 5.
Loliée —Historia de las literaturas comparadas, 6.
Nordau —Degeneración. Dos tomos, 12.
 El sentido de la Historia, 6.
Payot —La educación de la voluntad, 4.
Pearson —La Gramática de la Ciencia, 8.
Posada —Principios de Sociología, 8.
Preyer —El alma del niño, 8.
Reinach —Orfeo Historia general de las religiones, 7.
Ribot —La herencia psicológica, 7.
 La psicología de los sentimientos, 8.
 Ensayo de la imaginación creadora, 6.
Romanes —La evolución mental en el hombre, 7.
Spencer —Ensayos científicos, 5.
Tarde —Las leyes de la imitación, 7.
Tocqueville —La democracia en América, 2 tomos, 14.
 El antiguo régimen y la revolución, 5.
Wundt —Introducción al estudio de la Filosofía, dos tomos, 10.
Xénopol —Teoría de la Historia, 7.

OBRAS DE FONDO

- Barcia** —Sinónimos castellanos, 8 ptas.
Becerro de Bengoa —La enseñanza en el siglo xx. Un tomo en 8.º mayor, ilustrado con 44 grabados y cuatro fotografías fuera del texto, 5 pesetas.
Bergson —Materia y memoria (Tamaño, 19 x 12), 3,50 pesetas.
Corradi (D. Fernando) —Lecciones de oratoria. En 4.º, 3 pesetas.
Fillis (James) —Principios de doma y de equitación (con 70 grabados y fotografías). Versión española de don Arturo Ballenilla y Espinal (Esta obra está editada en francés, inglés, alemán, ruso y español). Madrid, 1901. Un tomo en 4.º mayor, 15 pesetas.
Gasté (M de) —El Modelo y los Aires. —(Esta importante obra, que trata de la cría caballar, contiene, además, nociones de hipología) Un tomo en 4.º mayor, 10 pesetas.
Gérard (J.) —Nuevas causas de esterilidad en ambos sexos. Fecundación artificial como último medio de tratamiento. Un tomo en 8.º mayor, 5 ptas.
Hartenberg —Los tímidos y la timidez. En 4.º, 5 pesetas.
Lagrange (Dr Fernando) —La higiene del ejercicio en los niños y en los jóvenes (Tamaño, 19 x 12), 3 pesetas.
 —El ejercicio en los adultos. (Tamaño, 19 x 12), 3,50 pesetas.
Lagrange (Dr Fernando) —Fisiología de los ejercicios corporales. (Tamaño, 23 x 15), 5 pesetas.
Max Muller —Ensayo sobre la historia de las religiones. Dos tomos en 8.º, 4 pesetas.
 —La ciencia de la religión. Un tomo en 8.º, 2 pesetas.
Mosso (Angel) —La educación física de la juventud. (Tamaño, 19 x 12), 3,50 pesetas.
 —El miedo (Tamaño, 19 x 12), 4 pesetas.
 —La fatiga. En 4.º, con numerosos grabados intercalados en el texto, 4 pesetas.
Thomas —La sugestión, su función educativa. (Tamaño, 19 x 12), 2,50 pesetas.
Tiberghien —Estudios sobre Filosofía. Un tomo en 8.º, 2 pesetas.
 —Los Mandamientos de la Humanidad ó la Vida Moral en forma de Catecismo, según Krause. Un tomo en 8.º, 2,50 pesetas.

PUBLICADAS EN LA MISMA BIBLIOTECA

Baldwin.—*Interpretaciones sociales y éticas del desenvolvimiento mental*—Traducción del inglés por Adolfo Posada y Gonzalo J. de la Espada. Madrid, 1907 (tamaño 23×15), 8 pesetas.

Bureau.—*El contrato colectivo del trabajo* (Le contrat de travail. Le rôle des syndicats professionnels)—Traducción y prólogo de José Jorro Miranda. Madrid, 1904 (tamaño 19×12) 4 pesetas.

Carlyle.—*Folleto de última hora*—El tiempo presente. Carceles modelos—El gobierno moderno.—De un gobierno nuevo—Elocuencia política—Parlamentos—Estatuomanía.—Jesuitismo. Traducción del inglés, con una introducción y notas, por Pedro González Blanco. Madrid, 1909 (tamaño 23×15), 6 pesetas.

Cosentini.—*La sociología genética*. Ensayo sobre el pensamiento y la vida social prehistóricos. Traducción y apéndice bibliográfico de Antonio Ferrer Robert. Madrid, 1911 (Tamaño 19×12) 2,50 pesetas.

Fouillee.—*Bosquejo psicológico de los pueblos europeos*.—Traducción de Ricardo Rubio (tamaño 23×15), 4 ptas.

Fustel de Coulanges.—*La ciudad antigua*.—Estudio sobre el culto, el derecho, las instituciones de Grecia y Roma. Traducción de M. Ciges Aparicio. Madrid, 1908 (tamaño 19×12), 4 pesetas.

Guyau.—*El arte desde el punto de vista sociológico*—Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1902 (tamaño 23×15), 7 pesetas.

Janet.—*Orígenes del socialismo contemporáneo*.—Traducción de Anselmo González. Madrid, 1904 (tamaño 19×12), 2,50 pesetas.

Le Bon.—*Psicología de las multitudes*—Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1911 (tamaño 19×12), 2,50 ptas.

—*Psicología del socialismo*.—Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1903 (tamaño 23×15), 7 pesetas.

Moreau de Jonnes.—*Los tiempos mitológicos*.—Ensayo de reconstitución histórica.—Cosmogonías, El libro de los muertos, Sanchoniaton, El Génesis, Hesiodo, El Avesta. Traducción de M. Ciges Aparicio. Madrid, 1910 (tamaño 19×12), 3,50 pesetas.

Posada.—*Principios de Sociología. Introducción*.—Madrid, 1908 (tamaño 23×15) 8 pesetas.

Tarde.—*Las leyes de la imitación*.—Estudio sociológico. Traducción de Alejo García Góngora. Madrid, 1907 (tamaño 23×15), 7 pesetas.